

MAYLIS DE KERANGAL

*Un mundo
al alcance de la mano*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

UN MUNDO AL ALCANCE DE LA MANO

MAYLIS DE KERANGAL



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Un monde à portée de main

Edición en formato digital: febrero de 2020

© imagen de cubierta, Núria Solsona

© de la traducción, Javier Albiñana, 2020

© Éditions Gallimard, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4127-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

¿Hace el viento ruido en los árboles cuando no hay nadie para oírlo?

kōan

Paula Karst aparece en la escalera, esta noche sale, se advierte enseguida, un cambio de velocidad perceptible desde que ha cerrado de un portazo el piso, la respiración más acelerada, los latidos del corazón más grávidos, un largo abrigo oscuro abierto sobre una camisa blanca, botas con tacones de siete centímetros, y nada de bolso, todo en los bolsillos, móvil, cigarrillos, dinero, todo, el manojito de llaves que tintinea y acompasa su andar -traqueteo de caja de percusión-, la melena que rebota en los hombros, la escalera que se enrosca en espiral a su alrededor según baja los pisos, se arremolina hasta el vestíbulo, tras lo cual, interceptada *in extremis* por el gran espejo, se detiene, examina sus ojos de colores distintos, extiende con el índice el maquillaje demasiado denso en los párpados, pellizca sus mejillas pálidas y comprime los labios para impregnarlos de carmín, ello sin prestar atención a la coquetería velada en su rostro, un estrabismo divergente, leve, pero siempre más pronunciado al caer el día. Antes de salir a la calle, se desabrocha otro botón de la camisa: nada de bufanda tampoco pese a que estamos en enero, en invierno, hace frío y sopla el cierzo, pero quiere lucir su piel, y sentir el viento nocturno en el cuello.

De entre la veintena de alumnos formados en la Escuela de Pintura, 30 bis de la rue du Métal de Bruselas, entre octubre de 2007 y marzo de 2008, tres de ellos continuaron manteniendo amistad, pasándose contactos y obras, avisándose de los planes chungos, echándose una mano para acabar un trabajo en los plazos acordados, y esos tres -uno de ellos Paula, su largo abrigo negro y sus *smoky eyes*- han quedado en verse esta noche en París.

Era una ocasión que no podían dejar escapar, una conjunción planetaria portentosa, tan insólita como el paso del cometa Haley; se habían excitado por correo electrónico, grandilocuentes, ilustrando sus mensajes con imágenes recogidas en sitios de astrofotografía. Con todo, al caer la tarde, cada cual había reconsiderado ese reencuentro con reticencia: Kate acababa de pasar el día encaramada a una escalerilla en un vestíbulo de la avenue Foch y se habría quedado de buena gana repantigada en su casa viendo *Juego de Tronos*; Jonas habría preferido seguir trabajando, avanzar en ese fresco de jungla tropical que tenía que entregar tres días después, y Paula, aterrizada la misma mañana procedente de Moscú, descolocada, no estaba muy segura de que aquella cita fuese una buena idea. Con todo, algo más fuerte los arrojó fuera al caer la noche, algo visceral, un deseo físico, el de reconocerse, las jetas y las fchas, las inflexiones de voz, los modos de moverse, de beber, de fumar, todo cuanto pudiera volver a conectarlos con la rue du Métal.

Café abarrotado de gente. Clamor de feria y penumbra de iglesia. Han sido puntuales los tres, una convergencia perfecta. Sus primeros movimientos los abalanzan a unos contra otros, abrazos y apertura de esclusas, tras lo cual se abren paso, avanzan en fila india, pegados, un bloque: Kate, cabello platino y raíces negras, metro ochenta y siete, muslos redondos embutidos en un pantalón tubo de eslalomista, el casco de la moto en la sangría del codo y esos grandes dientes que achican el labio superior; Jonas, ojos de búho y piel gris, brazos como lazos, gorra de los Yankees; y Paula, que tiene ya mejor cara. Buscan una mesa en una esquina del local, piden dos cervezas, un spritz -Kate: me encanta el color-, y emprenden de inmediato ese movimiento de balancín continuo entre el local y la calle que acompasa las veladas de los fumadores en el café, y salen con el cigarrillo en la boca, el fuego en el hueco de la mano. Las fatigas de la jornada desaparecen en un chascar de dedos, la excitación vuelve por sus fueros, la noche se abre, van a hablar.

Paula Karst, ¡enhorabuena por estar de vuelta, describe tus conquistas, cuenta tus hechos de armas! Jonas rasca una cerilla, su rostro ondea una fracción de segundo a la luz de la llama, su piel adquiere un tono cobrizo, y en ese instante Paula está en Moscú, la voz ronca, de vuelta en los grandes estudios de Mosfilm, donde ha pasado tres meses, en otoño, pero en vez de impresiones panorámicas y de narración vaga, en vez de testimonio cronológico, se pone a describir el salón de Anna Karénina, que se vieron obligados a pintar a la luz de las velas, pues un corte de electricidad había sumido en la oscuridad los decorados la víspera del primer día de rodaje; arranca a hablar lentamente, como si la palabra acompañase la visión en traducción simultánea, como si el lenguaje permitiera ver, y hace surgir el escenario, las cornisas y las puertas, las paredes de madera, la forma de los artesonados y el dibujo de los zócalos, la finura de los estucos, y luego el tratamiento tan particular de las sombras que había que desplegar en las paredes; detalla con exactitud la gama de colores, el verdeceledón, el azul pálido, el dorado y el

blanco de China, poco a poco se va embalando, frente alta y mejillas inflamadas, y se embarca en el relato de aquella noche de pintura, de aquella carreta enloquecida, describe con precisión a los productores sobreexcitados con chaquetones negros y zapatillas Yeezy, tomándola con los pintores en un ruso cargado de clavos y caricias, recordando que no se toleraría ningún retraso, ninguno, pero dejando entrever posibles gratificaciones, y Paula comprendiendo de repente que iba a tener que trabajar toda la noche y aterrada ante el plan de tener que hacerlo en la penumbra, segura de que no se podrían ajustar las tonalidades y de que los retoques saltarían a la vista una vez llegada la publicidad, era una locura -se golpea la sien con el dedo índice mientras Jonas y Kate la escuchan en silencio, reconociendo en eso una locura deseable, que se enorgullecen ellos también de poseer-; y Paula sigue explayándose, cuenta su estupefacción al ver aparecer en la velada a un puñado de estudiantes, alumnos de Bellas Artes que el jefe de decorados había reclutado de refuerzo, voluntarios talentosos y sin blanca, ni que decir tiene, pero con todas las bazas para pifiarla, de hecho aquella noche se encargó ella de preparar sus paletas, arrodillada en el suelo plastificado, a la luz de una linterna de iPhone que uno de ellos enfocaba en los tubos de colores que ella mezclaba proporcionadamente, tras lo cual había asignado a cada uno una parcela del decorado y mostrado qué resultado obtener, yendo de uno a otro para aquilatar un retoque, crear una sombra, glasear un claro, sus desplazamientos a la par precisos y furtivos como si su cuerpo galvanizado la impulsara instintivamente hacia aquel o aquella que dudaba, que se despistaba, de manera que a eso de medianoche cada cual ocupaba su puesto y pintaba en silencio, concentrado, la atmósfera del plató era tan tensa como una cama elástica, como una vela recogida, irreal, los rostros movedizos iluminados por las velas, las miradas espejeantes, las pupilas de un negro de Marte, se oía tan solo el frotar de los pinceles en los paneles de madera, el chasquido de las suelas en la lona que cubría el suelo, los resuellos de toda suerte incluido el de un perro aletargado hecho una bola en medio del follón, un grito que brotaba de no se sabía dónde, una exclamación -*бля смотри, смотри здесь как красиво, joder, mira, no me digas que no es bonito*-, y si se aguzaba el oído, se percibía el golpeteo de un rap ruso difundido en sordina; el estudio zumbaba, lleno de puras presencias humanas, y hasta el alba la tensión siguió palpable, Paula trabajó infatigablemente, cuanto más avanzaba la noche más cimbreadas, libres, seguros eran sus gestos; y a eso de las seis de la madrugada hicieron su aparición los electricistas, solemnes, transportando los grupos electrógenos que habían traído de Moscú, alguien gritó *fiat lux!* con voz de tenor y todo se encendió, potentes focos proyectaron una luz blanquísima en el plató, y el gran salón de Anna Karénina apareció a la luz plateada de una mañana de invierno: estaba allí, existía; las altas ventanas estaban cubiertas de escarcha y la calle nevada, pero dentro hacía calor, se estaba bien, un majestuoso fuego crepitaba en el hogar y el olor a café flotaba en la estancia, además los productores habían regresado, duchados, afeitados, todo sonrisas, abrían botellas de vodka y cajas de cartón donde se apilaban los blinis tibios espolvoreados con canela y cardamomo, repartían dinero a los estudiantes agarrándolos por la nuca con la connivencia viril de padrinos mafiosos, o vociferaban en inglés a contestadores automáticos que vibraban en Los Ángeles, Londres o Berlín; la presión disminuía, pero la excitación no aflojaba, cada cual miraba a su alrededor parpadeando, deslumbrado por los miles de millones de fotones que formaban ahora la textura del aire, asombrado de lo que había realizado, un tanto alucinado incluso, Paula se volvió instintivamente hacia los retoques delicados, inquieta por el resultado, pero no, estaba bien, los colores eran buenos, entonces sonaron gritos, choques de manos, abrazos y lágrimas de cansancio, algunos se echaron al suelo con los brazos en cruz mientras otros esbozaban pasos de baile, Paula besó largamente a uno de los extras, el de ojos oscuros y planta robusta, deslizó una

mano bajo su jersey y por su piel ardiente, se demoró en su boca mientras los móviles volvían a sonar, mientras cada cual recogía sus bártulos, se abrochaba el abrigo, se enrollaba la bufanda, se enfundaba los guantes o sacaba el pitillo, el mundo exterior se reactivaba, pero en algún lugar de este planeta, en uno de los grandes estudios de Mosfilm, esperaban ahora a Anna, Anna de ojos negros, Anna locamente enamorada, sí, todo estaba listo, el cine podía aparecer ya, y con él la vida.

El frío azota, la puerta del café se abre y se cierra, como un fuelle de fragua, renovando a los fumadores en la acera, y Paula se estremece. Baja la cabeza, hunde las manos en los bolsillos, y rasca el suelo con la punta de la bota mientras Kate y Jonas la miran en silencio, pensativos, celosos de aquella noche ardiente, tan similar a las que conocieron juntos en la Escuela de Pintura, una noche que ella les ha contado precisamente para que las recuerden todas, porque aquellas noches en blanco pasadas pintando codo con codo para depositar al alba sus trabajos en el gran despacho de la directora de la Escuela, como un tributo y como una ofrenda, aquellas noches eran su bien común, la base de su amistad, un stock de imágenes y sensaciones del que volvían a echar mano con manifiesto placer en cuanto se reencontraban, recargando en su relato la urgencia, el cansancio y la duda, exagerando el menor incidente, el tubo de color que falta, la salserilla que se derrama, la trementina que se inflama o, peor aún, el error de perspectiva que no habían visto, recreando las escenas en las que se deleitaban pareciendo ridículos, ignorantes, currutacos ante la pintura, antihéroes de una epopeya cansina y bufona de la que salían tanto más victoriosos cuanto que habían rozado la catástrofe, tanto más valerosos cuanto que habían vagado en las tinieblas, tanto más ingeniosos cuanto que todo parecía haberse ido a la mierda, y esos relatos tenían ya la fuerza de un ritual: eran el paso obligado del retorno, funcionaban como un abrazo.

Han vuelto a sentarse dentro, las chicas en la banqueta y Jonas frente a ellas, el cuello encogido entre los hombros, y frotándose las manos. ¿Qué haces en este momento? Kate se lo pregunta sin rodeos, la copa al borde de los labios, la mirada en contrapicado bajo las pestañas azul turquesa, y todos se sobresaltan al oír su voz aflautada, poco acorde con su corpulencia, como disociada de su cuerpo. El chico, divertido, se retrepa contra el respaldo de la silla, y declara con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos bajo las axilas: hago el paraíso, un edén tropical, ocho por tres metros cincuenta. Silencio. Las chicas acusan el efecto, marcan un tiempo. Kate bebe a tragos lentos, mirando hacia el techo -calcula la superficie, evalúa los emolumentos, va rápido-, en tanto que Paula, desplegando los dedos uno tras otro, entona la letanía de los nombres de colores que se saben de memoria los tres y que articula recalcando las sílabas como si hiciera estallar una por una cápsulas de sensaciones puras: ¿blanco de zinc, negro de sarmiento, naranja de cromo, azul cobalto, alizarina carmesí, verde de vejiga y amarillo de cadmio para los verdes? Jonas sonríe, y prosigue a la misma velocidad mirándola a los ojos: topacio, aguacate, albaricoque y espalto -esos dos vuelven a colocarse frente a frente, es un hermoso movimiento-, entonces Paula respira hondo y le pide, con voz sorda, me gustaría que creases un lugar para nuestro gran simio en tu jungla, ¿lo harás? Jonas asiente con la cabeza sin despegar la mirada de ella, lo haré, y Paula entorna los párpados.

Hay gente aquí, no se entienden, y eso que todo el mundo habla, como si el barullo estuviera minado de celdillas -una colmena-, como si cada mesa abriera a su alrededor un espacio acústico

propicio a toda conversación clandestina. Jonas, la mano apoyada en la barbilla, observa a las chicas una tras otra guasón: las mismas, todo igual, las dos. Kate se ríe y prosigue, curiosa: ¿para quién haces esa jungla? El chico contiene la risa, sus hombros trepidan, el torso palpita bajo los brazos, y zanja: *no way*, no sabrás nada, topita. La desafía con los ojos y una sonrisa en los labios, tanto es así que Kate lo intenta de nuevo, vuelve a la carga, adopta el papel de chica pragmática, la que mantiene los dos pies en la realidad, compara las prestaciones de las mutualidades, cotiza para la jubilación y controla las retribuciones de la corporación de pintores de decorados: ¿al menos pagan bien en eso tuyo?, ¿a cuánto el metro cuadrado?, ¿ochocientos, mil? Jonas alza los ojos al techo mientras su sonrisa se ensancha, mostrando unos dientes grises y desordenados, adelante, bonita, el tipo está forrado. Entonces Kate aventura una primera cantidad, Jonas señala que puede subir y las dos chicas comienzan a cargar las tintas una tras otra, anunciando cifras cada vez más exorbitantes, tarifas que solo se permiten las estrellas del sector, y al poco juegan, se encienden, hasta que de repente el chico se retracta: vale, es un proyecto especial. Hace una pausa, sus ojos escudriñan alrededor. Es un fresco original. Ah. Se incorpora y remacha: es una creación. En el silencio que sigue, el volumen sonoro del local parece aumentar un punto más, pero Jonas oye perfectamente la voz de Kate que entra fuerte: ¡ah, claro, si eres un artista! Jonas se vuelve hacia Paula y, señalándole a Kate con el rabillo del ojo, declara sacudiendo la cabeza: ¡pero será cabrona la tía esta! Han recobrado la rapidez verbal, y esa vivacidad borde que es el desfogadero del cariño. Un camarero pasa rozando su mesa, pega una patada en el casco de Kate que está en el suelo y vuelca la bandeja. Estrépito, silencio, aplausos. Tras lo cual se reimpone el tumulto, un tumulto que Paula socava con la mirada para consultar el reloj industrial colgado encima de la barra y recordar que ayer, exactamente a la misma hora, atravesaba corriendo la plaza Roja. Sus ojos recorren la esfera y vuelven a posarse en Jonas, luego articula en un resuello: un reino para los grandes simios, Jonas, eso es lo que vas a hacer.

Las copas están vacías, Jonas agarra su paquete de pitillos y espeta levantándose: bueno, chicas, ¿y qué tal se os presenta 2015? Salen. De nuevo la calle gélida, el arroyo de la acera plagado de colillas, y el tropel del que hay que escabullirse para recobrar la movilidad. Una vez despejado el campo, Kate extrae el teléfono del bolsillo interior de la cazadora y declara a los otros dos, solemne, alzándolo entre ellos con gesto vivo: bueno, basta de gilipollices, ¡ha llegado el momento de enseñaros un trabajo de profesional! Paula y Jonas se inclinan a la vez, ahora sus sienes se tocan.

Una imagen espejea, muy negra. Un mármol. La pátina del vestíbulo de la avenue Foch, que lleva ocho días pintando. Negro abisal vetado de oro líquido, umbrío y ostentoso, majestuoso. El sol de agosto filtrado al fondo de un sotobosque, una laca japonesa velada de polvo de oro, la cámara funeraria de un faraón de Egipto. ¿Les haces un portoro? Paula alza la cabeza hacia su amiga, que asiente al tiempo que vuelve la cara con lentitud majestuosa y expulsa el humo del cigarrillo por la nariz. *Yes*. Joder, eres buena, murmura Jonas, impresionado por la fluidez de las vetas, por la luminosidad ambigua del panel, por la impresión de profundidad que desprende. Kate se pavonea pero minimiza: me diplomé con un portoro, sabes, me gusta hacerlos. La foto hipnotiza. ¿Vas a pintarles las cuatro paredes? Paula se sorprende; el portoro se escoge raramente para las grandes superficies, ella lo sabe, demasiado negro, demasiado difícil de realizar, demasiado caro también. El cigarrillo de Kate aterrizó de un golpecito en el arroyo: también les

haré el techo.

Una capa de petróleo puro. En tales términos había presentado la joven su muestra de portoro al administrador del edificio, en cualquier caso así lo cuenta ahora, bajando de la acera para reproducir la escena en medio de la calzada, interpretar su propio papel pero también el del tipo al que tuvo que convencer, un treintañero pálido, poseedor de un apellido rimbombante y de un anillo de sello desproporcionado, hombros estrechos pero barriga redonda, flotaba en su traje cruzado gris perla y se acarició lentamente el cráneo mientras estudiaba la muestra, sin acertar a alzar los ojos hacia la esbelta moza que tenía enfrente, sin lograr hacerse una idea de su cuerpo: ¿escultural u hombruna? Kate se había presentado a la cita vestida con un traje sastre y escarpines, había olvidado quitarse la pulsera de tobillo con cierre de calavera pero se había peinado con la raya al lado y se había puesto menos maquillaje: quería ese trabajo. De hecho, se había afanado a fondo con la paleta -blanco de titanio, ocre amarillo, amarillo de cadmio naranja, tierra de Siena natural, sombra ahumada, marrón Van Dyck, bermellón, un poco de negro- y había realizado dos glaseados para obtener una superficie a la par oscura y transparente; oscuridad, transparencia: el secreto del portoro. Además, su propuesta tenía posibilidades: los dueños del inmueble eran familias ricas del Golfo que pasaban allí tres noches al año. Les gusta ese mármol que sería como el espejo de su riqueza, estimularía su poder, evocaría el maná fósil brotado de los terrenos donde otrora pastaban rebaños, donde se dormitaba en el bochorno de las tiendas. Para llevarse la obra, Kate había remachado largo y tendido la rareza del portoro, descrito las canteras sofocantes de la isla de Palmaria y las de Porto Venere a orillas del golfo de Génova, canteras suspendidas a ciento cincuenta metros sobre el mar, había detallado los barcos que atracaban en el flanco del acantilado a fin de deslizarse directamente los bloques de piedra, hasta cien *carrate* por navío -la unidad de medida, la *carrata*, es la carga de una carreta tirada por dos bueyes, o sea tres cuartos de tonelada-, los navíos descargaban el mármol en bruto en los muelles de Ripa Maris y cargaban de inmediato un mármol aprestado para deslumbrar, aserrado, desbastado, pulido, a veces marcado con la flor de lis real, izando las velas para poner rumbo a Tolón, Marsella, Cádiz, atravesar Gibraltar y remontar la costa atlántica hacia Saint-Malo -la ruta del mármol se bifurcaba después en Le Havre para convertirse en fluvial- y alcanzar París. Por fin, último cartucho, Kate había encarecido el aura regia de la piedra, una piedra celebrada por el Rey Sol en persona, una piedra que se encontraba en las paredes de Versalles y no, desde luego, en los cagaderos de los restaurantes de moda, ¿le enseño fotos? Ahora, imita las posturas del presidente de la comunidad, su manera de tenderle una mano floja tras presentarse pronunciando su apellido *in extenso*, la patata caliente que rodaba por su boca, imita su lubricidad evasiva, su estirada elegancia, pero sobre todo se incluye en la escena, actriz, parodiando su propia codicia, sus halagos de lagarta, exagerando las curvas de su cuerpo y su acento *scottish*, y todo ello tan logradamente que ocupa la calzada, inmensa y remolineante, aureolada de su cabellera de cine, y empieza a haber movimiento en el café, la gente se muestra curiosa, se desplaza, vuelve la cabeza hacia esa chica que hace su numerito. El administrador había acabado fijándose en ella, la había admitido a prueba, pasaba todas las noches a comprobar el avance de los paneles y, subyugado, sugería otros vestíbulos, otras cajas de escalera, otros pisos por remozar; administraba un parque inmobiliario importante en el oeste parisino, haussmanniano de pura cepa, cientos de metros cuadrados que anhelaba explotar. ¡A mí la fortuna! Las encías de Kate rojeaban al reírse. Tras lo cual saluda como el actor al concluir la obra, una mano en el corazón, decreta que paga una ronda y todo el mundo se

abalanza tras ella al interior del café.

¿Qué vas a hacer ahora? Jonas mira fijamente a Paula, el blanco del ojo amarillo y las pupilas enormes bajo la visera marcada con sus iniciales. La joven se sobresalta, no lo sé, te recuerdo que he vuelto esta mañana de Moscú. Junto a ellos, Kate se demuda, da muestras de fatiga, o de embriaguez, o de ambas cosas -decrepitud, boca abierta, mirada nebulosa-, y los demás se extrañan de que aún saque fuerzas de flaqueza para atacar: habrás hecho un montón de pasta con los rusos, allí hay guita, ¿no? Paula sonríe: déjalo. En ese instante, cantó un grillo en el fondo de un bolsillo y Jonas dio un brinco, con el teléfono pegado al oído, corrió a la calle sin mirar a las dos chicas sentadas en la banqueta, pasó detrás de la cristalera, fue a sentarse al borde de la acera de enfrente, se quitó la gorra -gesto de lo más anómalo-, echó la cabeza hacia atrás para que la luz de la farola le rociase la cara, luego lo vieron cerrar los ojos y mover los labios mientras se le formaban sombras en las sienes y en el hueco de las mejillas, y a nadie se le escapó que abría de vez en cuando los párpados y miraba a Paula tras la pared de vidrio, a Paula que le daba la espalda. Tenía ahora el aspecto de un ser atrapado en el amor, de un ser atrapado en el movimiento subrepticio del amor, y sin duda por eso se mantenían apartadas las dos chicas, jamás se les habría ocurrido acercarse más, intentar preguntarle, jamás, no era propio de ninguno de ellos, su vida sentimental transcurría al margen, apenas se hablaban de ella, extremando el descabro romántico (Jonas) o el laconismo frontal (Kate), y explorando en esos registros una vena cómica en la que el amor era siempre exaltado y trágico, el sexo torpe, o puramente técnico, y en ese juego resultaban graciosos, y Paula frente a ellos se reía, amusgaba los ojos, fruncía la nariz y replicaba «¡hasta el límite!» cuando le preguntaban: ¿y tú te comes algo? Y finalmente los tres callaban el amor. De vuelta en la mesa, Jonas tenía las mejillas ardiendo y la voz enterrada, no se sentó sino que declaró sin rodeos: tengo una fiesta en la rue Sorbier, ¿os venís? Kate negó con la cabeza, estoy reventada, mañana curro, pero Paula se levantó, contestó que lo acompañaba, ganas de caminar un rato.

Más tarde, mucho después de que Kate los adelante al ralenti, sentada muy tiesa en su escúter, el brazo alzado cual auriga saludando al emperador al arrancar el carro, cuando la caída de la noche trae otra ciudad distinta, Paula y Jonas suben por la avenue Gambetta, bordean el Père-Lachaise. Paula ha deslizado el brazo bajo el del chico y con la mano libre aprieta la solapa del abrigo contra su cuello helado, él se ha bajado la gorra, se ha enrollado la bufanda, ha hundido las manos en los bolsillos, y caminan de esa guisa. Vas poco abrigada, eso es muy ligero. Los ojos de Jonas recorren el cementerio, ajenos a las sepulturas que rebasan la muralla -cruces de piedra y estatuas, piramidiones corroídos por el liquen, bosquejos de templos, fragmentos de cúpulas, mausoleos de rocallas que representan aberturas de grutas-. A modo de respuesta, Paula se pega a él, y ahora caminan hombro contra hombro. ¿Qué clase de mono vas a pintar? Ha hablado en voz baja. El vapor que brota de su boca se desgarrá conforme avanzan, aparte de eso ni un soplo de aire, las fachadas de los edificios están apagadas, el frío vitrifica la ciudad, el cielo muy alto es duro y centelleante. Voy a hacer a Wounda -Jonas ha respondido a media voz, la nariz hundida en la bufanda, y ante esas palabras a Paula se le ha iluminado el semblante.

Han alcanzado la placita. Es medianoche, los cafés cierran, los mostradores relucen al fondo de los locales apagados, los ventanales enmarcan pequeños teatros de sombras donde siguen bullendo siluetas que realizan los gestos del trabajo, aclaran las jarras, secan los vasos, limpian

las barras. Jonas se ha soltado del brazo de Paula, un gesto firme, tengo que ir allí, voy a ir, y al darse la vuelta, ella lo ha detenido, le ha alzado el cuello, tú tampoco estás mal pero apesta a trementina, ¿lo sabes? Jonas se ha olido la manga del abrigo, y Paula ha proseguido, curiosa, intentando alargar el momento, parece inflamable, ¿te esperan allí? Un corredor pasa mirando de soslayo el cronómetro, un tipo con abrigo de pieles pasea al perro, una anciana arrebujada en un chal de franjas fuma un cigarrillo en su balcón. Todo está tranquilo. ¿Qué haces, vienes o no? Jonas patea el suelo, el cuello hundido entre los hombros, los ojos fijos en ella.

Entonces, retrocedió un paso, sacó las manos y las colocó bajo la luz de la farola. Así iluminadas, parecían despegadas del cuerpo y como salidas de la oscuridad, flotantes, blanquecinas, vagamente monstruosas, los dedos largos, las articulaciones prominentes, la línea de la vida sajada en la palma de la mano como un navajazo en una tabla de madera, la carne de la base de los dedos desescamada por antiguas ampollas, y la piel incrustada de sustancias -aceites, pigmentos, secantes, disolventes, barnices, guaches, pegamentos-. La tuya ahora. Hizo un gesto con la barbilla hacia Paula, que mostró sus manitas cortas y cuadradas: cara dorsal, misma piel espesa, las falanges arrugadas como cáscaras de nuez y las uñas cortas con una línea negra; cara palmar, las mismas señales. Permanecieron largo rato frente contra frente sobre sus palmas abiertas que recortaban superficies más claras en la noche, estarcidos, tampones, calcomanías -de lejos semejabán dos andariegos inclinados sobre un plano topográfico, escrutando la hoja y descifrando el pie para dar con el camino-. Bruscamente Jonas tomó a Paula por la cintura, la estrechó contra él, musitó aprisa y corriendo en su cuello: te llamo mañana.

imbricata

Hablar un poco de la rue du Métal ahora. Volver a ver a Paula, que se presenta ante el número 30 bis ese día de septiembre de 2007 y se echa atrás en la acera para alzar los ojos hacia la fachada - es un momento importante-. Lo que hay ahí, en esa calle de Bruselas, en la zona baja del barrio de Saint-Gilles, una calle cualquiera, insignificante, zurcida como una vieja media de lana, es una casa de cuento: carmesí, venerable, a la par fantástica y retraída. Y ya, piensa Paula, a quien le duelen las cervicales de tanto echar la cabeza hacia atrás, ya es una casa de pintura, una casa cuya fachada parece salir del cuadro de un maestro flamenco: ladrillo burgués, aguilonos dispuestos en gradas, ricos herrajes en las ventanas, puerta monumental, mirilla enrejada, y luego esa glicina que ciñe el edificio como un aderezo en la cadera. Entonces, exactamente como si penetrase en un cuento, exactamente como si fuera ella misma un personaje de cuento, Paula tira de la clavija, la campana emite un tañido cascado, se abre la puerta, y la joven penetra en la Escuela de Pintura; desaparece en el decorado.

Paula tiene veinte años, una bolsa de deporte Adidas de color granate y unas gafas de sol tras las que oculta su estrabismo, de tal modo que el vestíbulo por el que avanza se le hace más oscuro a través de las lentes ahumadas, oscuro pero fabuloso, tupido, inaudito. Efluvios a templo y a obra. El aire, cargado de polvo en suspensión, cobra por zonas el espesor de la bruma, la densidad del incienso, y el menor movimiento, el menor soplo, crea millones de torbellinos microscópicos. Paula vislumbra una puerta a la izquierda, una escalera, la entrada de un pasillo al fondo, a la derecha. Comienza a esperar.

Ha dejado los bártulos a sus pies y pasea la mirada por la estancia, el suelo, el techo, las paredes. Se pregunta adónde ha ido a parar: en derredor, y cada vez más nítidas conforme transcurren los segundos y sus ojos se adaptan a la penumbra, las paredes son un muestrario de grandes placas de mármol y paneles de madera, columnas acanaladas, capiteles con hojas de acanto, una ventana abierta sobre el ramaje de un cerezo en flor, un paro, un cielo delicado. De repente, Paula pasa por encima de la bolsa, avanza lentamente hacia las placas de mármol -de brecha violeta, como sabrá más adelante-, planta la palma de la mano en la pared, pero en vez del frío glacial de la piedra, lo que siente es el grano de la pintura. Se acerca más, mira: sí que es una imagen. Sorprendida, se vuelve hacia los revestimientos de madera y empieza de nuevo, retrocede y avanza, toca, como si jugara a hacer desaparecer y reaparecer la ilusión inicial, avanza a lo largo de la pared, cada vez más azorada mientras recorre las columnas de piedra, los arcos esculpidos, los capiteles y las molduras, los estucos, alcanza la ventana, lista para inclinarse hacia fuera, convencida de que allí existe otro mundo, detrás mismo, al alcance de la mano, y por todas partes su tacto la remite a pintura. Con todo, una vez que se coloca a la altura del paro detenido en la rama, se inmoviliza, estira el brazo en el alba rosa, abre la mano para deslizar los dedos en las plumas del pájaro, y aguza el oído en el follaje.

La hora de la cita que comprueba en su móvil se le antoja de repente tan cifrada como el código secreto de una caja fuerte, cuatro números impenetrables y solitarios, desconectados de la temporalidad terrestre. De tanto mirar, la invade un leve vértigo, le da vueltas la cabeza, se

mezcla lo de dentro con lo de fuera, no sabe ya dónde atrapar el presente. Pero a la hora acordada, la puerta se abre, silenciosa, y Paula cruza el umbral de una amplia estancia bañada en una claridad de vidriera.

Hay ahí una mujer, detrás de un escritorio. Paula no la disocia inmediatamente del lugar, hasta tal punto parece materializarse, pertenecer a él, encajada en el espacio como la última pieza de un puzle. Se ha inclinado sobre un cuaderno cuyas páginas vuelve con un gesto lento, luego alza la cabeza, posa los ojos en la joven con el aplomo de una trapecionista que se planta en la estrecha plataforma al término de una figura de trapecio. Ahora, se la ve bien, se recibe plenamente ese semblante indefinido como una máscara, ese porte en el que nada es afectado, nada tiembla, la economía y el rigor que emanan de ese cuerpo frente al que Paula se siente de inmediato patosa, desastrada. La blusa de la mujer está como esculpida sobre ella, semejante a un aderezo, y su cuello vuelto negro, a la par estuche y zócalo, exhibe su cabeza como un collar masái, resalta la palidez de la piel, el contorno de las mandíbulas, la barbilla pronunciada. Pese a estar a menos de un metro de Paula, su voz parece llegar de lejos, del interior de las paredes, y generar un eco cuando declara sin preámbulos: señorita Karst, ser pintor de decorado requiere adquirir sentido de la observación y dominio del gesto; dicho de otro modo, vista -en ese instante Paula recuerda que ha tardado demasiado en quitarse las gafas- y mano -la mujer abre una palma, rubricando sus palabras-. Silencio. El fondo del aire es seco, metálico, agitado como si hubieran frotado con un trapo la estancia y fuerzas electrostáticas la recargaran a fondo. Paula está inmóvil en la silla, la espalda erguida, el cuello tenso. Quizá ha acabado todo, piensa, quizá está todo dicho, y no hay nada más que añadir, vista y mano, ya está, bueno, me levanto y me voy. Pero la mujer prosigue con su voz profunda -una voz de bronce, suelta, que parece formarse en el tórax y no en la garganta-: el trampantojo es el encuentro de una pintura y una mirada, sirve para establecer un punto de vista particular y se define por el efecto que se supone que produce. Los alumnos de la Escuela disponen para trabajar de documentos de archivos y muestras naturales, pero la formación se basa fundamentalmente en las demostraciones realizadas en el taller: es la virtud del ejemplo; su habla es tan perfectamente tensa, lenta, ponderada, cada frase cargada por una impronta tan clara, cada entonación tan comedida, que Paula se azora, como si la escena fuera surreal, como si hubiera entrado en el plató de un teatro para ocupar el puesto que le esperaba, asumir su papel. La voz de nuevo: aquí enseñamos las técnicas pictóricas tradicionales, pintura al óleo, acuarela, y nuestro método consiste -en ese instante la mujer aminora, suspende la voz, para retomarla tras un lapso-, consiste en un entrenamiento práctico e intensivo: la asistencia a las clases es obligatoria, ausentarse supone la expulsión de la escuela y los trabajos deben entregarse a su debido tiempo. Un mechón negro escapado de un moño rápido perturba ahora su semblante: la reputación de este establecimiento se funda en la pintura de las maderas y de los mármoles; entramos aquí en la materia misma de la naturaleza, exploramos su forma para captar su estructura. Bosques, sotobosques, suelo, quebraduras, abismos, se trata de una paciente labor de apropiación; Paula, estupefacta, se concentra en el movimiento de las manos que se agitan en la atmósfera, se aferra a ello porque todo la rebasa aquí. ¿Preguntas? El escritorio que las separa es un maremágnum de papeles en el que la administración de la Escuela se expande en legajos bajo un polvo de hierro. Entre las facturas arrugadas y las tarjetas de invitación, Paula vislumbra el esbozo de una escafandra bien currada en el dorso de un sobre Kraft, balbucea una sílaba inaudible, se dispone a abrir su carpeta de dibujo, cuando la mujer la detiene: cierre eso -gesto elocuente con la palma de la mano-. Rayos de luz, rosas y dorados, filtrados por las vidrieras, cortan diagonales traslúcidas

en el espacio, creando aureolas en el artesonado de roble -magistral trampantojo-, en la vieja alfombra, en el cabello de Paula que cambia de color, en su rostro al que el asombro confiere ahora una luz sumamente distinta.

El programa ahora -la voz ha subido un punto, los ojos brillan, negro de anilina, lacados-. El curso dura de octubre a marzo, seis meses considerados como una temporada baja para los pintores de brocha gorda. Desde principio de curso, pintaremos las maderas. Los robles, que distan de ser los más fáciles, pero también el olmo por ejemplo, o el fresno, el ébano de Macasar, la caoba del Congo, el haz de chopo, el peral, la zarza, aquellos que me parezca oportuno saber pintar. A mediados de noviembre atacamos los mármoles. Carrara, gran clásico, labrador, henriette blonde, flor de melocotón o guinda de Italia, y eso lo decidiré también a su debido tiempo -la enumeración de estos nombres no es en modo alguno un índice de temas, al pronunciar estos nombres la mujer experimenta un deleite manifiesto y su voz ondula en la estancia como un canto chamánico del que Paula tan solo capta el ritmo-. A mediados de enero vendrán las piedras semipreciosas, los lapislázulis, y los citrinos, los topacios y los jades, las amatistas, los cuarzos, en febrero el dibujo, la perspectiva, y luego las molduras y los frisos, los techos de estilo, y las pátinas, en marzo, la doradura y el plateado, el estarcido, las letras publicitarias, y por fin, el diploma. Todo ello bastante denso, bastante consistente. Al tiempo que hablaba, ha rodeado lentamente su escritorio y se ha encaminado hacia la puerta, ha posado la mano en la manija, dando a entender así a la desconcertada Paula que ha tocado a su fin el encuentro, mientras con la otra mano le alarga la lista del material requerido. Acuérdesse de agenciarse una bata. Acto seguido, mientras retorna a su escritorio, muda de parecer y se da media vuelta: una última cosa, al principio la trementina puede marearla y provocarle náuseas, máxime porque aquí trabajamos de pie, ya verá, todo esto es bastante físico.

De vuelta en la acera, el cielo pálido de septiembre deslumbra a Paula, que amusga los ojos y trastabilla como cada vez que sale de un cine y vuelve a la vida real. La escena que acaba de tener lugar -el vestíbulo, la espera, la entrevista- se prolonga y se deforma mientras baja ahora por la rue du Métal, envuelta en el eco de los nombres maravillosos. Hay más cosas en ese mundo, cavila, más maneras de verlo y contarlos. Su paso se alarga, la acera parece cobrar velocidad bajo sus pies y llevarla como una cinta transportadora en un aeropuerto. Aprieta el paso hacia los árboles que oscurecen, allá, en la plaza, y en el mismo instante, a su espalda, una bandada de cornejas irrumpe en formación por lo alto de la calle. Paula se vuelve, alertada por el ruido. Los pájaros se lanzan hacia ella, tal vez sean una docena y algunos de ellos alcanzan casi un metro de envergadura, sus graznidos repercuten en la arteria, es un vuelo salvaje, ininteligible, solo un arúspice formado en los mejores templos de la Antigüedad podría interpretarlo como una manifestación de los dioses, descifrar en ello un presagio. La bandada se acerca, se agranda, desplegada de una a otra fachada a través de la calle convertida ahora en una inmensa pajarera, y Paula se arroja instintivamente entre dos coches, se acurruca con la cabeza hundida entre los hombros y los dedos bien abiertos en lo alto del cráneo, convencida de que las cornejas van a clavarle el pico, las patas -relucientes como piel de naranja y ganchudas, duras, madera-. Siente pasar la bandada por encima de su cabeza, el aire removido, espera, lentamente se incorpora, cuando recibe un golpe en el occipucio, un cachetito, un papirotazo, oscila hacia delante, se arrima a una carrocería, luego mira a su alrededor, pero nada, se ha acabado, los pájaros han desaparecido, retorna el silencio y el cielo vacío en la rue du Métal.

Paula recobra el aliento, reemprende la marcha. A su alrededor, la calle, los tejados, los pequeños edificios, todo aparece lustroso, afilado, reavivado como si las energías ocultas en las piedras hubieran sido azotadas, entorna los ojos y, al tiempo que se toca el lugar del cráneo donde ha recibido el golpe, se dice estoy viva, y echa a correr, cruza la plaza en diagonal, alcanza la boca del metro hendida en el flanco del atrio de Saint-Gilles, accede a la estación de Bruxelles-Midi, un asiento de pasillo en un Thalys abarrotado lanzado hacia París, la vidriera de la estación del Norte azotada por una tormenta, el hueco de escalera de la rue de Paradis, el viejo ascensor Roux-Combaluzier, el piso familiar que atraviesa directamente, su habitación, donde arroja el bolso y la carpeta de dibujo antes de recorrer el pasillo en sentido inverso, hacia la cocina donde sus padres, Guillaume y Marie Karst, como todas las noches, preparan juntos la cena -remolacha con vinagreta, pastel de carne picada con puré de patatas, flan-, y sin duda algo ha cobrado forma dentro de ella, se ha reafirmado una intuición, pues se la oye anunciar que ya está, decidido, será la Escuela de la rue du Métal, donde hará pintura de decorado. Silencio. Los padres no sueltan el rallador, el cuchillo, el pelador, pero bajan el ritmo y se tensan: ¿pintura de decorado? Vaya. Se vuelven los dos hacia su hija, irritados: ¿se acabó lo de artista?

Paula mira por la ventana. Dos años zascandileando, lo sabe. Primero el mustio resultado en el examen de fin de bachillerato, luego el ingreso en la facultad de derecho de Nanterre so pretexto de que eso tiene muchas salidas y de que tendría tiempo para encontrar su camino, un año desperdiciado. Paula rápidamente sobrepasada por la densidad de un programa ingrato, a la par meticuloso y técnico, horrorizada de tanto empollar, se descubre una sensibilidad artística al final del invierno, y vira el siguiente curso a una clase preparatoria para las escuelas de arte. El matrimonio Karst había apoyado ese cambio, esperando la firmeza de una vocación, pero su hija se había mostrado de nuevo veleidosa y finalmente inestable, eligiendo la opción vídeo para coincidir con el chico del que estaba enamorada, comenzando varios documentales abandonados a la mitad, pese a ser uno de ellos un trabajo sobre un grano de arena filmado a través de un microscopio, y no aprobó los exámenes de ingreso, había que reconocerlo.

Los padres se levantan y empiezan a deambular entre el horno y el fregadero. Pintura de decorados. Suena menos mágico y más artesanal: ¿quieres dedicarte a la decoración? Aliviados ante la idea de que su hija se incline por una formación concreta, mediante la cual a buen seguro encontraría trabajo más fácilmente, dispuestos a seguir creyendo en ella. Pero decepcionados sin saber muy bien por qué. Sorprendidos por el aplomo de Paula, que mordisquea un mendrugo de pan arrellanada en una silla de anea y declara: aprenderé las técnicas del trampantojo, el arte de la ilusión.

Se pregunta uno cómo la joven Paula Karst, esa chica normal, protegida, rutinaria, y por decirlo todo bastante apática, de las que se pasan la mayor parte del tiempo en la banqueta de un café con otras como ellas, espumando el expreso con esa mezcla de donaire y de vacuidad que raya con el genio, cómo esa estudiante brusca y diletante, para quien el futuro debía antes que nada permanecer encogido en un esfumado se metió de cabeza en el gran taller de la rue du Métal, e incluso se precipitó. Cómo se las ingenió para encontrar en tres días un estudio cercano, en el número 25 de la rue de Parme, y a un alumno matriculado en la Escuela para compartirlo con ella -Jonas Roetjens-; cómo despidió fríamente a su noviete -un esclavo de la moda dotado de su primorosa barbita, su primoroso pequeño tatuaje y su primoroso dobladillo de vaquero por encima de las deportivas, debió de fruncir los labios de despecho al leer la breve nota de ruptura, subirse a la bici ridículamente aparatosa, y dirigirse hacia el bosque de Vincennes, la tripa retorcida de dolor, la frente enrojecida-, y más inexplicable resulta cómo logró encontrarse el 30 de septiembre, en Bruselas, ante la puerta de su nuevo inmueble, vaciando con su padre el maletero de un Volvo break en el que entrechocaba el mobiliario habitual del estudiante al que instalamos con sentido de la responsabilidad -ropa de cama, cafetera, lámpara de mesa, caballetes, una pequeña vajilla, una silla, una mesa, una caja de libros, dos bolsas de basura llenas de ropa, un aspirador, una bayeta, y toda la informática-, cómo subió tres pisos con todo aquello, infatigable, algunos de los viajes a paso gimnástico, cuando sus pantorrillas eran poquita cosa y se mostraba reacia a todo esfuerzo físico -aun así brazos largos, piernas largas, espigada, más alta de lo que lo es en realidad bajo el tallímetro-, ella que era siempre la primera en torcerse los pies, en darse en la frente, en quejarse de un calambre. Pero el caso es que la mudanza de esa jovencita se liquidó en un dos por tres, bombillas enroscadas, cama montada, ordenador y wifi configurados *just in time!* -¿tendrá la rabia o qué?, farfullaba Guillaume Karst en cada descansillo, sin aliento, las manos en las caderas, arrimado a la pared.

La rabia todavía no. Quizá simplemente la idea de sacudir la vida. Por lo demás, Paula aborda lo que le espera desenvuelta, con ideas breves. ¿No está escrito en el sitio web de la Escuela que un buen nivel de dibujo no implica forzosamente ser admitido? ¿No se trata en esa escuela de consolidar un aprendizaje puramente técnico, de adquirir un saber accesible a todo aquel que accede a trabajar? ¿No se trata de aprender a copiar? Copiar. La ciencia de los asnos, Paula, salta su padre, mientras toman un café en una gasolinera a la altura de Valenciennes, sus ojos deslizándose por las tazas hacia la línea de los camiones de carga que corren por la autopista. Paula se revuelve: copiar, sí, exactamente. Se gusta más como aprendiz arremangada dispuesta a pelearse, como artesana trabajadora que ha elegido un camino modesto para entrar en el meollo de la pintura -aprender el dibujo, adquirir un perfecto conocimiento de las técnicas y de los productos, comenzar por el comienzo-; le gusta decirse que hay que pasar por eso para plantarse ante un lienzo, un muro, cualquier superficie, y que lo que importa vendrá más adelante, en otro lugar, otro mundo, el de los verdaderos artistas -y ahí es donde se equivoca, y de qué manera.

Esa primera noche, de pie en medio de la habitación, Paula, manos en jarras, vientre hacia delante, respira hondo. Una bocanada de calor le templó las sienas y la hace salivar. Ha acabado

marchándose de su casa, eso ha sucedido, va a vivir su vida, pero el entusiasmo que pensaba experimentar pronunciando esas palabras no aparece. Por más que representa el instante, que adopta la pose, que suscita la escena inaugural, a la joven heroína en el umbral del futuro, entrecerrando los ojos sobre un horizonte cargado de promesas, se crispa. La ansiedad le ofusca, le oprime el pecho. Algo se interpone, ahí, delante, algo por lo que va a tener que luchar. Recela de repente de la facilidad con que ha dado ese giro sin que haya surgido el menor obstáculo, ni siquiera su detestable nivel de dibujo, su falta de audacia, su timidez arrogante, ni siquiera el coste de la escuela, elevado, un precio que sus padres habían aceptado pagar sin pestañear -le llegaron cuchicheos en su cuarto tras anunciarles los gastos de matrícula, y luego nada-. Ahora, cuanto más observa los muebles nuevos, las cortinas de caída impecable, la lucecilla verde del ordenador, la pequeña vajilla y la toalla de baño impregnada del olor mareante del apresto, esa panoplia material que tanto le había gustado elegir, esas cosas que la entronizaban en el mundo de los adultos, más detecta algo que no cuadra. Recuerda el último gesto de su padre, el que hizo en el instante de volver a subir al coche, una pierna dentro y una pierna fuera, el abdomen apretado en la portezuela abierta, y aquella mano alzada hacia la ventana desde donde sabía que lo miraba, *bye bye*, ella no oía nada pero veía moverse su boca y su cabeza echada hacia atrás, *bye bye*, le sonreía, no oía nada, tenía la cara relajada, parecía contento, satisfecho sin duda de haber cumplido con su labor de padre, y quizá incluso, piensa, de haber concluido su labor de padre, pues aquella mano que se agitaba hacia ella, aquel pequeño movimiento de barrido en el aire significaba también que la enviaba lejos, *lárgate, lárgate*, sí, cuanto más baja la luz, más piensa que sus padres habrán visto en esa escuela de Bruselas una oportunidad para echarla de la rue de Paradis. Se sienta en la cama, vacía, los codos hundidos en los muslos, la cabeza pesada, y no oye las llamadas de su padre en el móvil, repetidas, durante la parada en el área de servicio de La Sentinelle.

Deslumbrada ya en el umbral del taller el primer día, al entrar en un local rectangular de quince por diez metros, techo de unos cinco metros de altura, suelo de cemento y cubierta de vidrio, el lugar provisto de un pasillo que recorre las cuatro paredes y que se usa para almacenar cientos de rollos y cartapacios de dibujo, muestras, material pequeño. A Paula le gusta enseguida la luz que baña el lugar, una luz blanca, mate, mayormente límpida porque el vestíbulo y el pasillo son lóbregos, como si hubiera que pasar por ese tamiz de opacidad para ver claro antes de ponerse a trabajar. Una veintena de bastidores móviles están alineados en batería. Paula se escurre hacia uno de los del fondo, deposita sobre un taburete de madera su caja de pintura, se pone la bata. Los demás alumnos se dispersan en la sala, oye que alguien habla inglés unos metros más adelante, se mantiene lista, y entonces la señora del cuello alto negro hace su entrada, bajita aquí, más bajita que en el recuerdo de Paula, pero ocupando de inmediato un importante volumen de espacio. Acto seguido, se procede al inventario, la directora llamando cada pincel por su nombre y los alumnos comprobando su presencia en la caja, y los de Paula son hermosos y limpios, virola centelleante, cerdas suaves; se distingue aquí un pincel de aguada, un petit-gris con haz de pelo de cerda, uno fino, un striper, uno afilado de marta Kolinsky con mango de madera, y el que consideraba su pincel fetiche, un pincel para laca con pelos de oso de Alaska, un regalo que le había hecho Marie, su madre, la víspera de su marcha. Paula ignora la función de muchos de ellos y los ha ordenado como se reúne una banda antes de un atraco, cerciorándose de su presencia silenciosa y leal, y los mira ahora con curiosidad: son herramientas para rehacer el mundo.

Dolor, eso también. La práctica en el taller es efectivamente «bastante física» -eufemismo ridículo- y la carga de trabajo que choca de inmediato contra la estudiante es tanto más violenta cuanto que hasta ahora no había agotado demasiado a su joven persona. Dolor de cráneo y de nariz -los senos en carne viva-, dolor de espalda -el talle arqueado de los veinte años se ha convertido en un fuego en las lumbares-, dolor de pies -se le forman ampollas en los talones de tanto moverse todo el día ante su panel, hasta tal punto que el tercer día decide encargarse en internet un par de zapatillas de running de suelas curvas especialmente fabricadas para maratonianos-, y luego está ese dolor contraído de tanto alzar el pincel y mantenerlo en horizontal que le inflama el hombro, pesa sobre el omóplato. Paula traba conocimiento con ese cuerpo con el que nació -había llegado la hora-. Lo que la sorprende, con todo, son sus ojos, doloridos desde la primera tarde, cual moraduras contra las que se aprieta el dedo índice.

Octubre, las maderas. Sensación de penetrar en una penumbra horadada aquí y allá por pozos de luz, en un espacio acústico que atraviesan, armoniosos y disonantes, otros cuerpos y otras voces. Otras lenguas también, y la que se habla en el taller es una lengua desconocida que Paula debe aprender, que desentraña inclinada sobre esquemas anatómicos que definen un plano de corte transversal, tangencial o radial, una madera cortada sobre costero o aserrada al cuarto, lo que designa el nudo, el tornasolado o la malla, la fibra, el parénquima y los vasos. Guarda en el bolsillo de la bata un pequeño cuaderno de tapas negras y un lápiz de grafito, almacena las palabras cual tesoro de guerra, cual vivero, impresionada de adivinar su profusión -como una mano se hunde a ciegas en un saco sin sentir nunca su fondo-, mientras nombra los árboles y las

piedras, las raíces y los suelos, los pigmentos y los polvos, los pólenes, mientras aprende a distinguir, a especificar y a usar esas palabras para sí misma, a tal punto que esa agenda irá cobrando gradualmente valor de apoyo y de brújula: conforme el mundo se desliza, se duplica, se reproduce, conforme la fábrica de la ilusión se realiza, Paula va situando sus puntos de apoyo, sus puntos de contacto con la realidad.

Es duro. Cada mañana se pregunta si va a mantener la distancia, seis meses, un otoño y un invierno, se repite que todo eso se arreglará, que solo es cuestión de días, que cogerá el tranquillo. Pero le cuesta encontrar un ritmo. Pasado el encontronazo inicial -sobre el que se explayará posteriormente con la delectación jactanciosa de quienes han recibido un bautismo de fuego-, e imaginando haber hallado una suerte de tempo, se permite dormir más, vagar por las redes sociales para poner un post a su pandilla, a sus amigas -¡locuela de ella!-. Un breve momento de evasión que le acarrea consecuencias tan duras que retorna en el acto a las prácticas iniciales: levantarse a las seis, acostarse a medianoche, desconectar de las redes sociales, *bye bye* a todo el mundo, se acabó el palique. Se habían choteado en la red, ¿eso tuyo qué es, un convento? Curiosamente, Paula se había enorgullecido de esa alusión a una vida de ascesis, había sonreído. Tras lo cual, había radicalizado su silencio, tardando cada vez más en responder a los mails de las amigas, que le reclamaban fotos de los tíos de la escuela, borrando sin siquiera leerlos los mensajes de su exnoviete, que no se había resignado, al parecer, a que entre ellos se hubiera acabado todo de verdad, y la acosaba con insinuaciones sexuales subidas de tono sin nada que ver con el carácter más bien casto de su relación. Las señales que da fuera de la Escuela disminuyen hasta desaparecer por completo, y tan solo consiente en contestar al teléfono cuando llaman de la rue de Paradis. Se exalta, fascinada por lo que impone a su cuerpo y que nunca hubiera creído poder soportar, por la sensación de detectar en el corazón del trabajo un desgaste desconocido, como para arder.

El lugar, sin embargo, la desorienta y la intimida. Impresión todas las mañanas de entrar en un mundo oculto, un mundo situado fuera del tiempo, o más exactamente un mundo en el que el tiempo ha sido desmontado en placas y vuelto a montar en desorden, barajado de nuevo. Está perdida. Se tuerce regularmente los tobillos al atravesar el vestíbulo, extraviada en la penumbra y los olores de tapicerías frías, y tan pronto vislumbra la luz pálida del taller al extremo del pasillo, su olor a hidrocarburo y su zumbido de jungla, aminora el paso, se le dispara el corazón como una flecha y se le hace un nudo en el estómago. Una vez dentro, con luz, la cosa sigue complicándose. Pintar en medio de un colectivo la desestabiliza y la oprime. Consentir en ser vista, en dar acceso a lo que pasa dentro de ella, perturba su pudor, como si estuviera en cueros. Pero la configuración del taller, y sobre todo la existencia del corredor como un balcón sobre el teatro de abajo, no le ofrece aislamiento alguno: pueden verla trabajar desde cualquier sitio. Orgullosa como es, se retrae. No se demora nunca en el taller, sale pitando en cuanto acaban las clases, como quien acude a un refugio, caminando deprisa, ansiosa de sustraerse a esas miradas a sus espaldas, a esas reflexiones pronunciadas por encima de sus hombros, a esas frases de aliento en las que no percibe sino condescendencia, a esas críticas que le provocan ganas de dar media vuelta y hundir su pincel en esas bocas demasiado abiertas, para que dejen de ponerla de los nervios, susceptible como lo son los tímidos que se soliviantan, recelosa, hosca. La ven arramblar con su material y liar los bártulos por la vía rápida, la cabeza metida entre los hombros, la frente siempre orientada al suelo, sin mirar en derredor; y sin embargo en eso estriba la torpeza de su táctica y eso es lo que la perjudica: encogida tras su bastidor al fondo de la sala, mirando de reojo, esfumada, Paula

no puede ver a los que pintan a su lado igualmente cegados, tambaleantes, y como Jonas apenas se deja ver en la rue de Parme, su vida se reduce ahora a esa gran hoja de papel de formato doble marquilla (100 × 65) desplegada a lo largo de un marco de madera, el bastidor.

Se aferra. Escucha, anota, trabaja, pero tan solo yergue un poco la cabeza durante las demostraciones que da la señora del jersey de cuello alto negro todas las mañanas a la hora acordada, piel sin maquillaje y pelo recogido, mirada traslúcida cuando forma un corro a su alrededor sin pronunciar una palabra, una mano con los dedos separados posada en el vientre, la otra sosteniendo el pincel, el trapo, la esponja, o exhibiendo a la concurrencia un trozo de madera, un cebrano vetado, una nauclea tornasolada, como exhibirá un mes después un fragmento de roca metamórfica, una piedra paesina de la Toscana o un calcáreo con estromatolitos de Gran Bretaña, para mostrarles la belleza antediluviana, espontánea, enigmática, una belleza inocente, precisa impenetrable, mientras en su palma abierta el trozo de madera o el brillo de piedra sitúa el polo de un campo magnético cuyas ondas concéntricas se extienden sobre la asistencia: una belleza no humana. Tras lo cual, da la clase de pie, tres cuartas partes ante el bastidor, sin situarse nunca totalmente de espaldas a los alumnos, y pinta ante ellos, les da el ejemplo, sustituida algunos días por otros dos profesores cuyas apariciones imponen también silencio, yerguen las espaldas, hacen converger las miradas. Se oyen sus pasos de patinadores desde el vestíbulo, las suelas que resbalan en el suelo con bastante rapidez, y de pronto aparecen en el umbral del estudio, corpulentos, históricos, como si el pasado los hubiera regurgitado a bocajarro, y Paula por lo general se queda petrificada, sobrecogida. Se parecen como dos hermanos, tienen una cabezota sabia, largas manos de engastadores, un fondo de maldad inalterable cuando se dirigen a la clase, inclinados, la panza ceñida en un pantalón de pana color azafrán o frambuesa aplastada, un delantal de tela rugosa protegiendo el conjunto, ostentando a semejanza de los prelados de la curia romana unos calcetines rojo sangre tejidos con hilo de Escocia embutidos en unos tobillos sorprendentemente finos. Imparten sus clases lentamente, con voz cascada, gutural, pero tienen un verbo altivo, mandarinesco, la mala uva calibrada, se enjugan constantemente la comisura de los labios, utilizando inmensos pañuelos que extraen del fondo del bolsillo con un rápido ademán y que hacen desaparecer cual prestidigitadores en escena, pero sus demostraciones son inteligibles, su gestualidad precisa, sus fuentes documentadas. Paula se hace la longuis durante sus clases, intenta parecer transparente, la idea de que puedan dirigirse a ella o, peor aún, que puedan utilizar su trabajo como contraejemplo -aquí tenemos lo peor que puede hacerse, lo más insulso, y lo más convencional, dirían mientras sus ojos se pondrían en blanco tras sus gafas y sus dedos finos y torcidos como garras avanzarían por su panel, para de repente arrancarlo todo, arrugarlo todo, reducir la hoja al tamaño de una pelota de ping-pong que arrojarían por encima de su hombro con una sonrisa melosa que dejaría paralizada a la asistencia, vuelva usted a hacerlo, señorita, vuelva usted a hacerlo-; se aplica cada noche en repasar la lección, anotar cada etapa, aislando cada gesto, desplegando todo el proceso hasta poder desgranarlo en voz alta, tras lo cual se deja caer de espaldas en la cama, sin resuello.

Aprende a ver. Le arden los ojos. Estallados, solicitados como nunca hasta entonces, o sea abiertos dieciocho horas de cada veinticuatro -media que incluirá posteriormente las noches en blanco trabajando, y las noches de fiesta-. Por la mañana, le parpadean sin cesar como si estuviera a plena luz, los párpados vibrando de continuo, alas de mariposa, pero, a la anochecida,

los siente debilitarse, el ojo izquierdo le falla, tira hacia un lado como se inclina sobre un talud la hierba fresca al borde del camino. Los cuida, se enjuaga los párpados con agua de aciano, se pone bolsitas de té congelado, prueba con geles y colirios pero nada mitiga la sensación de tener los ojos fatigados, secos, las pupilas rígidas, nada impide la formación de ojeras oscuras y pertinaces: marcas en la cara, el estigma de la transformación y de la metamorfosis. Porque ver, bajo la cristalera de la rue du Métal, colocada con los olores de pintura y los disolventes, los músculos doloridos y la frente ardiendo, no consiste solo en mantener los ojos abiertos al mundo, significa embarcarse en una pura acción, crear una imagen en una hoja de papel, una imagen similar a la que la mirada ha construido en el cerebro. Tampoco se trata de ver al detalle y con precisión -eso es lo de menos, pensaba Paula, y más adelante se exasperaba al oír a sus padres alabar «su precisión de orfebre»-, no se trata solo de reproducir la realidad, de dar un reflejo de ella, de copiarla. Ver, aquí, es otra cosa. Paula no sabe el qué, todavía no, pero instintivamente comprende que ha subestimado lo que debería dar en ese lugar. Y el sábado por la mañana, en la luz cenital del gran taller, a la hora del turno de paneles, mientras los alumnos se apartan para dar paso a la señora del jersey de cuello alto negro a fin de que pueda acercarse a sus trabajos y decir algo, indicaciones concretas, sencillas, palabras que algunos habrían considerado tontamente bobas o sosas pero que cobraban en el silencio una forma exacta, un peso exacto, un sentido apropiado -piensen en pintar con sus glaciares interiores, con sus propios volcanes, con sus sotobosques y sus desiertos, sus casas abandonadas, con sus altas, altísimas mesetas-, se distingue a Paula entre la asistencia, los ojos relucientes, mientras eso, en el mismo momento, se abre paso en ella: la idea de que el trampantojo no tiene nada que ver con un ejercicio técnico, nada que ver con una simple experiencia óptica, es una aventura sensible que viene a agitar el pensamiento, a interrogar la naturaleza de la ilusión, y acaso incluso -es el credo de la escuela- la esencia de la pintura. En su cerebro petulante pero embarullado, la enseñanza que recibe se reabsorbe en un principio elemental que ella se apropia lentamente: el trampantojo debe mostrar al propio tiempo que oculta, y eso implica dos momentos nítidos y sucesivos: un tiempo en el que el ojo se equivoca, un tiempo en que el ojo deja de hacerlo; si el desvelamiento de la *impostura* no se produce -la señora del jersey de cuello alto negro se cierra, encoge los hombros, pasea sobre la asistencia su mirada de ave solitaria- nos hallamos ante una idiotez, ante una táctica, una superchería, y entonces el virtuosismo del pintor, la inteligencia de su mirada, la belleza de su cuadro, todo ello no puede ser reconocido, todo ello permanece fuera de nuestro alcance. Y digámoslo así, recalca, eso mata el placer, mata el trabajo -y era lo peor que podía decir, una condena sin remisión, hacía rechinar las consonantes sibilantes y expulsaba con asco esas palabras: *romper el trabajo*.

Aprender a imitar el bosque es «hacer historia con él» -la señora del jersey de cuello alto negro dice también «establecer una relación»- y Paula le da vueltas durante largo rato a la frase, para dilucidarla. Espera. En el taller trepida una vida vegetal que se prolonga en los paneles, prolifera en las paletas donde los colores matizan los amarillos, atenúan los marrones, albergan un poco de rojo para los caobas y de ese negro absoluto que se encuentra en el corazón de los ébanos más puros. Los árboles se agrietan, sus maderas revelan alburas claras, durámenes cada vez más oscuros, transmiten un repertorio de formas, un entrelazamiento de hilos rectos, ondulados o helicoidales, un sembrado de poros y de nudos que albergan un mundo al alcance de la mano. Se alza una espesura en el taller, tejido de relatos que mezclan los bosques de la infancia -los de los

cuentos, los del lobo y el hada, los guijarros blancos y el zorro, los que se atraviesan apretando con fuerza la mano del presidiario evadido-, los bosques de campo, las junglas políticas, cada aprendiz aporta la suya, y la de Paula es un bosque de cine, visible en una película de la memoria socarrada a ratos pero donde puede verse cada detalle del rostro de Marie, su madre, la boca abierta de par en par, el ojo pegado al visor de una cámara Super 8 de objetivo Zeiss, el cuello acariciado por dos hermosos aros de oro que captan atisbos de sol, y se confunden con el amplio sotobosque donde, durante ese mes de agosto, rueda un cortometraje *-El niño de los helechos*, una historia de un niño salvaje inspirada en la de Victor de l'Aveyron, una historia de niño sin padres ni hermanos, el súmmum de lo extraño para Paula, un poco perdida en verano cuando las vacaciones reúnen a su alrededor a una familia plétórica-, moviliza a los chiquillos de la casa, a los mayores, a quienes hay que atraer al objetivo, acorralarlos en su habitación o ante la tele, a los más pequeños, excitados, a quienes hay que canalizar, y entre ellos Paula, nueve años, que en el instante en que su madre grita «¡acción!» entra en la película, se adentra en el bosque familiar que se metamorfosea conforme rueda la cámara, se convierte en ese territorio desconocido donde lo lejano y lo cercano desaparecen, donde la temperatura da un bajón, donde el volumen sonoro sube -cada ruido estalla y vive su vida de ruido-, el plano secuencia dura, la niña Paula avanza en pleno misterio, no reconoce ya el camino reventado por el paso de la maquinaria agrícola, lleno de muescas en la tierra seca, ni los agujeros que abren las pezuñas de las vacas, ni la zona de juegos donde cada tocón tiene un nombre, donde los embalajes de los petardos y las colillas de cigarrillos se entremezclan en la tierra, donde pelotas de tenis amarillo fluorescente olvidadas bajo un tronco pelado se han vuelto grisáceas, esponjosas, siente que se convierte en otra persona, la luz acribilla la penumbra, perforada por rayos que se desvían en todas direcciones, forma parte de una historia, realiza cada paso, alcanza la cabaña del niño salvaje donde la espera, sentado en una piedra y fumando un Gitanes, un chico con el torso desnudo, casco de cuero y gafas de aviador -el mayor de los primos, a quien no reconoce.

Encina, pino, eucalipto, palisandro, caoba moteada, nudo de tuya, tulipero de Virginia o catalpa, pasa octubre y Paula sale del paso; confusa, sudorosa, desgredada, sueña una noche que la piel se le ha vuelto leñosa, pero produce imágenes, por más que su panel se distinga de los demás, laborioso, siempre un poco apagado. Hasta el día en que oye hablar por primera vez de la velocidad del fresno, de la melancolía del olmo o de la pereza del sauce blanco, le embarga la emoción: todo está vivo.

Jonas Roetjens. ¿Quién es ese tipo?, gritó Guillaume Karst por encima del bol donde montaba claras a punto de nieve -¿un merengue?- la noche en que su hija le pidió que firmase el desembolso de una fianza para el piso que pensaba alquilar en Bruselas. La radio estaba puesta a tope para tapar el ruido de la batidora eléctrica, de modo que en la cocina reinaba un barullo infernal, y la joven acabó escribiendo con tiza la palabra «*coloc*» en una pizarra colgada del pomo de una alacena. Su padre le echó una mirada sin abandonar su faena y se inclinó de nuevo sobre lo que blanqueaba en el bol, el cuello hundido entre los hombros, el vaquero ceñido encima de la cintura, cocinaba aquel día con determinación, la punta de la lengua apretada entre los labios. ¿O sea que lo conoces? Había vuelto a alzar la voz -sin duda aprovechaba la ocasión, pues él se dirigía siempre a la gente con ponderación-. Paula negó con la cabeza, ante lo cual él le volvió la espalda y se mantuvo aferrado a aquella batidora que hacía polvo los tímpanos y las moléculas agazapadas en las claras de huevo.

Jonas llamó a la puerta del apartamento con tres días de retraso, apareció en la penumbra con una bolsa en forma de menhir, con un cartapacio de dibujo pegado a la pierna, un colchón que aguantaba con un dedo del pie en el rellano, un colchón para una cama sencilla, grisáceo y manchado. Apretón de manos. Paula. Jonas.

De entrada, Paula se mostró amistosa, esforzándose por causar buena impresión a aquel desconocido con quien se disponía a compartir treinta metros cuadrados durante los seis meses siguientes. ¿Quieres que te ayude a subir tus cosas? Jovial pues, pero el chico negó con la cabeza, contestó en voz baja: gracias, no hace falta, está todo ahí, cogió su cartapacio de dibujo y traspasó el umbral mientras Paula se hacía a un lado para dejarlo pasar y arrimaba la espalda a la pared al tiempo que le señalaba una puerta entreabierta: esa es tu habitación, yo me he quedado la otra, la del fondo. El chico asintió, vale. Desde la cocina, Paula lo miró desprenderse de su impedimenta mediante un movimiento de rotación de los hombros, escanear el lugar, y rehacer la ida y vuelta trasegando el colchón -la parte superior de la cara se la come la visera de una gorra de béisbol mientras que el resto se ilumina por contraste, las mejillas hundidas, como chupadas desde el interior, la nariz recta, los labios carnosos, el rastro de un acné reciente en las sienes-. Se desplazó en silencio, se deslizó en el apartamento, largo, flexible, las caderas estrechas, los tobillos desnudos, los brazos como extensibles mientras manipulaba su colchón y lo dejaba caer en el suelo de la habitación con un ruido ahogado -los mismos brazos que yo, pensó Paula-. En el momento de tenderle su manojito de llaves, sonrió lo mejor que pudo, una sonrisa complicada que no transmitía nada muy cálido pero barajaba al mismo tiempo timidez, cálculo y desencanto, pues la facha de Jonas, en mayor medida que su físico, la desconcertó -la chaqueta de chándal brillante con la cremallera subida hasta el cuello bajo el impermeable negro, los vaqueros demasiado cortos, las zapatillas de deporte blancas, el aro de pirata y las pulseras de perlas en las muñecas, y a pesar de todo, algo indiscernible. Además, le hubiera gustado verlo ahora sin su gorra, que se alzara un poco la visera, le hubiera gustado verle los ojos, pero no, nada, sus pupilas se mantenían en la penumbra, escrutaban de manera huidiza, un animal nictálope, un gato, pensó ella mientras le dictaba el código de wifi, le enseñaba la nevera, las alacenas, el aspirador, repentina amita de casa dispuesta a sentar las normas de una futura cohabitación, pero en esas, como si hubiera comprendido que aquello iba a ir para largo, la interrumpió posando una mano furtiva en su antebrazo: me voy. Paula, las mejillas encendidas, asintió precipitadamente, vale, hasta mañana, dio un paso hacia atrás para pegarse al fregadero mientras Jonas se metía las llaves en el bolsillo, sí, hasta mañana -la voz alzada al mínimo, el movimiento de cabeza sucinto-. Luego cabriolas en la escalera, un ruido de brincos ligeros que poco a poco se desvanece.

Paula echó una ojeada a la botella de vino y las dos copas dispuestas sobre la mesa, *get together drink* que supuestamente había de sellar el arranque de la casa compartida, pequeña pantomima adulta de la que él debía de haber huido, pero momento al que ella aún se aferraba, como se aferraba a los ritos, a cuanto permite marcar el tiempo, darle una forma, tanto es así que cogió un sacacorchos nuevecito, agarró la botella por el gollete, luego la abrió, se sirvió una copa que se bebió de un tirón, párpados cerrados, y, en ese largo trago de alcohol, el segundo en el que

vio a Jonas de pie en el rellano volvió a imponerse: él está de cara, parece contener en su interior un destino muy denso, un núcleo de energía que va a escindirse, a abrirse y consumirse hasta el final.

Pero un mes después, cuando el cielo de Bruselas adquiere el color del porridge y llega el momento de los mármoles, Paula pierde el ritmo. Los números maravillosos se endurecen, imponen códigos de representación estrictos, un sistema de convenciones y un vocabulario tan riguroso como los de una lengua. La intransigencia de la señora del jersey de cuello alto negro se redobla, intratable sobre la estructuración de lo lleno y lo vacío en el interior del panel, draconiana sobre los colores, remachando que nada será posible sin el dominio de ese alfabeto, sin el aprendizaje de los nombres: verde de Polcevera, mischio de San Siro, alabastro del monte Gazzo. Pintar los mármoles es adquirir una geografía, declara en sustancia durante la primera clase, antes de ordenar a cada uno compulsar una lista de obras entre las que se encuentra un compendio de geomorfología (llamado «el Derruau»), un catálogo somero de los mármoles antiguos, las memorias de un armador de Saint-Malo, unos artículos sobre las nociones de facies metamórficas, y francamente Paula se empantana.

Corre noviembre, hace frío, le moquea la nariz, tiene la piel áspera, las comisuras de los labios agrietadas, una jeta descompuesta. Tan cansada está que cada vez más a menudo se duerme sin desvestirse: se sienta en el borde del colchón, se quita las zapatillas de deporte sin desatarse los cordones, apoyando la punta de un pie en el talón del otro, se deja puesto el jersey pero busca en su espalda el cierre del sujetador, lo desabrocha, desliza los tirantes elásticos bajo las mangas, a lo largo de los brazos, lo baja todo por la barriga y lo arroja a una esquina de la habitación, entonces se desploma hacia un lado, bajo la colcha, y se duerme de inmediato, hasta tal punto que uno se pregunta qué fue de la jovencita que se duchaba todas las noches, se frotaba la piel con arcillas japonesas y espumas vitaminadas, de la jovencita espontánea que nunca habría sacrificado a la fatiga su ritual del momento de acostarse, el cepillo de dientes de boj y el dentífrico con menta. Su habitación prolonga el taller de la escuela, también expuesta al norte e igualmente mal calentada: sus sábanas apestan a disolvente, su pijama está manchado de pintura, las salserillas sucias invaden el antepecho de la ventana y unos paneles fallidos verde mar siembran el suelo - pensaba que ese mármol sería fácil de pintar, casi sencillo, monocromo, el mar de noche, el mar espeso, basáltico, un negro esmeralda recorrido de filamentos de un verde más claro (la serpentina) o blanco (el talco) formando en la superficie una red flexible, fibrosa, parecida a un algodón hidrófilo que se hubiera desgarrado, pero es por el contrario una variedad que solo los pintores con experiencia se aventuran a realizar, cosa que ella ignora-, hay que dar profundidad a la piedra, y para ello entrar dentro, descender al interior, pero ella no lo logra, se pierde. Tan agotada que es lenta, que es torpe, que le cuesta. ¿Comes algo al menos?, le pregunta su padre una noche en que llama a la hora de cenar. Paula come, sí, pero poco, convencida de que su cuerpo adelgazado es más fuerte, más duro, y su mirada más lúcida sin azúcar en la sangre -valiente ocurrencia-. Esa misma noche, anuncia con voz seca que lo deja, que quiere largarse de ahí; lo ideal, de hecho, es que vayan a buscarla allí, ahora, mañana por la mañana a más tardar, que vuelvan a empaquetar todos los trastos de la pequeña estudiante tan fácilmente como los habían desempaqueado, y hop, *è finita la commedia*. Su padre mastica lentamente. Paula imagina las miradas que le lanza a su madre, las cejas como acentos circunflejos y los hombros que se alzan,

la palma de la mano que cubre el aparato mientras susurra ¿qué le digo? Deliberan y la madre coge el teléfono, la voz suave e indiscutible pronuncia las palabras «compañero de piso», pero Paula escucha esas palabras sin creérselo, los ojos fijos en la punta de su zapato que frota una mancha de pintura en el parqué, oye que su madre habla por ella misma, y por su padre, en nombre de la pareja fusionada que forman desde hace tanto tiempo. Por lo demás, Jonas es la estrella del taller y se espabila de maravilla él solo, es lo que replica con tono duro, Jonas es ligero, indiferente, hirsuto, come fuera de casa y solo vuelve para dormir, así que Paula apenas se lo cruza en la escuela, donde hace tiempo que nadie tan dotado franqueaba el umbral de la puerta. Es de fácil convivencia, y no está nunca. Paula se aísla, el cansancio se propaga por su cuerpo como un veneno y la desliga del mundo exterior.

Noviembre de nuevo, llueve. Paula brega con un cerfontaine, un mármol bastante técnico, sin duda un tanto difícil para ella -dos operaciones con óleo, una tercera para el glaseado de las juntas, se pregunta uno cómo se le ha ocurrido elegir ese- y Jonas, precisamente, entra en la cocina. ¿Qué tal? Ella se sobresalta, se vuelve -cara de papel maché-. Me he instalado aquí, te congelas en mi cuarto. Jonas se quita el impermeable pero se deja puesta la gorra y, quién lo iba a decir, se demora, coge una taza de una alacena y se sirve té. Mira la pintura de su compañera de piso; es la primera vez. Sus ojos se pasean lentamente por la hoja y Paula se paraliza, pincel en el aire. La lluvia arrecia en la ventana, una lluvia granulosa y rápida, un redoble de tambor. ¿Qué mármol es?, pregunta. La joven retrocede un paso ante su panel, y contesta sin volver los ojos, es cerfontaine. Suelta el nombre con seguridad. Pero Jonas pregunta de nuevo: ah, ¿y de dónde sale? Paula, asombrada, se vuelve hacia él encogiéndose de hombros: ¿de dónde? No tengo ni idea. De nuevo la voz que cae, la frase que cierra. El viento proyecta la lluvia contra la ventana a ráfagas, gotitas duras, los cristales vibran y retumban, parece estar uno en un refugio de chapa. Jonas no despega los ojos de la pintura, luego saca el ordenador de su mochila, ven, veamos qué es esto, murmura, muy tranquilo, mientras Paula, reacia, tarda en dejar el pincel en el borde del fregadero, se sienta pero consulta el reloj, pensando que dentro de una hora será de noche, tendrá que encender las luces para poder trabajar, habrá sombras, los colores cambiarán, todo va a complicarse, es imposible que lo tenga para mañana por la mañana. Jonas comienza a leer en voz alta: *«Durante el Devónico Superior, hace 370 millones de años -370 millones de años, Paula, trescientos setenta, recalca cada cifra-, el clima europeo era tropical y se formaron arrecifes de coral a lo largo de una franja que se extendía desde Maubeuge-Trélon al oeste hasta Chaudfontaine al este, alcanzando su más alto desarrollo y mayor concentración en la región de Philippeville -Paula, eso no queda lejos, Philippeville, podríamos ir a verlo si quieres-, la caliza de esos arrecifes es gris en su zona mediana, roja en su base y en su cima. Las calizas más ricas en restos fósiles tienen una coloración gris azulada debido a las materias carbonosas. La coloración roja se debe a la presencia de bacterias fósiles ferroxidantes. Ese mármol es según se dice de color «rosa seca», pero recibe también el nombre de rojo de Flandes, o queso de cerdo -como el embutido, Paula, ¿has comido alguna vez queso de cerdo?-. Es de aspecto común y no muestra valor alguno.»* Ya está, Jonas se despega de la pantalla y Paula reabre los ojos. El Devónico Superior, los millones de años, las rocas metamórficas, los arrecifes coralinos y la jungla en plenas Ardenas belgas, los calcáreos y los fósiles, las brechas, las fracturas y las altas presiones que quiebran la corteza terrestre, nunca había pensado en todo eso, ignoraba los nombres e ignoraba las imágenes, consideraba el suelo y todo cuanto lo compone como ese caos de tiempo, de azares y de fuerzas en que reposan nuestras existencias. Está aturdida.

El vendaval amaina, todo afloja, todo gotea fuera, y el sol baña la cocina con una luz de color pomelo, casi californiana. Jonas suelta tres terrones de azúcar en su té, plof plof plof, gira la cuchara en la taza, y se advierte que remolonea. Paula se incorpora, coge la paleta y el pincel, pero antes de empezar a pintar se vuelve hacia él: ¿y tú, qué mármol has escogido? Jonas bebe lentamente el té, su nuez se desliza a lo largo de su garganta. Un Esciros. Las tres sílabas rechinan

en la habitación, luego precisa: no del todo queso de cerdo, más bien templo griego batido por los vientos, anciano inglés distinguido en una de las islas Espóradas, burrito miope que sube hacia el pueblo, ¿lo ves? Paula asiente y, en voz baja, de nuevo frente a su panel: veo muy bien las escaleras entre las casas blancas, el panamá del anciano, las largas pestañas del asno y el mar alrededor. Jonas la observa de soslayo -también es la primera vez, y se pregunta uno qué narices ha hecho durante esas últimas semanas, y concluye que ya iba siendo hora-, la oye nítidamente cuando ella murmura más tarde, al tiempo que pega un poco de rojo inglés a su paleta, a mí el queso de cerdo me gusta, y en el silencio que vuelve a hacerse él se levanta, deja caer la tapa del ordenador sobre el teclado en señal de despedida mientras las patas de la silla se separan de la mesa rascando el suelo. Entonces Paula le lanza por encima del hombro una sonrisa que nadie le había visto nunca, sencilla y de una confianza tal que el chico se queda paralizado, sorprendido -ante él ya no es la misma persona, la chica de mandíbulas pétreas, aterrada y tensa, sino una desconocida cuyo rostro se agita-, sus miradas se cruzan por encima de la mesa, las sostienen hasta que Jonas declara, apoyado contra el quicio de la puerta: deberíamos salir un poco, Paula, deberíamos ir a tomar el aire. Escruta el cielo reventado tras la ventana -color neumático con jirones de coral- y salen. Y más adelante, cuando Paula piense en ese primer momento con Jonas, momento en que él articula por fin su nombre, momento denominado «del queso de cerdo», recordará haber comprendido que pintar era en principio no pintar, sino salir a la calle e ir a tomar una cerveza.

Al día siguiente el cansancio da un cambio, pasa a ser el soporte de los días, Paula recobra fuerzas. El final de los mármoles la espabila, la espalda, la cabeza, los hombros, algo más aguerrido emana de ella, que no es ni más ni menos que una aptitud para el fracaso, una aceptación del hundimiento y un anhelo de resurgir. Levanta la nariz, relaja los dientes, se siente mejor. Impresión de coger por fin un poco de velocidad, impresión de que el aire del exterior azota mejor su frente y de que su cuerpo se fortalece, vientre y espalda torneados, hombros y brazos airoso, movimientos de muñecas más seguros y más ligeros, todo sencillamente más hermoso. Observar los estigmas del trabajo en su cuerpo le procura un bienestar inenarrable, un placer.

Ahora entra en el taller con menos aprensión, con más audacia. Eso sí, sigue controlando la emoción que la embarga mientras zigzaguea por la sala para acceder a su rincón, se escurre entre los bastidores adoptando una apariencia serena que a nadie engaña -los lóbulos de las orejas rojos y ardientes como dos brasas-, pero esa emoción le señala también que ha entrado en una zona efervescente, zona de murmullos y de roces, y origina siempre una sacudida de excitación pura, un electrochoque.

Los demás alumnos aparecen en su campo de visión. Comienzan a existir para Paula y se acomoda entre ellos. No son muchos, una veintena, y también a ellos les relucen los ojos, tienen las uñas negras, apestan a trementina, incluso se les reconoce por eso en el barrio tan pronto se quitan la bata; y también ellos andan repartidos en grupos de dos o tres en pisos amplios y mal calentados a tiro de piedra de la escuela, trabajan como animales, y se juntan muy de vez en cuando en una fiesta con alcohol que se prolonga al parecer hasta el alba tras alcanzar a eso de medianoche la ratio aproximadamente respetable de treinta personas en una cocina de diez metros cuadrados -densidad que supuestamente favorece toda colisión carnal un poco tonificante con un ser que no se cuelgue de uno-. Paula se queda con frecuencia a trabajar por la noche en el taller, se mueve lentamente por allí, los brazos caídos y el pelo suelto, se entretiene ante los paneles de los demás, se aventura a observarlos mientras pintan, y hasta se atreve a formarse una idea de su pintura, y muy pronto esos gritos que lanzaba en el instante en que percibía una presencia tras ella, esos gritos estridentes, esos gritos horribles, esos gritos desaparecen, su mirada se mezcla por fin con la de quienes se cruzan allí, esa gran madeja de miradas simultáneas.

Cuando pasa revista a los alumnos de la Escuela, cosa que hace varias veces en ese periodo, para sus padres, o para algunos otros, poco numerosos, a quienes cuenta su vida en Bruselas, Paula comienza siempre por el fondo de la sala y procede en el sentido de las agujas del reloj -sin duda visualiza entonces un rostro que se vuelve, la mira a los ojos y la saluda con un movimiento de cabeza, como el actor se planta frente a la cámara en los créditos de un folletín de los años ochenta-. Ese escrutinio pasa primero por Jonas, en el que no se demora, reservándole una suerte especial, un régimen de excepción. Jonas es Jonas, eso es lo que se limita a declarar, acelerando la frase y sacudiendo la mano en el vacío, como si aún bastara con abrir los ojos para captar lo que tiene de diferente -¿esa mezcla de delicadeza y de craso egoísmo?-, luego destaca, entre otros, a un decorador de teatro oriundo de Boulder, Colorado, turbador sosias de Buster Keaton, igualmente encorbatado de negro y vestido con una camisa blanca de cuello postizo; más allá,

blanca, venosa, ojos azulados, una restauradora de capillas barrocas formada en la academia de bellas artes de Florencia pinta medio desnuda bajo una bata de lino puro, tocada con un turbante al modo de Artemisa; a su lado, cabeza de lebrél afgano sobre un largo torso estrecho, gruesas piernas cortas, un joven banquero londinense en año sabático que no abandona su camiseta de los Sex Pistols y masca chicle continuamente; tras lo cual, a la derecha de Paula, cabeza rapada al cero y cuerpo de luchador, el único artista del taller, un tipo de Hamburgo de cuerdas vocales gangosas, manos como palas -realizaba allí cuadros de chatarra, de zinc, de chapa ondulada, restos oxidados que reflejaban supuestamente el deterioro del capitalismo y la melancolía de la globalización, recogía esos materiales en los diques, en el río, saltaba a los barcos de trabajo para remontar las dársenas, atravesar las esclusas, alejarse cada vez más hacia el estuario, hacia mar adentro, y eso a diario, lloviera o ventease-; si continuamos, encontramos a la izquierda de Paula a un joven flamenco rizado como un pastor griego, hijo de un productor de cereales de los alrededores de Gante, que financia sus estudios jugando al billar en los locales traseros de los cafés del barrio de Saint-Gilles y fuma Player's; luego las españolas, Alba e Inés, dos primas cuya parentela se extiende por todo el Gotha, entrelaza a esas familias que salen en la portada del *Point de vue* dando cuenta de bautismos y bodas, y que sin duda aparecieron fotografiadas de niñas, mofletudas y con guantes blancos, sosteniendo la cola de encaje de blonda de una mujer de su clan -cuando les toca a ellas, Paula se toma su tiempo, su presencia subraya el fichaje heterogéneo de la Escuela, el taller polarizado entre estudiantes sin blanca y esas chicas de sangre azul, educadas en colegios privados regentados por monjas, que se dieron el bote a toda prisa, siempre las dos juntas, con escasos estudios pero un buen nivel de lenguas, matriculadas en la Escuela de Pintura con el fin de poder restaurar las mansiones familiares diseminadas por el Viejo Continente, allí donde los artesanados están podridos, donde faltan los mármoles, donde el canastillo florido ha palidecido en el fondo de la alcoba, tienen la misma risa ronca cuando anuncian que tienen un mercado cautivo, aseguran haber huido de matrimonios concertados con el fin de vivir su celibato a pedir de boca, y de hecho son juerguistas, chicas con piernas como pilares y corazones generosos, lenguaje de carreteros, creadoras de cócteles multicolores y fantásticas liando porros-; por último, a menos de un metro de las precedentes, pintando paros sobre pétalos de rosa mientras escucha rock metal, los auriculares bien hundidos en las orejas, se yergue Kate Malone -ese pedazo de mujer, tozuda y con un genio de mil demonios, siempre crispada.

Esos seres que pintan juntos cuarenta y cuatro horas por semana y que sus allegados describirían sin duda como personas egocéntricas, que desdeñan toda forma de práctica comunitaria, acumulan narcisismo y megalomanía en proporciones considerables y tan solo aceptan la humildad del artesanado para mejor hacer gala de pintar como artistas, esos seres, curiosamente, acaban siempre formando un colectivo al acercarse la Navidad. Embriones de organización surgidos en el mes de octubre se trocan en normas, instauran usos, sedimentan un derecho consuetudinario que cubre por ejemplo la limpieza y renovación del material común (encargo, recepción, distribución), la creación de un fondo para los cacharros de taller, y la obligación de ayuda mutua -se juntan unos cuantos para acabar el panel de aquel que se ha quedado atascado-. Los alumnos de la rue du Métal constituyen entonces una pequeña sociedad entre ellos solos, conectada con la materia del mundo pero restringida a unas cuantas calles de la ciudad y reducida al aislamiento, pues la labor deja poco solaz para trabar relaciones fuera de los

muros de la escuela y cada uno es consciente de la ventaja que entraña buscar recursos *in situ* antes que perder el tiempo yéndose por las ramas. Y así, se crean vínculos en la escuela, vínculos amorosos, amistosos, sexuales, enemistades también, vínculos cada vez más estrechos conforme pasan las semanas, formando una red cada vez más densa, más activa, de tal modo que la escuela encuentra su forma orgánica y funciona ahora como un ecosistema -es un momento que la señora del jersey de cuello alto negro espera siempre con cierta impaciencia, se encuentra entonces frente a una fuerza, y eso le gusta.

Pero al poco, en un movimiento de péndulo que ella anticipa con malicia, esos mismos alumnos comienzan a inquietarse por su propia singularidad, se contorsionan, se ponen de puntillas para sacar la cabeza fuera del pelotón, y reivindican su estilo propio, su peculiaridad. Ese afán de distinción que los atormenta sale de nuevo a flote tras el tratamiento de choque que constituye el aprendizaje de las maderas y de los mármoles, reaparece como el grumo en la pasta y muy pronto cada alumno señala cada vez más abiertamente que los trabajos impuestos y los ejercicios se les antojan yugos estrechos, rígidos, que refrenan su gesto, asfixian su personalidad, esterilizan su deseo; así lo expresan, indignados. La señora del jersey de cuello alto negro finge no oír nada, sigue prodigando a su alrededor su sonrisa impenetrable y se frota las manos; conoce bien a los alumnos, cada año los mismos, sí, los conoce al dedillo. Sabe que la referencia al taller del Renacimiento, esa imagen de fluidez creadora y de efervescencia colectiva en la que les gusta verse reflejados, comienza siempre por alabar su ego -comparte comunidad de lugares y técnicas, circulación de influencias y saberes, sentido del servicio y del compromiso, valores del artesanado, respeto de la jerarquía fruto de la experiencia, abdicación de uno mismo en provecho del grupo, continuidad de la vida y del trabajo-, antes de señalar esa burbuja de la que tienen que salir para existir con su propio nombre. ¡Bingo! Entonces es cuando se enfrenta a ellos, los coge a contrapelo. Les recita las normas con voz tan pausada que resulta vagamente provocadora, exigiendo por ejemplo que se respeten con un margen de un mililitro las proporciones de los colores en las paletas, en las salserillas, remachando el método, se hace así, así y no de otra manera, autocaricaturizada como esbirro de un academicismo romo, como cómitre de la fórmula. Al menor síntoma de interpretación visible en un panel, devuelve al alumno al canon, al modelo, lo retiene en el terreno del trampantojo, en el terreno de la ilusión absoluta, rastrea las pinceladas en el lienzo, la emoción en los trazos de la brocha, el humor demasiado sombrío de un degradado, o el brillo demasiado eufórico de un glaseado, batalla por la desaparición del joven pintor, la desaparición de la pintura ante la imagen. Desde luego, justifica ese hostigamiento abogando por la técnica, por la belleza de la técnica, pero no se descarta que sea también un poco sádica. Sin embargo, el sábado por la mañana, una vez expuestos los paneles alineados en la pared del taller, una veintena de imágenes del mismo formato exhibiendo el mismo brillo de madera, la misma placa de mármol, una veintena de trampantojos realizados según el mismo proceso, viene a colocarse ante el mismo muro de silencio -se advierte que se toma su tiempo, manipula la atención de su auditorio al igual que el mago instala la espera, crea un suspense- y lentamente, sin cometer un solo error, atribuye a cada uno de los alumnos su trabajo, el cual es alzado de inmediato, para que pueda leerse el nombre del falsificador en el reverso -se distinguen así el exceso de agua sobre el trabajo de Buster Keaton, la pesadez de Artemisa, el uso abusivo del blanco de China en los acabados del pastor griego, o también el descentramiento del motivo en la hoja, típico en Paula-. Cuando algunos han confundido el trabajo del uno con el del otro, la señora restituye a cada cual su singularidad.

Alzando la cabeza tras el episodio del cerfontaine, Paula cae en la cuenta de que las batas blancas manchadas de pintura que trabajan a su alrededor contienen personas, de que los pinceles los sostienen manos, ligadas al cuerpo, a rostros, a temperamentos, a historias. Y finalmente, ella que pretendía a comienzos de diciembre haber eliminado toda relación y optado por la castidad - no tengo tiempo para eso, clamaba en internet, grotesca, vaquera solitaria en la pradera y rascando una cerilla bajo la suela de la bota-, abandona la segunda decisión como quien deja deslizar un chal de sus hombros una noche de verano.

Se acerca a Kate, que un día se abalanzó sobre ella a la salida de una clase y le preguntó de buenas a primeras: ¿tú eres la que vive con Jonas Roetjens? Kate es de esas chicas que agrandan el espacio que atraviesan, sonríen pero se ríen a carcajada limpia, suelen tener una mente maliciosa, echan pestes en voz alta cuando les toca recibir los palets de papel para el estudio, se sientan cada día solas en el bistró para despacharse un auténtico almuerzo con carne, y ponen tanto empeño en desmarcarse de las niñas de papá de la Escuela que nunca pierden la ocasión de anunciar que se han pagado las clases ellas mismas -Kate trabaja de fisio en un establecimiento de Glasgow, el Nautilus, además lleva peces tatuados en los brazos, peces que muestra a Paula remangándose en mitad de la calle, y cuyas aletas se mueven cuando tensa los músculos.

Se celebra una fiesta la víspera de las vacaciones de Navidad en casa de Buster Keaton, y en medio de la euforia general Paula se encuentra morreándose con lengua con un enésimo primo de las españolas, al fondo de la habitación convertida en guardarropa, y luego desnuda con él una hora después en otra habitación situada a cien metros de la primera e igualita a la suya como dos gotas de agua. El tipo está de paso por Bruselas para participar en un torneo de tenis, tiene las piernas longilíneas y el sentido del timing, la piel de la espalda salpicada de pecas -sería un gustazo aprovechar su sueño para acercarse con un bolígrafo y una escuadra para trazar en ella las constelaciones visibles en la Vía Láctea-. Zozobran el uno en el otro y se entreveran hasta la mañana. Luego, él se duerme boca abajo, perfil aplastado contra el colchón, y cuando Paula ya vestida se inclina sobre él, rozándole la cara con el pelo revuelto, él abre un ojo, sonrío, y se vuelve hacia un lado -más tarde, ella se sorprendería de la facilidad con que se había deslizado en aquella noche, con lo mucho que la impresionaba el sexo.

Cielo blanco de nieve, es casi mediodía. Paula entra en el edificio de la rue de Parme, vestida con un amplio abrigo de piel lanosa y calzada con Doc Martens de cordones azul noche, se ha pintado de gris tórtola los párpados, de rojo Revolución los labios, y sube la escalera con el corazón desbocado -tan guapa hoy que hubiera tocado en lo vivo los ojos de Jean Valjean-. Durante las vacaciones en París, el recuerdo de las escenas de la vida en Bruselas se ha decolorado, pero tan pronto se abre paso en la multitud compacta que rebulle en la estación del Norte, esas visiones retornan por fuerza, y con ellas la impaciencia de la cocina tibia y de los olores a pintura, la impaciencia del hojaldre acústico que superpone por pistas el zumbido del hervidor, la vibración de la nevera, el frotar de los pinceles, de los lienzos, de los trapos, el viento que se cuele por los resquicios de las ventanas, la cisterna que pierde agua, el parqué que cruje, y las voces, los pasos, las ráfagas de aire, la impaciencia de Jonas, también.

El apartamento está sucio, el suelo de la cocina sembrado de migas que crujen bajo la suela, la mesa grasienta, los platos en el fregadero, los espaguetis pegados al fondo de la cazuela, unas pinturas secándose en el cuarto de baño, un fardo de ropa blanca espera en medio del pasillo, las colillas se remojan en las tazas de café frío, el cubo de la basura está lleno. Pero cuando Jonas sale de su habitación pitillo en boca, con gorra y bata mugrienta, Paula se vuelve hacia él con rostro radiante. Él coge una mandarina de una bolsa colgada en una silla, apoya el hombro contra el quicio de la puerta, asiente con la cabeza, un placer verte, Paulette. Hola, Jonas. Ella se dirige hacia su habitación, permanece un instante en el umbral, y abre de golpe: ya he vuelto, estoy en casa. Un rollo de papel yace sobre su cama, y, sujeta bajo la goma, una galleta envuelta en papel brillante, de las que traen con la cuenta en los restaurantes chinos y que contienen un deseo, una predicción, una adivinanza. Paula abre el rollo. Es ella, es su retrato pintado por Jonas, sus ojos dispares y su estrabismo. Se sienta al borde de la cama sin quitarse el abrigo, atónita de tener entre los dedos la imagen que él se forma de ella. Jonas ha trazado con lápiz una línea mediana a través del óvalo del rostro, un eje que escinde su cara en dos perfiles nítidos, ambos con una flecha al pie -a la derecha: ojo negro, obsidiana, es tu perfil cuando escruta; a la izquierda: ojo verde, cabeza de brócoli, es tu perfil cuando se deja llevar-. Al pie de la página, ha resumido: las dos Paulas. Además, los labios delgados, la nariz aguileña, las cejas en arco bajo la franja oscura, los ojos rasgados de las hijas de Siena, el modelado del rostro que destaca dos pómulos altos, una barbilla con hoyuelo. Se quita los guantes, la hoja vibra entre sus dedos. Cuando vuelve a la cocina, Jonas le da la espalda y pasa la esponja por la mesa con excesivo celo. Ella comienza a colocar encima los restos de los jolgorios navideños al tiempo que enumera el contenido de los paquetes: bombones, frutos secos, jamón cocido, botarga, pan de especias, etcétera, hasta que acaba articulando en un susurro: gracias, Jonas. Se miran, luego Jonas aplasta la colilla en un tarro de yogur; me gusta mucho tu cara, Paulette.

Están cerca ahora, no han dejado de acercarse desde el domingo del «queso de cerdo» y comparten ya bastantes más cosas que un apartamento donde las ventanas están calafateadas con Rubson, donde las toallas de baño apestan a ropa mal secada, donde los regueros de pintura diluida se enroscan en torno de los desagües en los lavabos. Han aprendido a glasear, a

fragmentar, a perfilar, a picar, a aclarar, a crear un pequeño tornasolado con pincel escoda o un clavel con veladura con el mango del pincel, a dibujar vetas cortas, a motear, a manejar el cuchillo de paleta, el dos mechas para jaspear y el pincel de pitchpin, el spalter grande y pequeño, el tremard, el cola de bacalao, tela de billar y de trapo, han aprendido a reconocer la tierra de Cassel y el yeso Conté negro, el marrón Van Dyck, los amarillos de cadmio claro o naranja; han pintado esas mismas esquinas de techo Renacimiento con putis regordetes. Esos mismos drapeados de seda color frambuesa aplastada colgando desde las cornisas de baldaquinos Regencia, esas mismas columnas de Carrara, esos mismos frisos de mosaico romano, esas mismas Nefertitis de granito, y ese aprendizaje los ha modificado a ambos, ha cambiado su lenguaje, marcado su cuerpo, alimentado su imaginario, removido su memoria. También, se han prestado jerséis, se han enjabonado con el mismo jabón, han compartido paquetes de cigarrillos, bandejas de patatas fritas, han comido en los mismos McDonald's tarde en la noche, en los mismos kebabs, han compartido la misma pasta de dientes, y aquella noche de enero en la que Kate fue a su casa a buscar ayuda para terminar un decorado japonizante -sombrija plegada, linterna colgada, pequeño macaco en la rama de un manzano en flor-, y se desplomó a eso de las tres de la madrugada atravesado en la cama de Paula, durmieron juntos. Se vieron abrumados de cansancio, con mala uva, egoístas, tensos, pero también exaltados, guasones, ensoberbecidos de su pintura, se vieron borrachos, mareados, el aliento cargado, el pelo pringoso, se enseñaron lo que uno se oculta -no sé qué tengo detrás de la oreja, ¿me lo puedes mirar?-, se vieron en pijama, en bragas y sujetador, en calzoncillos, y se vieron desnudos -una puerta que se entreabre en un dormitorio, una irrupción en un cuarto de baño, un pasillo donde se escabulle un par de nalgas-. Todos se preguntaban cuál era realmente su relación, si se acostaban o no, o solo en ocasiones, si estaban enamorados, ellos mismos no habrían sabido qué contestar, preferían hacerse los despistados que formular una frase vacilante, embarullada, cargada de paradojas, pero algo es seguro, no les gusta que otros se metan entre ellos; Jonas declaró secamente a Paula la mañana de su noche con el tenista: no veas la pinta que tienes, y siguió atosigándola con su último panel, que era blando, sobre los gilipollas que juegan al tenis, sobre el pincel que le había prestado y que de pronto necesitaba urgentemente, todo eso mientras ella se cepillaba los dientes con ostentación, abría los grifos, Jonas, acabó diciéndole con voz cantarina tras enjugarse la boca con el revés de la mano, Jonas, repitió, cambiándose de camiseta, reapareciendo fresca y risueña, Jonas, mírame, pero el chico acababa de largarse dando un portazo. Y Paula, inquieta las noches en que él desaparecía, velando para esperarlo, muy pronto dormida en la mesa de la cocina, la cabeza sobre los brazos doblados, como los niños que duermen la siesta después de comer en las guarderías.

Así y todo, no se han confiado el uno al otro -origen social, pasado, familia-. Como si se hubieran saltado la etapa obligada del autorrelato o de la confidencia para pasar directamente a la fase siguiente, esa en la que se entra de inmediato en el corazón de una relación, en su movimiento y al mismo nivel, esa en la que el otro se muestra como zurdo, como que sabe reparar una moto, se pone azúcar en el café, nada en agua fría, odia el perfume, le gustan los westerns o escucha rap blanco, o el otro se muestra como que sabe coser una prenda de ropa, se lava las manos veinte veces al día, duerme con la ventana abierta, compra por internet, no tiene permiso de conducir, es alérgico a los huevos, tacaño, se levanta en un extremo de la mesa para recitar «La muerte del lobo»² al final de un banquete de boda, llora en el cine, tiene fobia a los pechos en forma de pera y se tiñe el pelo. Se supone que han optado por la elipsis autobiográfica como se aplica una norma de conveniencia, por rechazo a la banalidad, por orgullo, porque han encontrado en esa postura un

modo de esquivar los determinismos, de reducirlos al silencio, de ser de ningún sitio, aligerados, despejados, únicos amos y señores de inventarse su vida: ni padre ni madre y hop. Se ríen de esa ilusión -ni padre ni madre, ¡imagínate!-. Su vida común incorpora los silencios, las ausencias, las evasivas, no exige verlo todo, saberlo todo del otro, rascarlo todo, limarlo todo, no exige todo, sino que se las arregla con lo que resiste dentro, moderado, incompartible. Algunos llegarán a decir que no se hablan, menospreciando la densidad de su pudor, la intimidad que va asociada al lenguaje, la inteligencia infraverbal que circula entre quienes actúan codo con codo, cosa que Paula y Jonas hacen al volver del taller, instalados en su pasillo, arreglando una luz para ver bien, extendiendo periódicos en el suelo, buscando una buena emisora de radio, una música que les guste a los dos, o calentando café en la cazuela antes de entrar en la noche con un pincel en la mano sin intercambiar más que murmullos, borborigmos, algún ¿qué tal? que no pide respuesta sino un movimiento de cabeza, en ocasiones una mirada, Jonas declarando caviloso: me pregunto cómo se ve el mundo cuando los ojos no miran en la misma dirección, y Paula, divertida, replicando, el palo del moño entre los dientes y las manos alzadas detrás de la cabeza para anudárselo apretado, ¿me preguntas con qué ojo tienes que mirarme? Jonas encendiendo un cigarrillo que Paula también fumará, pellizcando el filtro con el pulgar y el índice en los mismos labios del chico para llevárselo a los suyos, como si el contenido de toda conversación se hubiera vuelto accesorio y se tratara tan solo de vivir los dos en el mismo lugar del mundo.

La noche en que durmieron juntos Paula se colocó detrás de Jonas, sorprendida de verlo sin gorra, hundió la cara en sus cabellos finos, mullidos, que se debilitaban a buen seguro de tanto remetérselos continuamente bajo la gorra, encajó las rodillas en las suyas y pasó una mano por encima de su cadera, y él, al tiempo que se ceñía a ella, asió esa mano y se la llevó al esternón como si quisiera sentir su cuerpo más cerca del suyo. Sus pieles eran suaves, exhalaban un olor a tierra y agua. Más tarde, Paula se despegó, se volvió hacia el otro lado y entonces fue él quien se colocó detrás de ella, los labios a la altura de su nuca, y ella quien le cogió la mano, y se la pasó por encima del hombro para enroscarse alrededor, envolverse en él. Permanecieron así pegados el resto de la noche, ella sentía el soplo regular de su respiración en el cuello, el aire frío cuando inspiraba, caliente cuando espiraba, y por la mañana, en la cama vacía, sobresaltada, Paula oyó las voces en la cocina, Kate y Jonas, el chisporroteo de los huevos en la sartén y el de los locutores de la BBC en la radio.

Incluso fueron juntos a Senzeilles, a ver la cantera de Beauchâteau y buscar el cerfontaine. Madrugaron aquella mañana, un domingo, otro más, se pusieron ropa de abrigo -Jonas, un chaquetón del ejército comprado en un almacén de ropa militar usada en Schaerbeek; Paula, el abrigo de piel girada-, y tomaron el primer tren para Philippeville, sentados frente a frente en banquetas de molesquín color chocolate que el desgaste había acabado agrietando, con un vaso de café ardiendo entre los muslos. El vagón está desierto salvo por un trío de chicas que habían pasado la noche de fiesta en Bruselas y volvían a casa, niñas en minifalda y cazadora de cuero, alzando la voz durante los primeros kilómetros, excitadas todavía y derrumbándose brutalmente unas contra otras, demacradas, párpados entornados, zapatos en la mano, mezcla de medias rotas y de escotes imprecisos, cuando, en la piel sembrada de lentejuelas de la fiesta, el maquillaje forma grumos. Jonas dormita, la visera de la gorra haciendo de pantalla en la cara. Pero Paula se halla demasiado agitada para dormir. En Philippeville, la estación está vacía. Atraviesan el vestíbulo y van a llamar al cristal del único taxi disponible -un taxi como pensado para ellos-. El taxista se mueve en el interior; estaba durmiendo y los mira, desconcertado. Tiene una mancha de nacimiento alrededor del ojo izquierdo, un poco como si le hubieran chafado ahí un tulipán negro, lleva mostachos ostentosos, un jersey de cuello alto sintético de color mostaza y una chaqueta de ante. Acepta la carrera tras tamborilear en el volante, vale, suban, pero avisa de que tendrán que volver a la estación en autostop, que no los esperará allí, que es domingo y a las doce se acaba el curro, irá a comer a su casa. El coche hiende la campiña de invierno, las poblaciones inertes, los campos desnudos, se cruza con ciclistas y cazadores. El taxista conoce bien la cantera, es un lugar señalado de salida escolar «por los fósiles», precisa, solemne, y el que dos jóvenes estudiantes se hayan molestado en venir desde Bruselas solo para verla lo llena de orgullo como si le perteneciera. A dos kilómetros al sur del pueblo, aparca en el arcén, Paula y Jonas se apean, las portezuelas restallan como disparos de escopeta, son cerca de las once, el cielo está cargado, gris, rebosante de agua. Un letrero indica un camino en el que se internan Paula y Jonas uno detrás del otro a través de un sotobosque hasta que el espacio se abre ante ellos y desembocan en un terraplén, frente a un acantilado que se yergue sobre una masa de agua. El frente vertical de la cantera. Un muro tan desproporcionado dentro del paisaje, tan incongruente, que parece procedente de otro mundo. Bosquecillos y matas de helechos forman una envoltura en torno a la pared vertical, desnuda, de un rojo violáceo similar a una piel humana que hubiera sido golpeada, o a una llaga muy antigua que el tiempo hubiera cauterizado, secado, arrugado. ¡Ahí está la cerfontaine! Las palabras de Jonas resuenan mientras avanza hacia la pared, y ese grito y ese ademán subrayan el silencio y la inmovilidad que petrifican el lugar, su naturaleza a la par monumental y abandonada. Se acercan a la orilla del agua estancada, juntos, frente al acantilado, y alzan la cabeza. Ven a ver.

Lo que se yergue ante ellos es una muralla impresionante, treinta metros más o menos, tan inesperada como el recinto de una ciudad precolombina entrevista en el follaje al término de una expedición en la jungla -hombres en fila india, pies hechos picadillo y piel cubierta de pústulas, caballos con anteojeras acarreado lentamente cajas de madera a un tiempo demasiado pesadas y

demasiado rígidas-. Un muro estriado de rayas, de muescas, de marcas. Las más visibles dan fe de la cantera, marcan los antiguos planos de sección de la explotación de la roca, mientras que otros, abajo, más difíciles de descifrar, muestran la historia de la formación del suelo. ¡La hermosa loncha de queso de cerdo! Jonas se alza con el índice la visera de la gorra y se pone en jarras exagerando la estupefacción.

Un intervalo de tiempo. La pared ofrecía el aspecto de un corte frontal y revelaba, ajena a la geología vecina, un modelo de arrecife coralino en forma de cúpula, una estructura de lo más bella creada por colonias de corales que habían acabado soldándose todos ellos, abrazándose y contrayéndose para cobrar un aspecto masivo, de zócalo, todo ello acaecido bajo un clima tropical, en aguas cálidas, claras y poco profundas, hacía millones de años. Trescientos setenta millones, ¿te acuerdas, Paula? No la mira pero abre los brazos como si fuera a abarcar todo el lugar, y declara que ese tipo de estructuras, las biohermas, numerosas en esos parajes, pueden alcanzar doscientos metros de diámetro y noventa metros de espesor, y si miras bien, cada momento de la formación del arrecife, visible en la pared, permite conocer la fuerza de las aguas que bañaron sucesivamente la zona: aguas tranquilas, en la base de la bioherma, y luego cada vez más turbulentas, hasta ser claramente agitadas en el corazón de la masa arrecifal, y puras, oxigenadas, remolineantes, removiendo entonces miles de millones de conchas, braquiópodos, estromatopóridos, miles de millones de organismos vivos.

Paula, que al descubrir el lugar se llevó una decepción -¿qué demonios hacemos aquí?-, sigue la mirada de su amigo y fija la suya exactamente como si caminara pisando sus huellas, en la arena o la nieve, avista la hermosa forma de cúpula, las distintas capas, las diferentes coloraciones de la roca, y ahora el muro se mueve, se sacude como un viejo cuerpo, ya no es un vestigio inerte forjado por geólogos y aficionados a las ciencias de la Tierra, ni un acantilado que la industria humana ha usado de robot para explotar su sustancia mineral, sino una historia. Jonas habla, las estrías en la pared son líneas que se transforman en frases, formando poco a poco ese relato lejano que la joven hace volver a sus oídos, mientras ahora se activa en el lugar, recorre la pared, escala los esquistos, recoge los guijarros.

Es el relato de la jungla de antaño, el del manglar primitivo, de las barreras de coral y de las lagunas transparentes que empapaban la zona en tiempos del Devónico, el de la laguna que se extendía aquí antes de la gran hecatombe que arrasó la Tierra durante la era primaria, antes de aquellos fenómenos de una violencia descomunal que habían provocado la catástrofe: ¡brutales oscilaciones del clima, descenso del nivel de las aguas, suelos que se espesan, árboles y plantas que aparecen y arraigan, anoxia de los océanos, asteroides que golpean, glaciaciones! Jonas remacha los fenómenos y de repente brotan de la roca, al igual que el mago haría salir diamantes de la boca del sapo. Altas presiones, Paula, ¡altísimas presiones! Concluye con una mueca: ¡el fin del Devónico fue el apocalipsis! Ella lo mira, se pregunta si no se inventa cosas para hacerse el listo, recoge un guijarro, lo examina y lo hace rebotar en el agua plana y Jonas también rebota: después de todo aquello, mucho después -su voz se hace más lenta, narra, nunca ha hablado tanto y Paula sabe que sucede algo, que algo se abre, se ensancha-, una vez que la zona se secó, que se fosilizaron los corales y que grupos de hombres hubieron creado campamentos en aquellos parajes, una vez que hubieron sembrado semillas, erigido pueblos, engendrado criaturas a las que había que alimentar, una vez que hubieron inventado los dioses, los sacerdotes y los señores y que hubo que construir para ellos templos, iglesias y castillos con suelos sonoros para hacerse

anunciar, escaleras donde hacer volar la capa y chimeneas donde quemar los pactos secretos y las cartas de amor comprometedoras, después de todo aquel tiempo, que no fue más que un parpadeo comparado con la edad del acantilado, vino la cantera, la explotación del mármol y la explotación de los hombres contratados para extraerlo y entregárselo a quien se había declarado propietario del lugar, y cómo logró este hacer tragar a los demás que poseía la roca, esa roca producida por la acción del tiempo, hasta el punto de hacerlos trepar a endebles escaleras y golpear el acantilado con palos, todavía me lo pregunto. La explotación continua del acantilado durante un siglo y medio borró los antiguos rastros de extracción, pero se supone que cientos de tipos con bigote subieron a aquellas escaleras, a aquellos barrotes de madera, que algunos sufrieron de vértigo y se aferraron a ellos, que otros temieron oscilar hacia atrás y fracturarse el cráneo siete u ocho metros más abajo, que todos gritaban de terror, el muro repercutiendo sus voces como entre las paredes de un cañón. El primer golpe asestado a la roca a fines del siglo XVIII debió de resonar como una señal de alerta, el inicio de una revolución, pero en aquel entonces nadie lo tomó como una señal: se perfora el mármol con cuñas de hierro, se agujerea con broca -unas señales puntiformes llevan a pensarlo- y se tapan los agujeros con pólvora negra; el explosivo inyecta en la roca la energía necesaria para desprender los bloques. Los obreros son numerosos, manipulan el metal y la pólvora, pero curiosamente trabajan sin rechistar, incluso cuando la escarcha quema, cuando el sol pega, cuando chorrea la lluvia. El propietario de la cantera va raras veces, y siempre sin hacerse anunciar, los setos tiemblan en el caminito y de pronto aparece, surgido a caballo ante el frente de trabajo, los obreros se vuelven sin quitarse el gorro, mantienen los labios apretados, el capataz acude a todo trapo, el propietario formula una o dos preguntas sobre el rendimiento del acantilado sin dirigirle una mirada y de un taconazo en los flancos de su montura da media vuelta en medio de una nube de polvo y vuelve a galopar con la cabeza descubierta por la campiña -lo que más le gusta del mundo-, y los que se quedan encaramados en sus escaleras, las manos sucias y la mirada fija, no están ya muy seguros de que eso sea normal. El trabajo de los marmolistas cambia en 1874 cuando se introduce en la cantera la sierra helicoidal -tres cables de acero en forma de hélice que recortan la piedra por frotamiento continuo-. El acantilado se vuelve regular, bruñido, lustroso como nácar al sol, cobra entonces su fisonomía actual, su singular perfil. Una vez extraído, el mármol se transporta a los talleres donde se talla, se pule y se acarrea hacia los inmuebles parisinos, hacia las casas burguesas de provincias, y hacia algunas salas del palacio de Versalles, donde se suma a otros mármoles, los de Flandes y de Henao, apreciados en ese palacio desde su construcción. Muy pronto los trabajadores de la cantera adquieren el derecho de fumar en las pausas, de formar un sindicato, de descansar un día a la semana y un mes al año, los propietarios no son siempre hijos de familia, sino sociedades capitalistas en manos de accionistas que se largan de mayo a octubre a la Costa Azul, donde les gusta pasear con mocasines de cuero trenzado, vestidos con pantalones de lino blanco y gorras de marino. El acantilado retrocede, progresivamente aserrado, y cada nuevo corte desvela otras formas fósiles en la piedra, otros rastros de vida incrustados en la roca. Después de la Primera Guerra Mundial disminuye la actividad: las estufas de hierro colado y los radiadores sustituyen a las chimeneas, los decoradores recomiendan la madera, el vidrio, el polimerizado, todo cuanto pueda desplazar la mano de un niño, y el mármol, que pasa a connotar el conservadurismo y la pesadez de un fausto sin imaginación, deja paulatinamente de explotarse. La Segunda Guerra Mundial prescinde de la cantera sin modificar la tendencia -tal vez el lugar sirva para ocultar a los hombres, las armas y los paracaídas hechos un ovillo que los aviones arrojan por las noches en la llanura-. Pasan unos años y en 1950 el frente de corte de Beauchâteau acaba retornando al silencio. La cantera

abandonada pasa a ser el reino de los maestros amantes de las lecciones de cosas, de los coleccionistas de fósiles, una de esas alcobas naturales que los paisajes más solícitos brindan a los enamorados, un lugar de peregrinaje pagano para quien desea curarse un eczema invasivo, una alopecia, una psoriasis multicolor, y muy pronto se convierte en la madriguera de la juventud del cantón, uno de los lugares de mala fama donde se encienden hogueras, donde circula la droga, donde se recogen en los bosquecillos preservativos usados, páginas de revistas porno, y de donde ninguna chica sale virgen -en esa época, decir que una chica «va a la cantera» significa que es ardiente y se acuesta con facilidad-. Al caer la noche, el acantilado, plantado cual gigantesco recinto detrás del sotobosque, repercute los bajos de una música satánica, berridos salvajes, gritos agudos, aterrando a quienes los oyen desde la carretera, «hay gente en la cantera», piensan, pisando a fondo el pedal de la bici, apretando el paso. Hoy en día ya es otra cosa -Jonas se dispone a concluir, Paula aguanta el aliento-, los científicos vienen a tomar muestras, a medir y explorar la roca. La pared se contempla como una placa fotográfica, un secante donde los grafitos han pasado a ser epigrafía, donde todo lo que se ha producido desde el comienzo queda marcado, como un palimpsesto.

Ahora Jonas ha enmudecido. Ha agotado su discurso y sus facciones languidecen. La cantera está de nuevo petrificada, como un decorado de teatro después de la representación, una vez que la historia ha transcurrido, una vez que las cosas se han dicho, se han vivido, y que el verbo ha hecho las maletas. Paula camina hacia el estanque con la sensación de atravesar por última vez la planicie, se inclina, observa la sombra de su silueta que flota en la superficie glauca, plisada, se pregunta si un placodermo del Devónico podría quebrar de pronto las aguas con estrépito y surgir en vertical, la mandíbula abierta, la coraza chorreando, y a renglón seguido le vienen a la memoria las carpas centenarias que dormitaban en los estanques de Versalles y de las bolitas de pan que les echaba de niña, para atraerlas, para hacerlas aparecer, mientras sus padres a su lado escrutaban a su vez el agua turbia y le susurraban todo lo que habían debido de ver aquellas carpas, y tal vez algunas habían saludado a Luis XIV, sus joyas deslumbrantes, sus perifollos, su peluca, sus botines blancos de tacones rojos, habían presenciado sin poder dormir los juegos fastuosos que llevaban el fuego al agua para disfrute de aquel rey a quien todos querían agradar, y a buen seguro se mantenían durante todo ese rato agazapadas en el fondo del estanque, asustadas o solapadas, veladas por las algas, camufladas entre los musgos, y Paula, inclinada sobre el agua, imagina ahora peces mucho más antiguos que ella misma, mamíferos enormes y silenciosos, esos que surgen delante de la barca primitiva y hacen chorrear el agua en sus flancos, esos que muestran su vientre blanco en un chorro de espuma y que se cazan en el océano hasta enloquecer, esos que nadan de noche en los brazos tatuados de Kate mientras custodia la puerta del Nautilus en una calle de Glasgow, tiende la mano hacia esa aleta que sobresale ahí, bajo la manga de la cazadora de cuero, en la superficie del agua, velo negro, balanceo, y la mano de Jonas la agarra del hombro cuando está a punto de caer al agua.

Un día de febrero, Kate se encuentra con Paula bajo una lluvia de cine, delante de la máquina de tabaco en una esquina de la plaza. Cae un paquete, Paula lo agarra y se hace a un lado mientras Kate repite la operación y saca unos Pueblo fuertes. ¿Y si tomamos un café mientras nos secamos? Kate la mira, cabello chorreante, ajena a la lluvia -Escocia-, embutida en un chándal malva que no le hace ningún favor.

Es un día entre semana, el trabajo espera, aplastante, sin embargo a los cinco minutos están sentadas frente a frente ante una cerveza, y el busto de Kate ocupa entre ambas un espacio desproporcionado. Yo me piro, lo dejo, vuelvo a casa. Paula no chista, pero escruta el rostro de aquella a la que llaman «big Kate»; el cabello *strawberry blond* -un rubio veneciano con reflejos rosas-, el trazo del lápiz de ojos a ras de las pestañas, espeso, la carne lechosa, un vago parecido con Anita Ekberg cuando planta las manos en el talle, echa los hombros hacia atrás y remacha: las maderas, los árboles, las molduras y los drapeados me la sudan, ¡*game over!* Da una palmada y añade con tono más alto: yo soy una artista. El tipo de detrás de la barra mira en su dirección, intrigado, más que nada porque Kate compensa con una carcajada la desmesura de tal declaración. Cabe pensar que rematará su gesto, se levantará, sacará del bolsillo calderilla húmeda, se encasquetará la capucha y se esfumará en la noche, pero no, permanece sentada, enmudece. Paula espera. Sus ojos rasgados brillan con expresión grave: aquí te enseñan a pintar la malla de un nogal de diez años y la de uno de cien, y nada más, es el trato. Kate rechina: ¡guay! Guay quizá no, prosigue Paula, irritada de repente, pero copiarlos implica en cualquier caso formarse una idea, querer conocerlos, tampoco es poca cosa. Se pasa una mano por la nuca, se echa el pelo hacia un lado con un gesto maquinal y empieza a retorcérselo, apretando la punta sobre la mesa, como si escurriera un pincel japonés. A continuación, declara con suavidad: echarse la siesta bajo un nogal enloquece, los nogales son frágiles y su sombra es fría, ¿lo sabías? Kate se encoge de hombros. El café está vacío. Cae la noche, nebulosa, y de pronto se adivina al observar a Paula que ya no está tan segura de que Kate farolee. ¿Lo vas a dejar ahora? ¡Te vas a largar cuando llevas dos tercios del curso? Kate no contesta. Se arrellana contra el respaldo de la banqueta y prosigue con voz lenta: acabaremos todos camuflando ruinas a bajo precio, tapando lienzos de paredes guarros con fachadas floridas o decorando habitaciones temáticas en hoteles birriosos, todo eso no es el mundo, lo sabes de sobra. Fuera, un raudal negro ha crecido en los arroyos de las aceras, las cornisas y los árboles chorrean, pero se ha acabado, ha dejado de llover, la plaza es un charco donde la realidad se deforma, y la voz de Kate suena clara cuando se acelera: estoy harta de copiar, de imitar, de reproducir, de qué sirve, vamos, te escucho. Ha hundido las manos en los bolsillos doblando los codos hacia atrás, con lo que las mangas de la cazadora se han retraído en los antebrazos, dejando al descubierto sus puños cuadrados, rebasando, bajo el cuero, tatuada, una espléndida aleta caudal. A Paula le gustaría arremangarla para ver el pez que circula en silencio por la piel de su brazo, él y los otros, sabe que están ahí, poderosos, el escualo receloso, la ballena secreta, el delfín amistoso, le gustaría posar una mano en sus pieles, le gustaría escoltar a esa fauna de las profundidades, tumbada sobre sus cuellos, transportada en su estela. En vez de eso, murmura en un susurro: sirve para imaginar. Kate se ha quedado petrificada. Durante unos segundos, su mirada se clava en la calle, se desplaza tras los pasos de los que

abandonan los refugios para reemprender la marcha, evitan los canalones y sorteando los regatos. Luego ha apurado la cerveza a su vez, se ha incorporado, y se ha inclinado hacia delante por encima de la mesa y ha depositado un beso en la frente de Paula. Sirve para imaginar.

Se encuentran en la rue de Parme todas las noches, Kate, Jonas, Paula. Regresan, encienden las lámparas, prenden las hojas en las paredes del pasillo, disponen los modelos, las fotos de referencia, en ocasiones una muestra natural que han tomado de las colecciones de la escuela, ponen la playlist que han creado para ese último sprint y desde los primeros acordes del primer fragmento comienzan -han evitado los sonidos emotivos, los textos densos, han optado por baladas de acabado perfecto, correrías cósmicas, y algún éxito gozoso para levantarse el ánimo durante las pausas-. Han anunciado a los demás que liquidarían a toda prisa ese puto panel, que lo harían en un pispás, que el título, francamente, les importaba un pepino y que aquello había durado demasiado, pero, una vez en su puesto, sé que son lentos, que se han tomado todo su tiempo, como si el reto de la pintura fuera depurar esas últimas noches, tamizarlas con el fin de aislar cada sensación, retener cada segundo, recoger cada átomo, y muy pronto esas noches no han formado más que una sola noche, y la frase abierta entre ellos la primera noche no ha formado más que una sola frase, común, confiada, una de esas frases en que el silencio no es nunca una ruptura sino una continuidad. Una frase como un tronco que desciende río abajo.

El panel del título. Un panel por alumno, un solo panel, que no expresaría únicamente una virtuosidad técnica sino que asimilaría la experiencia de la escuela. Un «panel libre» en cierto modo, puesto que cada alumno lo elige. Jonas realizará una madera, la malla de roble, Kate un mármol, el portoro, y Paula una concha de tortuga. Un mineral, un vegetal, un animal: ¡entre los tres podríamos crear el mundo! Kate lanza esas primeras palabras al tiempo que se quita el jersey cruzando y descruzando los brazos hacia el techo -siempre su belleza vigorosa, proporcionada, pero ha adelgazado, su pelo recogido hacia atrás resalta la frente abombada, los colmillos prominentes, las encías muy rojas-. Se planta delante de su fondo de lienzo, abre un bote de negro puro, coge una brocha y empieza a recubrir íntegramente su panel, que comienza a brillar bajo la lámpara. En la cocina, Paula bebe del grifo del fregadero, de puntillas, aguantándose el pelo para que no se moje en el agua sucia. Alza la cabeza, empapada, y les pregunta alzando la voz: pero, entonces, ¿quién hará a los hombres?, ¿olvidamos a los hombres? Ella también comienza la preparación de su fondo -amarillo de cadmio naranja y bermellón- mientras Jonas arranca con su veladura y murmura, lejano: ¿los hombres?, ¿qué hombres?, ¿quién quiere más hombres?, ¿quién sería tan capullo como para querer más hombres?, ¿tú, Paula? Se oyen gritos, carreras. Pandillas de estudiantes que suben por la calle hacia la plaza, va a ser así toda la noche. Kate se vuelve hacia los otros dos para pedir amarillo de cadmio naranja, Jonas le alarga el tubo, Paula enciende un cigarrillo.

Concha de tortuga. ¿No vas un poco de listilla? Así comentó Jonas la decisión de Paula, irónico, como si desenmascarase de ese modo su narcisismo contenido, su megalomanía amanerada, sus estrategias de distinción, tras lo cual adoptó voz de experto para declarar: el roble de todas formas es otra cosa, menos sofisticado pero más complejo. Kate, consternada por esa elección, e intentando ser convincente, remachó, pragmática: ¿tortuga? Con eso no pintarás nunca, no sirve para nada, pierdes el tiempo. Luego la miraron de soslayo, medio en broma, ignorando

ambos que la joven había comenzado quince años atrás acucillándose en un viejo jardín, ante unas hojas de lechuga destinadas a hacer las delicias de una tortuga asimismo muy antigua -las apariciones del reptil, raras, a veces pasados varios veranos, suscitaban entre los niños reunidos de vacaciones gritos que hacían huir tras un pedrusco al animal, que os calléis, el mayor de los primos ordenaba silencio con autoridad, y a continuación se arrogaba el derecho de avanzar hacia la rocalla, armado con un palo con el fin de desalojar a la tortuga, pero entonces los demás se rebelaban, protestaban, no, vete, eres tú el que la asusta, se empujaban, se abrían paso a codazos, la pequeña Paula defendía como los demás su lugar en el espectáculo, hasta que llegaba el momento fabuloso en que la tortuga acababa asomando, la frente a ras del suelo, muy a la vista, el cuello tendido hasta desvelar la piel flexible, elástica, que acoplaba su cabeza y sus miembros a su espaldar, avanzaba sin desviarse de su trayectoria, resuelta aunque lenta, ajena a los comentarios de los críos que se apartaban a su paso, fascinados, con caras de asco, excitados, cronometraban su velocidad con ayuda de un reloj y de una cinta métrica, trataban de calcular su edad descifrando su caparazón, los más sabios deduciendo miles de siglos y pronunciando la palabra prehistoria, mientras Paula, que no les prestaba la menor atención, escoltaba a la tortuga hacia la hoja de lechuga, reptaba a su lado con las rodillas pegadas al suelo, le murmuraba frases de aliento, palabras dulces, hasta penetrar en los ojos negros y lacrimosos del animal, muchachita de finales del siglo XX captada en esa mirada como en una grieta espaciotemporal demasiado profunda para ella, pues de repente se había acabado la tortuga de las canciones infantiles y de la fábula, la de los dibujos animados de las siete de la mañana, todas se esfumaban ante aquella, ante aquel monstruo, un monstruo en pequeño pero de lo más real, surgido de la oscuridad de una piedra como un repliegue del tiempo para entrar en contacto con ella.

Kate tiene calor bajo la lámpara. Trabaja su negro. Muy pronto se quitará la camiseta de tirantes para pintar en sujetador y su piel perlada de sudor reflejará el brillo tenebroso del portoro y de la vida. De momento, toma posesión de su panel y algo voraz emana de sus gestos, un ansia de teatralidad y de la vida abierta que conlleva. Se vuelve hacia los otros dos, encendida, caballuna, el labio inferior abultado de tanto ser rascado por los grandes incisivos superiores: ¡una piedra de lujo, una piedra de ricos! A su lado Jonas, concentrado en la malla del roble, brega con su orgullo, se adivina que le gustaría despojar su panel de su naturaleza anecdótica, desembarazarlo de ese carácter de ejercicio que se le antoja degradante. Lo que quiere es conferir a la propia pintura un valor igual que lo que debe figurar, pintar la pintura, en definitiva, es lo único que le interesa. Transcurridos veinte minutos, masculla retrocediendo un paso ante el panel: ¡oh Milady, hay que calmarse! -imposible saber si se dirige a Kate, tal vez no se dirija a nadie sino a su pintura, cuyo arrebatamiento quiere frenar como quien quiere reducir el paso de una yegua que parte al galope, despacito cariño despacito-. Las chicas que tiene a su lado no oyen nada, han entrado en el espacio situado exactamente entre la mano y el lienzo, entre la punta del pincel y la superficie del panel, y tal vez esa distancia marca que el gesto cobre forma y de eso depende la pintura. Kate anticipa el momento en que estampará el hilo dorado en su panel, en el que enviará la luz, consciente de que su mano deberá dosificar la energía al milímetro, cuando Paula, por su parte, examina su hoja, busca el modo de que su imaginación capte poco a poco los elementos del mundo, compone las materias de su sueño, se aplica en la lenta y prodigiosa imantación de las imágenes.

En la biblioteca de la Escuela, comenzó abriendo los atlas, localizó la tortuga imbricada - *Eretmochelys imbricata*- en el mar Caribe, a lo largo de la costa de Brasil o de la India occidental, nunca lejos de las orillas y más bien en las aguas de superficie, entre la algas, el plancton, los pececillos; en los mapas, anotó los principales lugares de puesta en la superficie del globo y entre ellos la islita Cousin en el archipiélago de las Seychelles, confeti de tierra plantado en el océano Índico -aves raras, palmeras, incursiones humanas infrecuentes y controladas, científicos sobre todo, biólogos y etólogos embadurnados de protector total, vestidos con bermudas de algodón y tocados con bobs con cordones de cuero- donde se contarían fácilmente, ocultos en la arena, un millar de nidos; escuchó la eclosión del huevo, la concha que se resquebraja lentamente, a veces en tres o cuatro días, y luego libera a la criaturilla viscosa: imaginó el avance del bicho hacia la orilla, sus primeros pasos por la playa, esa manera de correr con lentitud, el caparazón que se bandeja con tanta gracia; visualizó sus primeras brazadas entre las olitas, las patas trocadas en potentes remos, y nadando mar adentro, donde muy pronto se hallaría en peligro, no tendría ya más que una probabilidad sobre mil de sobrevivir, devorada por un tiburón que quebraría su espaldar de una dentellada, atrapada por un pescador que se serviría para ello de una rémora rayada, ese pez protector en el que sin embargo confiaba plenamente, tanto es así que Paula acabó viendo el caparazón chorreante en el fondo de la barca, sus reflejos centelleantes, y la sonrisa desdentada del viejo pescador. Ya puestos, corrió al Museo a examinar el cuerpo de la *imbricata*, se inclinó sobre su concha, admirada del ingenio de su artificio -las trece escamas de carey, las piezas de la charnela central y los cuatro pares laterales, los dos agujeros en la coraza, uno el de la cabeza, otro el de la cola-, dio la vuelta al animal para acariciar su peto, donde se encuentra el carey rubio, el más notable. Hueso, concha, uña, pico, garra, cartílago, intentó diferenciar las materias designadas por esas palabras, se detuvo en la queratina que las conectaba a todas, una proteína viva, la sustancia misma de la concha. ¡La materia misma del cabello!, le declara la peluquera una tarde de sábado mientras su melena se remoja en espuma de champú, antes de tenderle un catálogo de colores donde se alinean mechones peinados y extendidos, cual fetiches eróticos. A Paula se le ponen los ojos en blanco y señala con el dedo índice un rizo de cabellos etiquetados como «concha de tortuga». ¿Eso es lo que quiere? Es un tipo de reflejo muy solicitado en Hollywood, yo diría color miel oscuro tirando a rubio dorado, gran elegancia y profundidad, transiciones suaves, a las estrellas les chiflan, Julia Roberts, Sarah Jessica Parker, Blake Lively, ¿le gusta Blake Lively? Paula menea la cabeza y vuelve a inclinarla en el lavacabezas, las manos de la peluquera le masajean el cráneo, y tres días después se la ve volver corriendo a la rue de Parme, subir los pisos de cuatro en cuatro y abalanzarse en su habitación donde los libros se apilan en un rincón de la estancia. Busca uno, ignora cuál pero sabe que está ahí, sabe que reconocerá el título o la cubierta, se arrodilla en el parque, levanta las pilas, gira de uno en uno cada ejemplar, lo ve por fin, se lo pega al pecho. *El viejo y el mar*. Permanece inmóvil largo rato, las rótulas aplastadas contra el suelo, doloridas, y en el silencio del apartamento vacío, a la luz de una lámpara de cabecera, da por fin con el pasaje de la novela en el que Santiago, el viejo pescador, declara al muchacho que le ha invitado a una cerveza cómo la pesca de la tortuga te deja ciego, acaba quemándote los ojos -a Paula se le encoge el corazón mientras se frota los suyos, que también le arden.

Pronto medianoche. Kate acaba de abandonar la habitación para hacer una llamada. Se la oye hablar inglés en la habitación de al lado. ¿Es su chico? Jonas ha hablado a media voz. Comienza

ahora su malla de roble, trabaja con la tela de billar con la veladura aún fresca. Paula asiente, está en Glasgow, empieza a hacersele largo, quiere que Kate vuelva. Luego se acerca a él y le pregunta: ¿la haces velada? ¿No vas a pintarla? Jonas sacude la cabeza: la hago así, es rápido, preciso, ligero, me encanta esta técnica. Paula insiste: pero ¿no va a quedar un poco blando, un poco líquido precisamente, tu roble? En esas estalló la risa de Kate al otro lado del tabique y Jonas declaró en voz alta: vale, pero un rato, tengo hambre, salgo a comer algo, ¿tú qué quieres? Consultó el reloj y añadió: a esta hora tendrá que ser algo del McDonald's o un kebab. Entonces me compras unas patatas fritas. Paula se encaminó hacia su habitación a buscar dinero, entró sin hacer ruido, furtiva, aceleró al ver a Kate tumbada en su cama, en la penumbra, torso desnudo, acariciándose los pechos con una mano y manteniendo la pantalla del teléfono a buena distancia. Estoy en Skype, se limitó a mascullar Kate, *sorry*. Sonó un portazo, resonaron los pasos de Jonas en la escalera y Paula volvió a su sitio.

Prepara la paleta: una parte de negro imperial y otra de tierra de Cassel que el pincel incorpora a toquillos conforme realiza la coalescencia de las imágenes. Llama lentamente a las dos tortugas gigantes pescadas a lo largo de las costas de Borneo hacia 1521 y cuyas carnes pesaban veintiséis y cuarenta y cuatro libras -Paula ha consultado la crónica de Pigafetta, leído el relato de la travesía del Pacífico, la angustia del océano, los días que se acumulan, la falta de víveres y agua, los ratones que se venden a treinta ducados, las ratas que se mean en la galleta, el cuero y las virutas a modo de sopa, el escorbuto y el beriberi, los primeros contactos con los autóctonos, las delegaciones recelosas y las zalemas, las perlas de los reyes indígenas del tamaño de huevos de gallina, las emboscadas de las azagayas contra los arcabuces, Magallanes muerto por una flecha envenenada en la bahía de Mactán-; Paula evoca una pieza de marquetería de concha de tortuga labrada sobre lámina de oro en el fondo de un taller de Reims por André-Charles Boulle, una pieza de tan gran virtuosismo que, al contemplarla, Luis se puso tenso, levantó una ceja -¡valiente insolencia!y nombró al artesano ebanista real a fin de reservarse su producción entera; luego rememora la cuna de Enrique IV, el cesto legendario labrado en el caparazón marrón y barnizado de una tortuga marina, donde divisa sin esfuerzo al lactante real, el cuello de encaje plisado bajo la doble barbilla y los párpados entornados de largas pestañas; por último sincroniza la totalidad con ese par de gafas que vio en el escaparate de la óptica de la rue de Paradis, artículo cuyo exorbitante precio el óptico había justificado recordando a Paula que la concha natural poseía una calidad extraordinaria, el autoinjerto es indestructible, eterno.

Jonas regresa cuando ella languidece oscilando de uno a otro pie ante la hoja. Sorprendido por el calor imperante, parece la sala de máquinas de un carguero a toda velocidad. Él le alarga una bandejita de patatas fritas de un amarillo deslumbrante, le señala el pack de cervezas que acaba de subir. ¿Sigue Kate al teléfono? Al otro lado del tabique se oyen ruidos, gritos, soplidos que Jonas comenta en voz baja, imperturbable, no puede uno salir un minuto sin que todo se descontrola en este cuchitril, y Paula sonríe sin despegar la mirada del panel. Sigue sin pintar pero va picando lentamente patatas y las engulle en silencio, se restriega los dedos en la bata, vuelve a coger la paleta y el pincel, se recoloca, nada ajeno al marco de la hoja podría ahora hacerle desviar la cabeza. La concha está ahí, al alcance de la mano, se mueve en la superficie de las cosas, tangible. Bastaría abrir la palma de la mano para atraerla, como se hace ante un animal huraño para acariciarlo, pero tan pronto hace Paula ese gesto, la concha se retira a un espacio

donde se desvanece su materialidad pero en el que se percibe, velada y más deseable todavía, su luz turbadora. Es cuestión de paciencia, piensa ella, a la espera. Jonas, sentado en la cocina, engulle su hamburguesa y la observa, asustado por su piel pálida, casi transparente, tensa, la piel de un tamboril, por sus ojeras en forma de cuchara y sus pupilas acuosas: a las mujeres solo les interesa la materia, declara en voz alta sin despegar los ojos de ella. Estaría bien bromear, relajar el ambiente, máxime porque en la habitación de al lado ahora todo son chirridos de somier, gemidos, sonidos que ascienden, se prolongan, estallan, el pasillo resuena como un pozo de placer. Kate se está corriendo, Jonas deja su bocadillo: ¿se puede trabajar con un poco de tranquilidad aquí? Y en medio de ese ruido, Paula comienza a pintar, condensa en un solo gesto el cúmulo de relatos, el cúmulo de imágenes, un movimiento amplio como un lazo de caza y preciso como una flecha, pues la concha de tortuga contiene ahora muchas más cosas que ella misma, recoge las rodillas despellejadas de una chiquilla de cinco años, el peligro, una isla lejana del Pacífico, el ruido de un huevo que se agrieta, la vanidad de un rey, un marino portugués engullendo una rata, la melena ondulante de una actriz de cine, un escritor pescando, la masa del tiempo, y bajo unos pañales bordados, un bebé real dormido en el fondo de un caparazón como en un nido de fábula.

¿Qué, se curra un poco por aquí? Kate reaparece toda sonrisas, pizpireta, las mejillas coloradas, respira hondo, coge una cerveza, la abre ipso facto y bebe tranquilamente a morro, tras lo cual, inicia el veteado del portoro con el pincel de dos mechas para mármol, el hilo de oro, la red luminosa, es el momento. Lo hace con soltura, el pincel ligero, trabajando rápido, mientras Jonas pule su tela a leves toques y Paula empieza a eliminar materia arrastrando la esponja por el panel. La noche se ha tornado dúctil, extensible, pintan como si el pasado y el futuro se hubieran disgregado y el presente se hubiera sustituido por el acto de pintar. Hasta que Paula se estira hacia las cuatro de la madrugada, los brazos en cruz, me voy a la cama, luego entra en la habitación, cierra la puerta, se desnuda dejando la ropa hecha un fardo en el suelo, y cae dormida.

Es verano. El sol crea en el fondo del río sombras que se mueven, rombos que se hacen y deshacen, ondulan, rizan la arena, las piedras, los musgos. Paula entra en el agua suave, aparta con la mano las hierbas largas y fibrosas que la corriente peina en horizontal. Un animal vivo se desplaza por allí, bajo la superficie, un animal caqui, moteado de negro, de gris y de oro. Su piel ha cobrado el aspecto del río, de su movimiento, de su luz; la criatura se desplaza, camuflada, Paula alza la vista por encima de la superficie para seguir el vuelo de una libélula azul metalizado que desaparece entre las aulagas, luego escruta el fondo del agua, pero la criatura ha desaparecido. Tal vez nunca ha existido. Es un trampantojo, piensa Paula, echando atrás la cabeza al sol. Lo único que pasa aquí es el mismo río. Luego se desvía nadando de lado hacia la marisma, se vuelve de espaldas, flota en la corriente, al poco se acerca a la orilla, le llega el agua hasta la cintura, le resbalan los pies entre los guijarros. De pronto la criatura aparece de nuevo, a menos de un metro de ella. Paula se estremece: una tortuga; pero ¿acaso el río no es el lugar de todos los reflejos, de todos los espejos? Se sumerge, y no es una ilusión, es una *imbricata* de concha cambiante que nada a su lado con los ojos abiertos.

Hay gente ese 21 de marzo en la rue du Métal, se han formado filas en las aceras, hay gente que se apresura, tienen el andar decidido de quienes se encaminan a un sitio concreto, avanzan la frente contra el viento, algunos se reconocen, se saludan y todos aminoran el paso conforme se aproximan al 30 bis, donde se aglomeran. Barullo mesurado de la espera. Algunos se escabullen del pelotón para acabar una llamada, otros fuman un cigarrillo, pegados a los coches, el cielo es de un azul desvaído y se teme que llueva. Algunas caras conocidas afloran en el tropel y entre ellos los padres de Paula, que recobran el aliento. Guillaume Karst consulta el reloj, se pone de puntillas para echar un vistazo por encima de las cabezas aglutinadas ante la puerta cerrada, ya está, repite, recobrando el equilibrio, abrirán enseguida.

Les daba miedo llegar tarde aunque se han levantado al rayar el alba en la habitación reservada por su hija en un hotel cercano -en el momento de salir, una duda ante el espejo y el temor a parecer endomingados los ha alterado, han revisado su indumentaria, Guillaume se ha quitado finalmente la corbata y Marie ha optado por ponerse un jersey negro en vez de la blusa de seda azul pálido con golondrinas estampadas-. Habían perdido tiempo. Ahora esperan cogidos de la mano, atentos, conscientes de que en ese día especial, día del diploma de Paula, ellos también han de desempeñar un cometido, pero sobre todo tampoco tendrán que excederse cuando llamen a su hija para entregarle el rollo de papel anudado con una cinta de satén rojo, cuando ella busque su mirada entre la asistencia, o, por el contrario, cuando despache el momento con pudor animoso, tendrán que ser comedidos.

La víspera, al haberse presentado demasiado pronto ante el edificio donde vive su hija, recorrieron la manzana -sobre todo no llegar antes, sobre todo no mostrarse impacientes, angustiados- y seguían cogidos de la mano. Les abrió la puerta Jonas, impasible, las manos sucias, cuando Paula desde el cuarto de baño gritó que estaría lista en dos minutos. Dieron vueltas por la cocina, siluetas absorbidas por los abrigos de invierno -una trenca Guillaume, un abrigo azul con capucha Marie-, torpes, discordantes, preocupados de que no se les ocurra nada y esforzándose en ocultar su sorpresa ante ese entorno, Guillaume sobre todo, espantado al ver cómo aquel pequeño apartamento de estudiante agradablemente habilitado en septiembre se había convertido en semejante cloaca. Las diferentes piezas -dormitorios, cocina, cuarto de baño, pasillo- habían perdido su función para transformarse en una continuidad desdibujada; las últimas fronteras habían saltado recientemente, quizá en los tres últimos días, como ceden los diques frente al río crecido, y desde entonces pintura, pintura por doquier. Una proliferación. Los paneles se secaban, extendidos en el suelo o arrimados a las paredes -las puertas, demasiado estrechas, no ostentaban más que muestrarios de colores-, el fregadero y el lavabo se habían convertido en cubetas de agua sucia donde se remojaban los pinceles, y la menor superficie plana estaba abarrotada de botellas de disolvente, ceniceros llenos, mixturas revueltas en boles, pigmentos en polvo dentro de cuencos, y luego libros abiertos, revistas dobladas, imágenes, postales que reproducían cuadros - Poussin, Rembrandt, De Chirico-, trapos sucios y servilletas de papel usadas, arrugadas, paquetes de patatas fritas y tarros de yogur vacíos, tubos de leche condensada (Jonas), botellines de CocaCola, botellas de Yop, a veces un guante, un cable, un mechero; los únicos espacios

inviolables seguían siendo aquellos destinados a los ordenadores, porque hasta las camas estaban invadidas, la de Jonas finalmente levantada contra la pared, los listones servían de secadero para las pinturas y algunas prendas de ropa, un calcetín, unas bragas, un jersey. También los sorprendió el olor, tan intenso que parecía haber cobrado una forma sólida, y Jonas, al verlos palidecer, se apresuró a abrir la ventana. Tras lo cual, despejó una esquina de la mesa trasladando lo que estorbaba a unas sillas todavía libres -de tal modo que seguía siendo imposible sentarse allí- e invitó a los padres a depositar en ellas la botella y las pastitas que habían traído. Gracias, joven. El padre de Paula tenía ahora los brazos libres para estrujar a su hija, surgida en ese momento del cuarto de baño, húmeda y sonrosada, el cabello mojado, me estaba duchando, nos acostamos tarde, mientras Marie, situada a su espalda, le rodeaba la cintura apoyando la mejilla entre sus omóplatos. Su niña. La tuvieron unos instantes emparedada ante el chico, que no sabía ya dónde meterse y se abrochó la cazadora mirando a otra parte, considerando además un tanto excesiva aquella pequeña coreografía del reencuentro; luego se dirigió lentamente hacia la puerta, bueno, me voy, tengo que marcharme -sus frases favoritas.

Aguarde joven, tomemos una copa juntos, ¡una copa de champán para celebrar todo esto! Ya Guillaume Karst cogía la botella mientras su hija torcía el gesto, ¿eso ahora?, ¿tú crees?, incomodada por que su padre quisiera señalar ese momento de manera tan solemne, ¡sí!, ahora, bien que te gusta el champán, ¿no, Paula?, e ipso facto descorchó la botella, mientras Marie, siempre un poco en la luna, colocaba pastitas en la tapa de una caja de azúcar de metal en la que aparecían dos niños bretones en ropa folclórica. Paula miró a Jonas dándole a entender «quédate», y a los pocos instantes bebían de pie en la cocina, cruzando las miradas justo por encima de unos vasos de cafetería aclarados aprisa y corriendo -una convivencia naciente se forja entre ellos, ahora Jonas conoce a sus padres, Paula ha permitido que tenga lugar esa escena, levanta la liebre.

Habían quedado en que Paula hiciera lo que tenía que hacer, hiciera como si ellos no estuvieran, de nosotros olvídase, ya nos apañaremos, que ya somos mayorcitos, pero ahora remolonean, no saben cómo marcharse, dejan la copa con gesto decidido, se vuelven a enrollar la bufanda, se sirven más, bueno, la última copa y luego nos vamos. Y de súbito la madre de Paula dijo que le gustaría ver lo que habían hecho durante el año, sus pinturas, Paula ha torcido el gesto y ha sacudido la cabeza como diciendo uy imposible, pero Jonas se le ha adelantado, con mucho gusto, y los ha guiado por el minúsculo apartamento que de repente se ha tornado inmenso, profundo, encerrando cada vez más mármoles, más maderas, más cielos nubosos, más molduras doradas, el espacio desplegando sus tesoros, como un abrigo se vuelve los bolsillos. Paula los seguía, sin dejar de murmurar que no había suficiente perspectiva, que aquello no estaba seco, que no podían ver nada, no podían juzgar, pero no se la oía, obraban sin consultarla, Jonas llevaba la batuta. Colocó a los padres de Paula ante las pinturas y les habló, repitió los nombres de las maderas y los mármoles, los tipos de decoración, les alargó los pinceles, exhibió las paletas, y ellos, las manos cruzadas en la espalda, acercaban la cara murmurando es portentoso, es increíble, ¡menudo trabajo! Como colofón, ante el panel de Esciros, preguntó a la pareja con tono teatral: ¿qué, resulta creíble o no? Guillaume y Marie asintieron entre risas, sí, claro que resulta creíble, en cualquier caso tienen ganas de que así sea, es Grecia, es una isla de las Espóradas, el verano, la luz de la razón, Guillaume se embalaba, le vibraba el semblante de placer, mientras Marie abundaba en todo, ¡la luz de los mitos! ¿Están borrachos o qué? Paula se impacientaba, pero de

hecho estaban borrachos, ebrios, achispados, maravillados. Jonas daba brincos de alegría en el pasillo, como si la respuesta de los padres de Paula confirmara su trabajo; luego, cortando en seco, les estrechó la mano y los citó para el día siguiente, apuntando con el índice al aire, docto: ¡jojo, que mañana es el gran día! Será pelota, pensó Paula mientras él cruzaba la puerta.

La luminosidad bajó de golpe al marcharse Jonas, atenuando las esquinas, diluyendo los detalles, y el apartamento se sumerge muy pronto en un baño grisáceo y sin reflejo, como el que queda en el fondo de las salserillas de los pintores donde se mezclan los colores. Os acompaño. Paula cerró la ventana de la cocina, se enfundó un abrigo y salieron. En la calle, se deslizó entre ellos y caminaron cogidos del brazo en el frío hasta el hotel. Recobraba su puesto. Muy bien tu amigo, declaró Guillaume Karst en esa relación cautelosa que mantenía con el lenguaje, y con su hija, y cien metros más allá Marie agregó, muy simpático, has tenido mucha suerte conociéndolo.

Delante de la puerta del establecimiento, Paula los abrazó, hasta mañana, portaos bien, pero no se movió, se quedó observándolos mientras atravesaban el vestíbulo y se encaminaban al ascensor, lentos y tranquilos, luego su mirada los enmarcó progresivamente en una realidad que acabó despegándose de la suya para pasar a ser la de ellos, como si perteneciesen de pronto a otro mundo, como si fueran personajes de una película deambulando en una historia en la que ella no aparecía. Nunca se siente tan próxima a ellos como cuando está así, agazapada en la oscuridad y ellos se yerguen en la distancia, a plena luz. Lo que experimenta entonces, y lo que la desgarró poco a poco, hasta resultar tan doloroso que da media vuelta para salir huyendo, es la sensación de percibirlos como desconocidos, palpar su enigma, una emoción que le trae de inmediato a la mente el pijama color amarillo canario que le rascaba el trasero y el ruido de sus talones regordetes en el parqué, las noches en que se levantaba de la cama tras el beso ritual, caminaba por el pasillo para ir a apostarse en el resquicio de la puerta, y descubría solapadamente cómo era la vida de sus padres cuando ella dormía, o mejor dicho que tenían una vida propia en su ausencia, una vida en la que ella no participaba: de pie en la penumbra, seguía la escena de la cena, fascinada por lo que acaecía en la cocina, la tranquilidad total, los cubiertos que raspan y los vasos que se llenan, los ruidos bucales, intrigada por la conversación que no tenía fin, acompañaba sus gestos -la mano de Marie que despega poco a poco la piel de un ala de pollo, pela una manzana, se lleva el vaso de vino a la altura de los labios, la de Guillaume que remueve con la cuchara un pastelillo de queso, los codos apoyados en la mesa, se levanta a buscar la mostaza o el azúcar moreno, o se vuelve hacia el fregadero para llenar la jarra en el grifo-, atónita por su modo de escucharse, de beberse con los ojos, cuando llevaban diez años viviendo juntos y no habían pasado una sola noche separados, su madre convirtiéndose en ese instante en otra mujer, su padre en otro hombre, y la pequeña Paula sin saber ya quiénes eran, seres lejanos atrapados en vidas profesionales que los transportaban fuera de allí -Marie en París, en la comunicación interna de Air Liquide, Guillaume en Aubervilliers, en investigación y desarrollo de la empresa Saint-Gobain-, pero cuyos avatares compartían con desapego, reduciendo al mínimo su impacto para aislarse mejor en el amor, así que la niña se plantaba en el rayo de luz y los espiaba hasta que uno u otro, consciente desde hacía tiempo de su presencia, se volviese hacia la puerta y, alzando la voz sin siquiera levantarse de la silla, se convirtiera instantáneamente en su padre o su madre, aquí hay una niña que será mejor que se vaya a la cama.

Los trabajos de los alumnos están expuestos en el taller grande, adecentado para la ocasión,

despejado. Galería de exposición, escaparate de los artistas, los visitantes acuden en lento cortejo, se desperdigán, y saludan uno tras otro a la señora del jersey de cuello alto negro para quien hoy es el peor día del año. Traje pantalón de franela gris rosado y derbys planos, negros y lustrosos, cortés y fría, los recibe y los informa sin respiro, ama de casa. A ratos se cansa, salta a la vista, no acierta a ajustar sus palabras a la medida de su interlocutor -tajante cuando tendría que mostrarse afable, distante cuando desearía ser familiar-. La casa invadida, el barullo, el desfile interminable, los rostros que destilan orgullo, excitación tonta, todo eso la abruma y le aburre, habría preferido mil veces que ese año la escuela hubiera podido prescindir de esa cita publicitaria y seguir siendo ese cobijo secreto en el que un grupo de jóvenes imitadores se dedican a cavar agujeros en la realidad, pasadizos, túneles, galerías, y ella con ellos dando ejemplo, enseñándoles el juego. Sin embargo, cuando ve a Guillaume y a Marie Karst acercarse a ella, silenciosos, atentos, se abre al instante y les tiende la mano.

Somos los padres de Paula Karst. El ruido se atenúa instantáneamente. Paula ha escogido la concha de tortuga, les declara en voz baja, acompañándolos al sitio de su hija a través del tumulto. Este es el panel. Es una elección atinada, prosigue: las tortugas están protegidas, el comercio de la concha natural está prohibido, así que este material, con ser muy apreciado por los decoradores, ha desaparecido progresivamente de los decorados, y pocos son los que actualmente saben pintarlo como Paula. Los padres están emocionados, observan la pintura, plantados por primera vez ante la faceta desconocida de su hija, anonadados por lo que ha creado, esa imagen radiante imposible de describir, esa superficie que tiene algo de guijarro de río, de planta submarina y de reptil, y a ambos se les pasa por la cabeza tocarla para sentir el caparazón, pero renuncian en el mismo momento. Dan las gracias, se alejan pausadamente, en dirección opuesta a las procesiones, y al poco algunos de nosotros los vemos alzar la mano, hacer una señal a Paula, aparecida en la galería de arriba, malvarrosa espigada en su tallo, el diploma enrollado en forma de catalejo, paseado sobre la multitud, detenido sobre ellos, eh, los de abajo, murmura, estoy aquí, os veo.

La última noche, los de la rue du Métal se emborracharon todos juntos, pues era *the last night, the last big one*: iban a desmadrarse antes de separarse, a permitirse los juramentos, las declaraciones, las promesas y las lágrimas, iban a ahogar en alcohol un sentimentalismo al que abandonarse sin remilgos, y en la barra del bar cada cual pronunciaría sus adioses ante la concurrencia alzando su copa. Pero a eso de la medianoche Jonas desapareció. Paula, borracha, salió a buscarlo a la calle sin coger el abrigo, recorrió el barrio con los brazos al aire, sus pasos sonando en las calles frías, fue a la Escuela pensando que tal vez el taller estuviera encendido, y Jonas dentro con la señora del jersey de cuello alto negro; últimamente quedaban allí algunas noches, todo el mundo lo sabía, trabajaban juntos, calibraban un pigmento, comprobaban la composición de un barniz, modificaban una técnica o sencillamente hablaban de pintura, examinaban libros desconocidos, catálogos de exposiciones que se habían montado en Ámsterdam, Londres o Madrid, revistas de decoración de un lujo estúpido; decían que a ella le habría gustado reclutar para su escuela a aquel joven maravillosamente dotado aunque odiaba sus sudaderas con capucha y la sempiterna gorra, a aquel joven que la tuteaba, a quien ella le servía un coñac o una copa de Chartreuse, algo fuerte, intenso, antes de que se pusieran a trabajar y a quien cogía de cuando en cuando el cigarrillo para echar un par de caladas, de pronto risueña, desenfadada, muchachita, pero él rehuía ese requerimiento tácito, no se dejaba atrapar, e intentaba sobre todo averiguar si aquella «especialista mundial en el blanco de Carrara» no habría preferido ser pintora que maestra falsificadora de altos vuelos y directora respetada de una escuela de pintura mundialmente conocida: ¿quieres decir una pintora «de verdad»? le preguntaba entonces ella, burlona, taimada, el mechón tapándole un ojo. Pero no, estaba todo apagado en el 30 bis de la rue du Métal, y Paula había vuelto a la fiesta tiritando, y estaba allí pillada entre el exbanquero de Londres, el de la sudadera rosa pálido con la palabra *fuck*, que lloraba a lágrima viva, el pelo remojado en su cerveza, y el pintor de Hamburgo medianamente borracho que la hostigaba para acostarse con ella, recordando a Paula una promesa que no estaba ya tan segura de haberle hecho, venga, vamos, le plantaba en las nalgas su manaza caliente y le lamía el cuello, aducía con voz pastosa que era aquella noche o nunca, que después no volverían a verse, que sería demasiado tarde, y Paula lo esquivaba, controlando con el rabillo del ojo el retorno de Jonas, que no aparecía. A eso de las cinco de la madrugada, acompañó a Kate hasta su puerta. Allí, las dos chicas se besaron en la boca y se achucharon largo y tendido, tras lo cual Kate consintió en revivir por última vez los peces en la piel de sus brazos; para ello se quitó la cazadora y el jersey, se colocó bajo la farola donde había aparecido en medio de la noche cual criatura fantástica, sus carnes grávidas y macizas aureoladas de un halo de luz fría, lechosa. De vuelta en la rue de Parme, Paula subió la escalera del edificio cuando despuntaba la luz, la primera luz de la primavera, pensó, visualizando en un flash todas las maderas que habían aprendido a pintar, y en el rellano, antes de abrir la puerta, detectó la presencia del chico. Está aquí, ha vuelto. Unas lagrimillas muy duras fluyeron de sus ojos, brotadas en horizontal, unas lágrimas que no habría sabido decir si eran de cólera, de cansancio, de alivio, de impotencia, pero lágrimas que no dejaban de correr: una auténtica fuente. En la cocina, de pie ante la pila, Jonas fregaba los cacharros, los omóplatos y el rosario de vértebras -una cremallera- sobresaliendo de la camiseta,

y cuando entró ella, dio media vuelta, los brazos colgando, los guantes de látex rosa pálido chorreando sobre el suelo. Se la quedó mirando unos segundos, los labios apretados, como si esperara un estallido. ¿Qué tal? Acompañó la pregunta con un movimiento de cabeza, y Paula se quedó quieta -un tornado mantenido a raya- y, tras rehacerse, consultó el reloj y preguntó a qué hora acudiría a limpiar la asistenta de la agencia. Jonas se volvió de nuevo hacia el fregadero: a las cinco, hay que espabilar.

Ahora hay que ordenar el garito, enrollar los paneles, colocar las pinturas en los cartapacios de dibujo, tapar los tubos, archivar los documentos, desmontar los muebles, doblar, seleccionar, hacer las bolsas, bajar la basura. También, una vez vació el apartamento, eliminar las manchas de pintura de las baldosas y el suelo, fregar la bañera, limpiar el fregadero, el lavabo, quitar la mugre de las paredes y pasar el aspirador: hay mucho trabajo si quieren recuperar la fianza. Se pasan el día haciendo la limpieza sin cambiar una mirada, una palabra, salvo las mismas preguntas desabridas -¿y con esto qué hago?, inquiera Paula blandiendo un calcetín de Jonas; lo que quieras, me importa un pito-, y cuando todo estuvo rutilante, el parqué lustroso, los cristales transparentes, y no quedó el menor rastro de su paso por allí, una vez que la chica de la agencia les alargó el talón con solemnidad ramplona, hicieron una cosa extraña: se tumbaron uno al lado del otro en el parqué y permanecieron allí en silencio hasta que cayó la noche, de cara al techo; y tal vez intentaron revivir ambos lo que había acaecido allí, lo que había ocurrido entre ellos durante los seis meses de su aprendizaje, lo que habían sido el uno para el otro desde el domingo del cerfontaine, y que se impregnó de aquel apartamento hasta tornarse tan elemental como los paisajes de la infancia, los que descubrimos cada vez como si fuese la primera y nos hacen recobrar al instante cuanto hemos olvidado; o tal vez pensaron en los que se mudarían allí tras ellos, los nuevos alumnos de la Escuela, que se les parecerían y de quienes envidiaban sus inicios, sus cajas torácicas hinchadas de promesas y sus bocas abiertas; o tal vez simplemente descansaron, pues habían sido muchas las noches sin sueño, estaban cansados.

Con todo, ya entrada la noche, los vieron sentados con las piernas cruzadas ante la pantalla del ordenador aún encendido, y conectarse a páginas web que proponían chárteres hacia islas paradisíacas -¡las Seychelles!, ¡las Seychelles!, canturreaba Paula balanceando los hombros-, navegaron largo rato, las caras perfiladas en la luz artificial, compararon horarios y precios como si fueran a partir al alba, y luego Jonas clicó al azar en una cabeza de mono, y se abrió un vídeo que visionaron apretados el uno contra el otro, anonadados por la fuerza que sentían ambos, pues era la película de una liberación pero también de un adiós: lo que lo complicaba todo; en el instante de ser reinsertado *into the wild* tras haber sido salvado y cuidado en el centro de Tchimpounga, en el Congo-Brazzaville, Wounda, chimpancé hembra, se volvía de súbito hacia Jane Goodall, primatóloga de fama mundial con físico de poeta inglesa, ahuecaba una mano enorme sobre su delgada espalda, posaba la cabeza en su cuello, y la abrazaba, mientras Jane a su vez la cogía en brazos. La música era una porquería y Jonas cortó el sonido. Ahora, la escena suspendía el tiempo, traspasaba la selva tropical para crear un calvero en el que la mujer y el simio se quedaban solos en el mundo, recogidos. Paula y Jonas rompieron a llorar. Algo de aquello los atrapó a los dos, la afinidad renacida entre hombres y animales, la idea de que vivir libre exige separarse, la gratitud por lo que se ha vivido, se ha dado, el tormento del amor, no sé exactamente el qué, pero aquella noche, su última noche en la rue de Parme, Paula y Jonas vieron

aquel vídeo y lloraron decenas de veces, mientras en la pantalla la mujer y el chimpancé cerraban los ojos, abrazados, y la emoción electrizaba aquel lindero de la jungla.

Al día siguiente, cerrarían la puerta del apartamento tras ellos, se abrazarían también ellos en la acera y cada uno viviría su vida. ¡Sin melancolía! Se exhortarían entre risas a comportarse como correspondía, arguyendo que al fin y al cabo tampoco les dolía tanto dejar de verse -bueno, ya empezaba a cansarme, serán unas vacaciones-, y procurarían abreviar la temporalidad pegajosa de las despedidas. Pero, si bien no dudaban de ser especiales el uno para el otro, únicos en el mundo, amados, eran plenamente conscientes de que algo había concluido: el tiempo de la Escuela de Pintura y del apartamento de la rue de Parme, ese tiempo de su juventud y de su formación, había pasado. Paula cerraba los ojos y se martilleaba esas frases en la cabeza, deseaba la violencia que entrañaban, como si sufrir le permitiera prolongar la secuencia, rascar unos minutos más. Ahora tendrían que salir del taller como se sale de la infancia, recobrar el mundo exterior, un mundo del que habían desertado sin darse cuenta. Todo se había modificado para siempre. Por eso cuando miraban a Wounda volverse por última vez hacia Jane antes de penetrar en la jungla, era eso en lo que pensaban, cada uno era el simio del otro, uno tras otro o a la par, simios en un umbral.

el tiempo vuelve

Una nueva obra se anuncia apenas Paula vuelve a la rue de Paradis, menos de un mes después de la entrega del diploma, mientras cavila por el piso, desorientada, como si existiese entre Bruselas y París un desfase horario tan brutal como para dejarte fuera de órbita varias noches. Mantiene bajado el estor de su habitación, los listones inclinados de modo que mantengan la habitación en la penumbra -¿necesitan sus ojos descansar de cuanto vieron allí, desembarazarse de todo aquello?-, y no sale de casa, cuando fuera es abril, el verdor, la piel de los hombros y de las pantorrillas reaparecida en las aceras, el aire picante, gaseoso, cargado de clorofila, el cielo cristalino, los colores de la ciudad avivados, y si se decidiera a salir un rato, Paula los vería como nunca los había visto y sabría ahora nombrarlos con precisión: nacarado, muslo de ninfa asustada, paprika, aguamarina, bésame-niña, amarillo de Nápoles, caca de oca, verde después de chaparrón, pomelo. Pero Paula está vacía, se ha roto su ritmo. ¿Es la inactividad lo que la abrume o la lenta labor de la memoria, que la arrastra ya a un estrecho pasillo, la cabeza volcada hacia atrás? No acierta a conectar con su vida anterior. Sus padres le andan detrás y la instan suavemente a hacer planes: deberías ocuparte de las gestiones administrativas para que te convaliden en la universidad tu título belga, deberías informarte de ese cursillo de pintora en Saboya durante el mes de agosto, deberías matricularte como candidata libre para ingresar en Bellas Artes. La alientan también a salir, a ir a la piscina, a ver a los amigos -el colmo, cuando ellos no salen nunca ni reciben a amigos y se pasan el tiempo currándose menús para hacerles los honores a las verduras de primavera que señalan en los puestos del mercado-, pero no llama a nadie, ni siquiera a sus amigas de siempre, las que dejó atrás el último septiembre, en esa zona ya fuera de alcance, cual una orilla desdibujada y sin consistencia de la que se alejó para siempre. Los primeros días manda mensajes a Kate y a Jonas, pero sus respuestas no animan a nada, son escuetas, apresuradas, salpicadas de puntos de exclamación, y la idea de que esté también ahora encapsulada en un periodo caduco de su pasado, esa idea le duele. Su habitación sigue siendo el lugar donde mejor está, ese islote estanco donde puede revivir a su antojo lo que fue el invierno de Bruselas, donde puede sumirse en lo que acaba de vivir sin contención, como quien se entrega al desenfreno.

Una mañana llaman a la puerta. Paula está sola en el piso, acaba yendo a abrir: es la vecina de la primera planta, en salto de cama de lana polar y chanclas. Paula no se percata enseguida de la presencia de un bebé entre los faldones de la bata, dormido en una mochila portabebés, y la recibe sin prestarle mucha atención, en la entrada, teléfono en mano, como si esperase una llamada urgente que no puede perderse por nada del mundo. La vecina tiene la cara desencajada por las noches en blanco, el pelo lacio y los dientes descuidados, pero su mirada impresiona a Paula cuando le anuncia: un cielo, quiero que venga a pintar un cielo en la habitación de mi niño.

Un cielo en una habitación. Paula no sabe qué contestar, pero hace suya de inmediato esa petición, como si se tratara de realizar el techo de la Capilla Sixtina, exaltada por ese tema primigenio y sin embargo tan común -y me hubiera gustado tanto estar en su cabeza en el instante en que los cielos de la pintura afluyeron a su cerebro, todos, simultáneamente, la razzia, las grandes cúpulas donde moran los dioses, el ballet mecánico de los planetas, los orbes cósmicos

ritmados por cohetes y platillos volantes, el cielo humano de los vacíos metafísicos y de las tempestades negras, las brumas de estuarios, las albas zen, los resplandores en tecnicolor, el azul particular donde convergen los aviones y los drones, algunas aves de altura, un globo hinchado de hidrógeno, y los humos, las cenizas, esa hoja de otoño arrastrada por el viento-. Encara ese trabajo con la gravedad de una profesional de altos vuelos, baja de inmediato a visitar la habitación oscura, sucinta, de techo limpio pero panzudo, como si se combara bajo el peso del edificio entero, y escucha sin chistar a la joven madre describir ese cielo etéreo, fresco y liviano, ese cielo maravilloso que desea para su hijo, para los sueños de su hijo, cuando se acueste allí, de espaldas, en su cuna, la manta de lana subida hasta el pecho con los brazos gordezuelos por encima y los gatitos bordados en la sábana. Conciertan el asunto en el rellano -Paula no discute el precio-, y menos de una hora después empuja un carrito en la sección pintura de un supermercado de la rue de Flandre, compra distintos azules acrílicos en botes de medio litro -ultramar, cobalto, cerúleo-, un litro de blanco satinado, un tubo de tierra de Siena natural y otro de tierra de sombra quemada, un rodillo, esponjas, una bandeja de pintura, varios metros de plástico negro, tras lo cual, una vez que ha pasado por caja, lo carga todo en una mochila, vuelve en metro a la rue de Paradis, deposita las compras en la habitación del bebé y sube a coger sus pinceles -spalter, pata de conejo, brocha redonda- y esa escalerilla inestable que se echa al hombro.

La habitación que tiene que pintar está en la primera planta con vista al patio, ventana estrecha oscurecida a cualquier hora del día por un lienzo de pared negro y rezumante, pero no le disgusta, en ese lugar mortecino, confinado, recobra su tempo, regula su respiración, revisita su musculatura, y los que la miran a esa hora -la gruesa tórtola descendida en vuelo espiral al pozo del patio, la anciana calva pegada al cristal de enfrente, la alumna de instituto que calibra el tiempo que hace en el momento de escoger el jersey- se sorprenden por la expresión de su rostro, por su figura impasible, cuando el resto de su cuerpo, en cambio, ha entrado en acción como si hubiera desencadenado un proceso que nada pueda interrumpir antes de que se realice la última operación, cada movimiento alojado en el precedente, cada gesto derivado de la cadena entera.

Comienza preparando el lugar, extiende a cuatro patas el plástico en el parqué, y, encaramada en la escalerilla que desplaza metro a metro a lo largo de las paredes, desenrolla una cinta de enmascarar en las esquinas del techo -operación fastidiosa que permite supuestamente acabados limpios-. Una vez listo todo, cuelga el bote de blanco entre los largueros de la escalerilla con ayuda de un alambre, sube hasta el último peldaño e inicia la aplicación del fondo en dos capas con el rodillo, la cabeza echada hacia atrás, pensando en ese cielo que va a pintar, en esa zona diáfana, rutilante, en el límite de la transparencia, y que difundirá en un juego de reflejos una luz radiante cuya fuente nadie sabrá situar, imagina ese cielo a la par inmaterial y palpable que subrayará con una nube prosaica y tierna: eso es lo que le voy a hacer a esa criaturita.

Más adelante, a media tarde, el blanco está seco, listo para recubrirlo, y Paula se arrodilla. Echa una mirada a su alrededor, las paredes están lívidas, la ventana sin luz -ha leído en algún lugar que las paredes del Paraíso eran de zafiro, sin embargo estoy en el lugar adecuado, sonrío, dándole tres vueltas a la goma de la coleta-, a continuación abre los botes deslizando la punta de un cuchillo bajo la tapa y exponiendo esas superficies brillantes, esas texturas suaves y untuosas como la crema industrial -crema Mont Blanc, en azul-, piensa en los procedimientos que permitían tiempo atrás imitar el color del cielo, en aquellas decocciones cuya composición le gustaba recitarle a Jonas, para hacerle reír, para impresionarle, para hacer de bruja atareada ante sus retortas, de alquimista poseedora de los secretos de la naturaleza y las fórmulas de su

metamorfosis, probando nuevas mezcolanzas con el fin de que la mirase, de que le preguntase; piensa en aquel azul que se obtenía en la Edad Media, aquellos frascos llenos de esencia de aciano mezclada con vinagre y «orina de niño de diez años que hubiera bebido buen vino», y aquel ultramar que se acabó utilizando en los últimos tiempos del Renacimiento en sustitución del oro, pero que era mucho más rutilante que el oro, y más digno como pintura, un azul que había que ir a buscar muy mar adentro, tras la línea del horizonte, en el corazón de las montañas heladas que no tenían ya gran cosa de humano pero albergaban en sus grietas gotillas cósmicas, perlas celestes, lapislázulis que se traían en finas bolsas de algodón deslizadas bajo la camisa a flor de piel, piedras pulverizadas a la llegada en placas de mármol, el polvo obtenido vertido en un mortero y mezclado según la fórmula con «clara de huevo, agua azucarada, goma arábiga, o resina de ciruelo -*merdaluna*, como se decía a la sazón en Venecia- y triturada más finamente aún con lejía, ceniza y sal de amoníaco», antes de filtrarse finalmente con una tela de seda o de lino; e inclinada por encima de los botes, en actitud de estatua orante, Paula percibe de pronto la voz de la señora del jersey de cuello alto negro el día en que les declaró desde la galería, inclinada sobre la baranda, proyectando sobre ellos su sombra abrupta, que el conocimiento contenido en aquellos preparados, su preparación sabia y diestra, todo aquello confería al cuadro su nobleza, su brillantez, su energía moral -y sobre ese punto saltaba a la vista que no bromeaba.

Paula extrae pintura de cada bote, mezcla los tres azules con el blanco puro con ftalocianina, y lentamente comienza a buscar su color. La piel de su rostro se congestiona y muy pronto se perla, respira con la boca abierta de par en par como si le faltara aire y en sus ojos, que no han pestañado una sola vez, se refleja la bandeja de pintura donde su pincel remueve un azul en formación, la muñeca agitando la mano cada vez más rápido y emulsionando un cielo posible. Por fin estabiliza un color limpio de referencias y se incorpora, anquilosada, se marea un poco y le crujen las rodillas, cuelga la bandeja de pinturas de la tableta de la escalera, se encarama al último peldaño, y de pie a dos metros del suelo, un pañuelo anudado a la coleta como una campesina, una scout, una pin-up de los años cincuenta, una mano sujetándolo y la otra pintando -hombro bajo, brazo alzado a cuarenta y cinco grados a partir del codo para evitar esas puñeteras tendinitis, capsulitis u «hombros congelados»-, pinta. Han desaparecido los ruidos de fuera, el silencio sostiene las paredes, y solo la respiración de Paula trabajando emite una vibración que asciende. Pero la joven no oye ese zumbido y sigue expandiendo un cielo vasto y onírico aplicándose en iluminar los rincones y los lados para infundirles profundidad, prevé una zona de reserva para incorporarle una nube cuyo volumen y masa trabaja con la esponja, festoneando sus contornos, y que al poco flota en el techo cual pequeño dirigible muy humano.

Ha caído el día, está oscuro, Paula enchufa una lámpara halógena para seguir pintando. En el interior de la habitación, la ventana se ha trocado en espejo, cuando desde el exterior es un tragaluz iluminado en la noche, el diorama de un oficio, el cine de una pequeña obra, y cabe apostar fuerte a que la gruesa tórtola, la anciana calva y la alumna de instituto, cada una en su planta, han vuelto a apostarse detrás de sus respectivos cristales, los ojos clavados en la silueta de la heroína, perfectamente enmarcada, recta, segura, erguida en equilibrio en lo alto de la escalerilla, como en el centro de un aro de fuego, y ese no sé qué firme que la corona, esa determinación perceptible hasta en su sombra proyectada, donde la coleta, enorme, parece moverse apenas, donde la cabeza en un juego de perspectivas parece tocar el techo, sostener el joven cielo cual cariátide, a buen seguro que las tres han permanecido ahí hasta que Paula se detiene de súbito, apaga la luz y cierra la puerta, la escena sepultada de golpe en la oscuridad.

A la mañana siguiente, el cuello dolorido, los hombros entumecidos, los ojos ardiendo, Paula baja atropelladamente las cuatro plantas, inquieta por lo que se va a encontrar tras la puerta del cuartito. Entra, alza los ojos: se lleva un chasco. No percibe el esplendor celeste que creía haber pintado durante las últimas horas de la noche -la habían intoxicado los vapores de la pintura, ¿hay que recordárselo?-, sino un cielo demasiado intenso, abigarrado, sin distancia. Le da vueltas unos segundos, aterrada, vierte blanco puro en una bandejita, coge el spalter y se sube a la escalerilla, brega contra su propio síndrome -dudas, noche corta-, y acaba descubriendo en el techo una abolladura esférica, un defecto que su pintura incorpora como la forma misma de su cielo, y ahora pinta a toda velocidad, es hermoso verlo, el techo trocado en una superficie de la que no sabría decir si tiende a la transparencia o a la opacidad, pero que le gusta. La habitación se ha convertido en barquilla de globo aerostático, en tipi de las grandes llanuras, en refugio bajo las rocas, y cuando Paula posa por fin los pies en el suelo, tambaleante, extenuada, y anuncia que ha concluido, la joven madre lanza un grito al entrar en el cuarto, se muerde los labios de estupefacción, y su mano se agita en la atmósfera como bajo los efectos de una picadura de avispa. Paula, por su parte, no puede mirar su obra, agacha los ojos y se vuelve, molesta; luego declara que tiene sed y que tiene que lavarse las manos; tal vez algo, ya, se despega de ella, tal vez si alzara la cabeza hacia el techo se vería incapaz de reconocerse como la autora de ese azul, y le incomodaría constatar la presencia de una desconocida en el mismo cuerpo que ella: ¿yo he pintado eso? Un instante después, cobra en efectivo, de mano a mano, sus dedos quemados por los disolventes rozan los de la joven madre y hacen crujir los billetes. De vuelta en casa, se reúne con sus padres, que están lavando patatas y rascando rábanos, enarbola el fajo tibio, anuncia que no se matriculará en nada a principio de curso ni volverá a la universidad, encontraré otro trabajo. El padre menea la cabeza, deja el cuchillo y va a buscar un tarro de paté de carne que comienza a untar en tostadas. Creía que ibas a ser pintora. Paula se sobresalta: quiero pintar, nada más.

Se perfila el verano, la ciudad toma otra velocidad, adquiere otra acústica, aparecen vacíos, zonas planas, huecas, abandonadas, el sol arde como un disco blanco, y Paula vegeta. Navega en las redes sociales, se incorpora al grupo de facebook de los exalumnos de la Escuela, baja a pegar carteles a los comercios del barrio, se ofrece a un estudio de creación de escaparates para grandes almacenes, a dos agencias de arquitectura interior, a talleres de decorados de teatro en Saint-Denis y Montreuil, pero en todas partes los labios se fruncen en una mueca taciturna, no tienen nada por el momento, cierran la semana siguiente, pase a vernos a comienzo de curso. Los padres intentan engatusar a su hija proponiéndole remozar el apartamento de un amigo, la chimenea de otro, realizar un enchapado de nudo de nogal para el ascensor de la comunidad, algo «para empezar», como dicen falsamente joviales, pero Paula recela de las artimañas turbias, sospecha que la enchufan, incluso que le costean a sus espaldas esos trabajillos, y, ofendida, se parapeta. Jonas y Kate, por su parte, dan pocas noticias, tan solo llaman para comparar sus remuneraciones respectivas e informarse de los posibles márgenes de negociación: ¿hasta cuánto crees que puedo pedir? Jonas ha encontrado un curro en los decorados de *El sobrino de Rameau*, que se montará en el Théâtre de la Monnaie en noviembre, Kate está pintando un fresco del Gran Canal de Venecia en el fondo de una pizzería de Glasgow y se dispone a renovar los que cubren las paredes del Nautilus, donde ha reemprendido su trabajo de fisio nada más volver, cancerbera sexy e intratable erguida en la puerta de los abismos. Paula no tiene un céntimo, va a pasar unos días con sus padres en Charente, o languidece en su cuarto, el verano es nefasto. Lo que es peor, septiembre no crea ningún contraste: es un periodo otoñal, no un principio de curso, la joven se mantiene en la línea de flotación, al margen de la reanudación, de los proyectos y de los planes, fuera de juego.

Se ilumina la pantalla del portátil. Es Alba, la española de la rue du Métal. La propuesta es directa, disparada como un cohete: el Museo Egipcio de Turín prepara una exposición dedicada al descubrimiento de la tumba de Kha y Merit por parte de la misión arqueológica italiana de Ernesto Schiaparelli, en 1906, ¿lo ves o no? La agencia de escenografía que se ocupa del asunto está dirigida por una prima segunda de mi madre -es dura, te lo advierto- que contrata urgentemente un equipo de pintores para los paneles murales. Paula no sabe nada del antiguo Egipto -pero recuerda haber visto de niña sarcófagos de faraones y la momia de un gato durante una salida familiar titulada «un domingo en el Louvre» y cuyo rastro aparecerá en un álbum de fotos etiquetado «1997»-, no ha oído hablar nunca de Kha y Merit y no acaba de situar Turín, pero oír a Alba -verbo rápido, voz ronca, grosería desgarrada de aristócrata- la transporta a la rue du Métal, y Paula, que quiere conservar esa voz en el oído, pide prestado dinero para el avión a sus padres, reúne su material, sale a toda prisa hacia Orly.

Turín es austero, elegante, de un lustre frío. Paula atraviesa la piazza Carlo Alberto en diagonal, los pies helados en sus deportivas de tela, pero impaciente por reunirse con su amiga en la cafetería del Circolo dei Lettori, via Bogino. Las dos muchachas se besan con gran bullicio -Alba a capazos-, pero Paula ha de tragarse su orgullo: por lo que a ella respecta, deberá limitarse

a realizar fondos de paneles donde otros artistas pintarán a continuación los acantilados del valle de los Reyes y Deir el-Medina, el poblado de Kha y Merit, tal como se iluminaba hace tres mil años en la aurora empolvada del reino de Egipto. Paula acusa el golpe, cruza los brazos y menea la cabeza, entiendo, luego se persona en el museo para hacer una pequeña visita a las colecciones organizadas para el equipo técnico del que a pesar de todo forma parte. El conservador es un tipo joven de barba de centeno, tocado con un moño del tamaño de una nuez, y vestido con un traje de pana negro. De entrada, anuncia: la mayor colección de antigüedades egipcias del mundo, aparte de Egipto, es esta -sus dos dedos índices apuntan al suelo, y Paula comienza a tomarle medidas al lugar-. Luego, sin más espera, el hombre conduce al pequeño grupo a paso de carga a la sala donde están expuestos los objetos hallados en la tumba de Kha y Merit, aquella pareja enterrada en la misma cámara mortuoria, y se detiene ante la estatuilla de un joven, colocada sobre una silla. Allí, se frota las manos, consulta el reloj y declara: en tiempos del antiguo Egipto, aquellos que como Kha, arquitecto real bajo el reino de Amenofis II, disponían de la fortuna necesaria para construir su tumba solían encomendar a los artesanos de Deir el-Medina una estatua que los encarnase tal como querían aparecer ante la mirada de los dioses llegado el momento de acceder a la eternidad, y se hacían enterrar con ella -el joven conservador se expresa con tono docto, clavando una dura mirada en los que lo escuchan distraídamente, cuyos ojos se deslizan hacia los smartphones-; ese doble ofrecía un refugio al alma del difunto en caso de que su cuerpo momificado sufriese una desgracia; pero la estatua no era una representación de sí mismo: era él. Paula se estremece, convencida ahora de que la voz se dirige a ella, y solo a ella, cuando concluye a renglón seguido: la reproducción está dotada de vida.

El conservador deja caer estas últimas palabras y se escurre hacia atrás, como diciendo: bueno, les dejo que mediten sobre todo esto. El grupo se dispersa barbotando un rumor desorientado que se desperdiga en torno a las vitrinas, pero Paula no se mueve y se demora ante la estatuilla de Kha posada sobre una silla pintada, presentada tal como los arqueólogos la hallaron en la cámara mortuoria aquel día de febrero de 1906, mientras los obreros cavaban en el valle de Deir el-Medina desde hacía más de un mes; al caer la tarde, Ernesto Schiaparelli, en traje de tres piezas y sombrero colonial de color crudo, había reconocido la entrada de una tumba entre los escombros, un pozo de unos cuatro metros y fondo sellado con un muro de ladrillos, tras el cual un pasaje conducía a una pared que hubo que derribar, y a una larga antecámara ya amueblada con una cama pomposa, y por último a la cámara funeraria donde se hallaban, apartados del mundo desde hacía tres milenios, en el corazón de una estancia donde la mirada humana estaba descartada, los cuerpos y los tesoros codiciados, y entre ellos aquella figurita en marcha, el pecho ceñido por una guirnalda de flores de verdad que habían atravesado, intactas, una masa de tiempo y de oscuridad que nadie podía concebir. Paula escruta los ojos pintados de la estatuilla, contempla la nariz esculpida en la madera, la boca cerrada, las manos abiertas a lo largo del cuerpo y los pies desplazados, como captados en un paso, y muy pronto, a fuerza de mirar, ya no está tan segura de que todo esté inmóvil detrás del cristal, y si en ese instante la estatua avanzara hacia ella abriendo la boca, daría crédito a lo que veía -y el joven conservador, que la observa con el rabllo del ojo, adivina que la chica tardará tiempo en aclarar ese cara a cara, convencido de que eso basta sobradamente para otorgar un valor inestimable a todo periplo turinés, ese, por lo demás, hartó laborioso y muy poco lucrativo para Paula.

La pista italiana resulta fecunda. Viene a ser como un hilo que uno estira y levanta un rosario

de oportunidades; cada trabajo contiene una bifurcación hacia otro venidero que alberga una posibilidad. Paula aprovecha todo cuanto se presenta, a veces *in extremis*, a veces sin creer demasiado en ello, acepta la obra gruesa, los proyectos modestos y secundarios, las remuneraciones rápidas, los billetes tendidos por una mano cubierta de diamantes pero reticente, de uñas puntiagudas -una pinza-. Tras los fondos de panel para la escenografía de la exposición de Turín, viene la pátina color amarillo ranúnculo de un salón de peluquería de Milán, luego el mismo domicilio del peluquero, un cuarto de baño de mármol falso -megalómano y sentimental, el cliente escogerá un candoglia, la piedra del Duomo-, después pinta los caracteres a la antigua en el escaparate de una chocolatería de Brescia, el decorado de *Conversación en Sicilia* para una compañía de teatro de aficionados de la parroquia de San Luca de Turín, monta la columna de *El tiempo y la habitación* interpretado por la misma compañía seis meses después en el off de Aviñón, realiza tres paneles de eucalipto -un mármol gris- para dormitorios en una casa de campo de la Drôme convertida en hotel, una chimenea de mármol de Sarrancolin que tiene que volver a empezar, pues la clienta se decanta al final por un rosa de Bohemia que conjuntaba al parecer con la tela de su canapé -trabajillo mal pagado de duración excesiva, mala operación-, pinta las paredes de una pastelería de un mármol de Carrara tan centelleante como el azúcar cande, dos columnas de turquino y retoques de falso boj para las sillas del coro de la iglesia de Mergozzo, en el valle de Ossola, que ejecuta bajo los auspicios de un cura ciego y puntilloso; duerme en la rectoría en una habitación espartana, la primera noche trepa a la cama, se alza de puntillas en la almohada y alarga el brazo para descolgar el crucifijo clavado en la pared, una fea cruz con un Cristo de metal plateado retorcido de sufrimiento, la faz enucleada, las costillas visibles, y lo guarda en el fondo del cajón de la cómoda antes de acostarse boca arriba, los ojos fijos en el techo; la última vez que tuvo un crucifijo en las manos se hallaba casi sola, el mes de agosto, en un pequeño cementerio campestre donde los funerales habían sido catastróficos: habían abierto por error el panteón de los primos, el ataque de risa se había propagado hasta la cabeza del cortejo y luego extendido hacia atrás, los sepultureros habían depositado a tiempo el ataúd sobre la grava, y resoplado, empapados, embutidos en recios trajes de algodón negro, mientras los niños ya se asomaban al agujero esperando ver esqueletos, entonces el sepulturero del pueblo había irrumpido en el recinto, desgargado, las patillas afeitadas en forma de puñal otomano, la chaqueta de trabajo abierta sobre una camiseta, pero, joder, aquí la mitad de las tumbas llevan el mismo apellido, vociferó, luego se escurrió entre las sepulturas para ir a abrir la otra tumba, la buena esta vez, pero de tanto esperar bajo la canícula los hombres se habían quitado la chaqueta y aflojado la corbata, el maquillaje se había corrido, los pies se habían hinchado en los zapatos, los bebés se habían despertado en los brazos de las hermanas mayores, y los ancianos habían empezado a sentarse en las lápidas sepulcrales, diseminadas aquí y allá cual cuervos grandes, aventándose con el misal y desaprobando con la mirada a las parejas jóvenes que habían ido a esperar en los coches climatizados; una vez descendido a su sitio el ataúd, el hijo mayor de la difunta, muy colorado, abrumado por la chapuza, había entonado un cántico a la Virgen, «Entre nosotros sé Reina», algunas voces apagadas lo siguieron, pero el cura, que tenía otra misa a diez kilómetros, había despachado el final y cada cual firmó aprisa y corriendo para salir pitando al pisolabis funerario; Paula, que se había demorado junto a la tumba, miraba al sepulturero que llenaba la fosa, el olor del cemento fresco en el cubo se le subía a la cabeza, luego colocó el crucifijo bien recto en la estela, a ver, ¿se cree en esto o no se cree?, el sepulturero la miraba fijamente apoyado en la pala, el cementerio estaba desierto, las portezuelas de los coches restallaban tras el muro, luego el hombre se bebió un litro de Fanta tibia, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados.

Se sumó a la caterva de trabajadores nómadas, los que se desplazan a lo largo del año, y a veces lejos, al albur de sus contratos, nada que ver con las estrellas de Twitter o de Instagram que convocan con gran gasto a la fiesta de lanzamiento de un teléfono móvil, de una línea de maquillaje o de un sorbete de gambas -peluqueros y coloristas, pasteleros con estrellas, futbolistas, cirujanos de dientes blancos, agentes de toda laya, cronistas cultos-, y nada que ver tampoco con el proletariado contratado en flujo continuo en las obras que proliferan en la superficie del globo, la mano de obra inagotable y mal pagada que circula en los pañoles de la mundialización. Paula, por su parte, se mueve en una categoría intermedia, los freelances, aquellos a quienes se emplea con contratos de duración determinada y a quienes se remunera con honorarios, y aunque, desde su diploma, trabaja en Italia en obras variadas y siempre para empleadores italianos, todavía no se ha registrado en la Casa de los Artistas. Freelance es una nebulosa, están las estrellas que, codiciadas, empalman la cartera de pedidos ennegrecida desde hace años, y los demás, que no disponen de trabajo suficiente y no cuentan con una perspectiva de más de tres semanas. Los que se hallan en la situación de Paula tienden a aceptar cualquier trabajo por miedo a que se olviden de ellos, a que los pongan en la lista negra si no están disponibles, compran ellos mismos sus billetes de avión o de tren, reservan habitaciones de hotel low cost o apartamentos amueblados que el trasiego de los inquilinos ha convertido en una inversión con buen porcentaje de rentabilidad -tugurios funcionales dotados de un buen wifi y armarios montados aprisa y corriendo pero cuyo alquiler se incrementa por un trapo de cocina o una funda de almohada suplementarios- y recrean dondequiera que estén, en apenas unas horas, la celda íntima que habitarán durante su estancia. Hablan mal numerosas lenguas y con soltura ninguna, pero tienen el oído entrenado y en menos de quince días les cambia el timbre de la voz y se les pega el acento del país mientras una gestualidad inédita acompaña sus relatos y su piel comienza a relucir al unísono de las de quienes los rodean. A donde fueres haz lo que vieres, así se alientan. Son todoterrenos y polivalentes, se adaptan a todos los hábitos, todos los protocolos, todos los ritmos, en eso resultan útiles, por eso los contratan. Y Paula se ha labrado ya entre ellos su pequeña experiencia, los que trabajan con ella la recomiendan de buen grado en cuanto les preguntan: es una chica digna de confianza, de buena técnica, que trabaja rápido y con capacidad de improvisación; de hecho, ha almacenado en su memoria lo necesario para enfrentarse a tal situación recurriendo a tal otra, análoga, resuelta en otros tiempos y lugares, lleva siempre unas libretas rigurosas donde anota las referencias cromáticas de los tintes infrecuentes y la composición de barnices específicos, un repertorio del vocabulario empleado en los diferentes oficios, definiciones y traducciones incluidas, así como una cartografía progresiva de su red de clientes.

Esas obras modestas se encadenan, garantizan a Paula una continuidad de trabajo envidiable para los tiempos que corren, y una autonomía material, frágil, pero real. Ilusionada, alquila una habitación en Turín, junto a la estación, en un piso lúgubre de la via Giotto, aprende italiano, se desenvuelve cada vez mejor e incluso tan bien que puede negociar un salario, un día de trabajo suplementario, dietas. Es la lengua del país de los mármoles, ¿no?, le escribe a Kate, que le remacha que dominar el inglés sería más eficaz y que por ahí tiene que tirar.

Adquiere el ritmo ágil de las chicas desenvueltas, pragmáticas, de las que saltan a los trenes, toman autobuses de largas distancias, se maquillan en los espejos de los retrovisores, beben del

grifo y entablan conversación con desconocidos, esas chicas vivaces que se abren paso fácilmente en la multitud, no se eternizan nunca en los sitios y se dan el piro, sonrientes, sin mirar tras ellas, ya lejos, ya en otra parte. Pero esa novedosa efervescencia, que por otra parte le gusta lo suyo escenificar, extremando bastante el ajeteo, dándose aires, clamando «¡se me ha hecho tardísimo!» cada dos por tres, exagerando el número de horas sin dormir o la dificultad de sus intervenciones, perturba su lucidez: no está en condiciones de cobrar conciencia de que la precariedad se ha convertido en la condición de su existencia y la inestabilidad en su modo de vida, ignora hasta qué punto se ha vuelto vulnerable, y desconoce su soledad. Eso sí, conoce a gente, a mucha, su lista de contactos se alarga en su smartphone, su red se ensancha, pero atrapada en un vínculo económico en el que se ve obligada a satisfacer un encargo contra un salario por una parte, contratada en obras de duración limitada por otra, no crea relaciones duraderas, acumula los flechazos de fuerte intensidad que arden como hogueras de paja sin dejar huella, disgregados en unas semanas, calor y polvo. Por ejemplo: hasta la muerte con una chica contratada en la misma obra que ella -una escalera de ónice amarillo dorado de Argelia horriblemente difícil para el domicilio social de un armador de Milán-, alojadas ambas en un piso puesto a su disposición por el director de la compañía -un tipo de bigote fino vestido con un abrigo de cachemir color camel a quien parecía encantador alojar a aquellas dos francesitas en peto de trabajo-, íntimas de repente, compartiéndolo todo, contándose todo largo y tendido, sexualidad incluida, hasta que, una vez pintada la escalera, divergen sus caminos, y lo dejan de repente, las dos a la vez, en tres días se acabó todo, un smiley de vez en cuando, un email, y ninguna añora a la otra. Y Paula, que sin embargo se proclamaba nómada y electrón libre, que se había adaptado perfectamente a ese modo de vida, gustaba de los amores fugaces, desdeñaba la vida conyugal precoz y veía a los sedentarios de su edad como zapatillas, ha ido desestabilizándose poco a poco por la discontinuidad de su vida afectiva, por esos raptos sin mañana, por la corriente alterna que baquetea su corazón. Aprende a medir las distancias, a no embalsarse, en el fondo a partir siempre de nuevo, tendrá tres amantes en total los dos primeros años del periodo italiano, uniones relámpago que se forman siempre en los intersticios de la obra, o la víspera de entregar el decorado, como si en el instante de abandonar el lugar Paula consintiese en rendir las armas. Un domingo de marzo prorrumpe en sollozos en un Frecciarossa entre Milán y Roma.

De Glasgow, además, llegan noticias sombrías. Kate las pasa canutas. Hará pronto tres meses que no toca un pincel, y nada apunta en el horizonte. Durante el último Skype, seguía trabajando en el Nautilus pero tan pelada que había aceptado horas de canguro -la niña soñaba con presentarse a la audición de *Britain's Got Talent*, encendía el karaoke nada más volver del colegio y brincaba sin parar en el salón, un infierno-. La última obra, sobre todo, había acabado mal: en el momento de pagarle por un simple friso, la clienta en pequeña cazadora de cuero rojo le había anunciado un descuento en los honorarios con el pretexto de que había manchado el suelo, Kate lo había negado en redondo, había reclamado su dinero y avanzado hacia su clienta frente adelante y cabeza baja, sin aflojar los dientes, tan cerca que a la que tenía enfrente le entró pánico y berreando pero está usted loca acabó tirándole la pasta a la cara, y Kate, blanca de rabia, recogió el fajo y se lo embutió en el hueco de la mano, exigiéndole que rematara el asunto y se lo entregara amablemente, disculpándose, *please*, cosa que la clienta se negó a hacer, arrinconándola contra una consola de cristal, sacando su teléfono para llamar al marido, repitiendo una y otra vez está usted completamente loca, es una loca peligrosa, tanto es así que Kate, perdiendo el control, agarró en

unos segundos el spalter, destapó el bote de pintura y borró a grandes golpes de rodillo el elegante follaje de inspiración Grand Siècle que había tardado tres días en pintar en el techo de la entrada, lo había enmerdado todo, proyectando gotas de pintura en el suelo precisamente, luego había cruzado la puerta ante los ojos anonadados de la mujer y montado en su pequeña moto justo antes de que apareciese el hermoso Audi Q5 plateado del marido. Como ves, estoy vetada en estos barrios, se carcajeó Kate, tengo que ahuecar el ala. Paula aplaudió: ¡ven! Pero, bueno, ¿me pagas el billete?, replicó Kate, desabrida, añadiendo, ofuscada, porque yo tengo maromo, ¿se te ha olvidado? Y, desde entonces, silencio total.

El silencio de Jonas es de muy distinto cariz. Jonas está abrumado. Hiperactivo y reservado, siempre lejos. Su trabajo sobre *El sobrino de Rameaumontado* en Bruselas le ha proporcionado un contrato de dos años con un escenógrafo esloveno descollante, de nombre impronunciable, y su esfera profesional ha cobrado de entrada una dimensión europea, producciones prestigiosas que no comenta, supersticioso y rícano; Paula se sintió humillada al leer su nombre en un artículo elogioso sobre una adaptación de *Macbeth* en el Théâtre royal de Namur, o más adelante en una puesta en escena de *Otelo* en la Schaubühne de Berlín, ofuscada al oírlo minimizar sus proyectos con voz despegada durante una conversación en Skype, vamos, cálmate, Paula, que todo esto tampoco es pintura. Elude las obras, háblame de ti, que es más interesante, cercano de repente, toda distancia abolida, el mundo contraído sin más geografía, ¿te ves con gente en eso que haces? Ahora le toca a Paula jugar a las evasivas, crear zonas nebulosas artificiales, pero en cuanto se apaga la pantalla, se siente vacía, las manos frías, no podría decir si han hablado de verdad, nota que se alejan el uno del otro, se pregunta cuándo volverá a verlo, media cara oscurecida, y la brasa del pitillo a la altura de la mejilla.

Paula abre los ojos y mira a su alrededor. Reconoce el lugar pero necesita tiempo -un tiempo inhabitual- para volver a la superficie. Se deja invadir por su conciencia y la luz que sube, reconstruye lentamente el desarrollo de los días anteriores. Todo ha ido muy deprisa. Una obra de cinco semanas anulada en el último minuto -la pátina de un piso de trescientos metros cuadrados en el centro de Turín y la pequeña organización que se desmorona como un castillo de naipes: ha dejado su cuarto de la via Giotto, ha recogido sus bártulos que llenaban apenas dos grandes bolsas de deporte, la caja de pintura, el ordenador, los cargadores, ha depositado las llaves y el alquiler en efectivo en la consola de la entrada y, con una bolsa en cada hombro, así equilibrada, ha emprendido el camino hacia la estación para esperar allí el autobús 68 que la lleva al aeropuerto; en la cola de facturación, observa largo y tendido a una chica de su edad que avanza chutando su bolsa de viaje sin despegar los ojos del móvil. Horas después, empujó la puerta del edificio de la rue de Paradis y se detuvo en el vestíbulo, intrigada por la pátina de falso mármol que cubría las paredes -un rojo de Verona apenas creíble: los nódulos eran demasiado gruesos y los fósiles de amonitas estaban mal repartidos en el panel- y que miró realmente por primera vez.

Paula escucha los ruidos del piso, sus padres están de pie, y la tostadora salta en la cocina. Tendré que andar con tiento -ojo, no me reinstalo, solo es transitorio- y avanzar hacia ellos con la cabeza alta; eh, vosotros dos, se acabó lo que se daba, Paula está de vuelta.

Su habitación es esta. La única que conoció hasta los veinte años. De bebé, durmió en un moisés de paja con juego de cuna de vichy rojo que se depositaba sobre un caballete de ratán, y luego en una cama de niño colocada bajo un móvil de madera en el que aparecían los viajes extraordinarios de Nils Holgersson -una oca salvaje cabalgada por un niño vestido con una camisa de chorrera y un traje azul rey-, luego en una cama de hierro forjado repintado de azul cielo por su madre, y por último en una cama doble por la que había tenido que batallar a comienzos del último curso de bachillerato y que, a decir verdad, ocupaba bastante espacio. Por entonces había redecorado la habitación, lo recuerda, la llegada de la nueva cama había sido la ocasión para pintar las paredes de blanco, cambiar la moqueta, sustituir las cortinas floridas por estores de listones, y malvender cuanto señalaba a la niña que ella había sido, el pequeño escritorio lacado de blanco, la docena de cajas para fruslerías, los sombreros de fieltro con lentejuelas, los peluches mustios, los cuadernos, el gran batiburrillo de imágenes que había pasado tantas horas componiendo, descomponiendo, recomponiendo: fotomatonés de tres o cuatro amigas metidas en una cabina, postales de cuadros del Aduanero Rousseau, anuncios de perfumes o fotos de moda, *El beso en el ayuntamiento* de Doisneau, Leonardo DiCaprio. Paula no había tenido compasión de aquellas fruslerías, de aquellos residuos de su infancia, afirmando sin pestañear su autoridad sobre el escenario, su gusto personal y una madurez nueva. Solo habían sobrevivido un kayak en miniatura tallado en un abedul, un collar tahitiano, algunos libros -entre ellos *Cuentos y leyendas del mundo griego y bárbaro*, un volumen en cartón de lomo blanco y ribete dorado-, y Uma Thurman en el cartel de *Kill Bill 2*, sable teñido de sangre y mono amarillo dorado, guerrera sexy de tamaño natural. Desde su marcha, otras imágenes y objetos se habían infiltrado en aquella habitación, pero nada había alterado la sobriedad de la decoración, esa

austeridad tan anhelada por la joven estudiante radical de entonces, aquella Paula de diecisiete años que vaciaba los cajones, arrancaba de la pared las fotos y las páginas de revista y llenaba las bolsas de basura con determinación mientras su madre metía las cortinas en cajas de plástico y su padre, de pie en una escalerilla, desatornillaba la barra evitando pensar en el tirador de la cremallera entre los pechos de Uma.

Deshabitada como las de los hijos que han abandonado la casa, la habitación de Paula se había ido disociando del resto del piso, desconectada de su funcionamiento orgánico. Sin excluirla por completo de su espacio cotidiano, sus padres la habían desactivado: todo estaba ordenado, cada cosa en su sitio, y la moqueta conservaba aún la impronta del aspirador, pero había pasado a ser ese cuarto inerte, silencioso, relegado a una zona que no se iluminaba ya, que no se ventilaba. Para quien empujaba la puerta, saltaba a la vista que no entraba nadie allí como no fuera para ir a buscar en el armario empotrado un impermeable, un par de botas, una maleta con ruedas, un saco de dormir. Paula advertía todo eso en el mismísimo segundo en que desembarcaba en el pasillo, de vuelta en un intervalo de tiempo entre dos obras, y la sacaba de quicio, quería seguir ocupando todo su sitio, dar vida a ese espacio que se le había adjudicado desde su primer día en este mundo. Permanecía en el umbral de la habitación, vociferaba esto no es un santuario, y luego entraba, hacía ruido, encendía las lámparas, abría la ventana de par en par.

Paula se estira, sus ojos se detienen en otra cara a menos de un metro de ella. Es una niña de siete u ocho años que sonríe en pleno sol, una chiquilla en sandalias, flacucha y dorada. Está de pie en un prado, vestida con un pantalón corto de rizo naranja y una camiseta del submarino *Le Triumphant*; a su lado la hierba está abrasada, el cielo vacío, está ese collar de pepitas de melón que le festonea el cuello y tiene tapado el ojo izquierdo con un grueso apósito. La foto está adosada a los libros del estante, es una polaroid cuyos colores han mudado, y bajo la imagen, en el margen blanco, alguien ha escrito sencillamente: Pola. Le extraña que sus padres hayan colocado ahí esa foto, la única visible en la habitación, una foto donde no es la muchachita mona que le consta haber sido -una cría vivaz y tierna aunque demasiado alta para su edad, y torpe, indecisa, una espingarda, como se decía, e incapaz de percibir su estatura como una ventaja física que le habría permitido, por ejemplo, impresionar a los más bajos-, sino una niña cuyo rostro revela un problema y, si no una anomalía, cuando menos algo raro.

De pie y desnuda en medio de la habitación, Paula agita la vieja polaroid. Como si sus dedos pudieran albergar todo cuanto emana, recuperar a la niña que sonríe ante la cámara de fotos, plantada en un campo abrasado por las canículas de agosto. Se acerca ahora a lo que le valió ser fotografiada aquella mañana, se le acelera la respiración según se desarrolla la escena, es esa camiseta de algodón azul cielo y manga corta, con letras de pana sintética que deletreaban en su barriga el nombre de un submarino nuclear cuya potencia era tanto más grande cuanto que era contenida, controlada, disuasiva: *Le Triumphant*. Su padrino, oficial superior del navío, se la había mandado por paquete postal al regreso de una campaña por mares conocidos solo por él y cuyos nombres no podía revelar sin incurrir en traición, tanto es así que su propia esposa desconocía qué aguas frecuentaba el barco -se sumerge un buen día en aguas de Tolón, de Brest o de Lorient, reaparece al cabo de varias semanas en medio de un haz de espuma, la torreta perforando la superficie para convertirse en percha de pájaros, y los hombres de la tripulación alineados en la cubierta tienen ahora la tez lívida, los ojos parpadeantes y el cuerpo cargado con unos kilos suplementarios-. Paula había abierto el paquete al tiempo que la furgoneta amarilla

daba media vuelta delante del portal, en medio de una nube de niños que habían acudido a mirar, y se embutió ipso facto aquella prenda llegada del fondo de los mares. Tres primos suyos aparecieron en bici y comenzaron a trazar círculos a su alrededor mirándola fijamente, rostros ardiendo de codicia y bocas abiertas -jóvenes coyotes-, y Paula los dejaba, consciente de su privilegio, feliz de suscitar envidia en aquellos chicos a quienes veneraba como semidioses cuando para ellos ella era poquita cosa -una chica-, pues aquella camiseta no se compraba en los comercios sino únicamente en los almacenes de la Marina, en el fondo de los arsenales militares, en las salas espartanas de accesos controlados donde se encontraban también jerséis marinos, ropa de trabajo, gorros, gabardinas, botas militares, tazas de hojalata y galones. El común de los mortales no podía pues poseerla sin estar íntimamente vinculado al ámbito de los submarinos, y eso era precisamente lo que llenaba de gozo a aquella pequeña Paula de ocho años, torso henchido sobre largas canillas: ser señalada a los ojos de la gente como un ser conectado a los mares clandestinos, a las profundidades tenebrosas, parte interesada de un orden planetario invisible, atravesado por torpedos, sembrado de amenazas.

Paula se pone unas bragas y una camiseta, rodeada por los cascos negros de los submarinos que patrullan en este mismo momento en torno a los atolones de la Polinesia, a la altura de Corea del Norte, en el fondo del mar Negro y bajo el Raz de Sein, piensa en todo lo que circula bajo la superficie del mundo, en las pasiones superpoderosas y secretas -el amor-, y, es extraño, pero exactamente en ese momento recibe un selfie de Jonas, sin sombrero, grave y encorbatado, incrustado en un mármol de un verde oscuro que recuerda la majestad del pórfito, de la serpentinita, se sorprende Paula, que reconoce de inmediato uno de los mármoles más célebres del planeta, el mármol emblemático de la tribuna del Parlamento de las Naciones Unidas, en Nueva York.

Vuelve a ser verano -pero ¿qué verano?, ¿2010?, ¿2011?, se pierde cuando lo cuenta, solo la concatenación de los lugares ordena los últimos años, solo las estaciones balizan su memoria, cada vez más a menudo se la ve sacar sus grandes agendas negras para reconstruir su pasado- y Paula sale a pintar un vestíbulo de paonazzo en una casa *art déco* en lo alto de Portofino. Es un mármol difícil, estatuario, una variedad de carrara en el fondo de un blanco puro, sembrado de motas moradas y recorrido de venillas amarillas a lo largo de las quiebras, como si una herrumbre portuaria rezumase de las hendiduras de la piedra. Disfruta pintándolo durante los primeros días de la canícula de julio, el aire marino arroja a la entrada de la casa los olores a resina y a polvo que se estancan en capas ardientes en el corazón del pinar, le relucen los hombros, un hilillo de sudor le corre por la espalda empapándole la cintura, las axilas calan el traje de baño que lleva bajo el delantal, los pies se le pegan a las zapatillas de tenis manchadas de pintura, bebe té helado de un termo mientras la casa murmura conversaciones lánguidas, tintineos de cubitos de hielo en el fondo de los vasos de whisky, y al caer la noche, el cuerpo pringoso, baja a la playa desierta por un estrecho sendero donde los bichos amodorrados se escabullen a su paso, los lagartos de vientre azul, los escarabajos de negro de vinilo, los zapateros naranja acorazados con una máscara humana, todos en su fuga hacen crujir el bosquecillo y chascar las hojas atiesadas bajo un velo de polvo; pero, una vez en la orilla, hunde los pies descalzos en la arena grisácea mientras frente a ella, lento, espeso, el mar expande ese azul majorelle en el que la joven penetra con delicia, en el que entra sin una salpicadura, como si se tratara tan solo de hender el agua, de experimentar su dominio, su pleno contacto, tras lo cual se sumerge lentamente, se inclina hacia delante en la penumbra y desciende a acariciar el suelo plegado, la piel desnuda de su vientre excitada de placer, luego sube hacia la luz, se mira largo rato en el revés del mar, en su espejo interno, y atravesada otra vez la superficie, nada lejos, hacia alta mar, se estira en el oleaje apacible, y hace el muerto, mirando al cielo, piensa en esos últimos meses deshilvanados, solitarios, saltitos de un lugar a otro, cabrillas de guijarro plano, en esos lugares que no hace suyos más de cuatro o cinco semanas, en esos días fundidos en un solo movimiento, el de encontrar la obra siguiente sin que se alargue demasiado la pausa en París, sin que tenga que pedir a sus padres una ayudita que se apresurarán a darle, piensa en esas pinturas que se suceden sin tiempo muerto: ¿o sea que es eso la vida? El cielo acelera lentamente encima de ella, se retrae hacia el este con un azul moribundo que parece aplicado en dos capas a la aguada, y a Paula le viene a la memoria la gran cristalera de la rue du Métal, la luminosidad tan especial del taller, y entonces, como si procediera de esa imagen, como si fuera su misma continuidad, aparece Jonas, el rostro medio oculto por la visera de la gorra, la mirada clandestina, la piel de iguana, la pupila de un negro azulado, el blanco del ojo con reflejos de perla, las ojeras de ceniza. Paula flota a la merced del agua ahora oscura, esmalte: no contesta ya a sus mensajes, tres semanas desde el último mail, Jonas, te quiero, se oye decir en medio del mar.

Paula acaba el paonazzo el día acordado, desenrolla el fular que se ha anudado a modo de turbante en la cabeza, se enjuaga la frente con el dorso de la mano, cierra los ojos. La pintura es excepcional, el mármol tan dominado que los propietarios experimentan de inmediato el frescor

mineral de la piedra, felicitan a Paula utilizando las palabras *miracoloso, incredibile, magico*. Sirven a la joven pintora un Campari naranja en un vaso de vidrio soplado, le ofrecen un Dunhill con un anillo dorado, la toman por el talle para proponerle un baño en una piscina pavimentada con gres cerámico, sembrado de teselas doradas, y le pagan en efectivo. Poco después, la temporada se halla en su apogeo en la costa ligur, en Rapallo, Portofino, Savona, a lo largo de las costas escarpadas del golfo de Génova, la pareja de la casa recibe, los invitados se maravillan con el paonazzo, le plantan la palma de la mano y se les ensanchan los ojos. Un productor de cine se ríe al saber que lo han engañado, y con un chasquido de dedos pide que llamen a Paula: quiero que venga a Roma. Una vez formulada esa exigencia, el tipo evidentemente olvida a Paula y su paonazzo, se sirve otra copa de blanco, se pasa la mano por el pelo, se sacude una hoja de laurel del pantalón, pero la maquinaria está en marcha y a la semana siguiente, en efecto, Paula se encuentra en Roma.

Se acabaron los pequeños encargos privados, las muestras impagadas, los muestrarios delicados que hay que hacer aceptar a hombres ausentes, a mujeres vacilantes, tanto más exigentes cuanto que van con falsas prisas: a Paula le firman un contrato de tres meses en los talleres de Cinecittà, donde se convierte en la signorina Karst -y ante esas palabras se ve con una falda acampanada amarillo sol y calzada con un par de bailarinas-. Lo que le espera sin embargo no da vueltas: se trata de realizar la basílica de San Pedro. Ah. Paula, de pie con los brazos cruzados en el taller de los pintores de decorado, no está segura de haber oído bien lo que acaba de declarar el tipo, que primero ha dado unas palmadas vociferando *silenzio!* Alrededor de Paula, no se sorprende nadie, los tíos se golpetean los bolsillos de los vaqueros y salen a tomar el aire, plácidos, sus manos han construido cosas más demenciales, más grandes, más delicadas que la basílica de San Pedro, no se dejan impresionar. Incluso algunos se tronchan en silencio, la barriga echada para delante, y fuman en corro, la palma pegada a la boca: plasmar el sueño de los cineastas, amoldarse a su furia megalómana, materializar sus fantasmas, es su trabajo, no están ahí para otra cosa. *La fabbrica dei sogni* es el auténtico nombre de Cinecittà, ¿lo sabías, francesita? Un tipo de dientes podridos se inclina hacia ella, tiene los ojos azul marino, muy hundidos, y pelos negros en las muñecas, le habla acercando mucho la cara, y le cuenta a modo de bienvenida la anécdota del decorador de cine que se dirigió al cineasta con estas palabras: «¡Maestro, cuando quiera empezamos, el cosmos está listo!» Pues nosotros funcionamos más o menos igual. Paula se carcajea. El cosmos. Qué cosas.

Prosiguen. El decorador jefe detalla las distintas tareas con voz más seca: se trata de la sección central de la fachada, o sea la logia papal, las dos ventanas laterales y cuatro columnas de las ocho que existen; unos veinte metros de los ciento treinta de ancho con que cuenta la basílica. La parte por el todo. Que resumirá el lugar entero tal como aparece ante el mundo las noches de cónclave, iluminado, a la hora en que el soberano pontífice recién elegido sale a bendecir a la multitud hacinada en la plaza, su voz de anciano farfullando en el micro, mientras los cardenales de birretes rojos se agitan en los balcones laterales. Púrpura vaticana pues, ¡y travertino! Acto seguido anuncia con delectación: una última cosa, la Capilla Sixtina se reconstruirá íntegramente en el taller. Ante esas palabras, se alzan algunas voces, dos jóvenes jocosos imitan la escena de *La creación de Adán*, el índice del hombre y el de Dios orientados el uno hacia el otro, y a punto de tocarse como se tocarían dos cuerpos conductores por los que transitase la vida, adoptan la pose entre las mesas de carpintero, se agachan y se incorporan, se excitan como niños -¡la Capilla Sixtina, joder!-, mientras Paula, ante la mera mención de Sixtina, vuelve a ver a la señora del jersey de cuello alto negro pintando en el silencio el famoso trampantojo que corre, repetido, a lo largo de las paredes laterales de la capilla, en la franja inferior, un drapeado adamascado con borlas, hojas de roble y escudos de armas pontificales, es la parte secundaria de la composición, precisaba, perversa ahora, son los despojos; parecía pintar mientras pensaba en otra cosa, sus ojos entornados mirando apenas el panel mientras anunciaba que empezarían por la parte inferior, que allí sucedían muchas cosas cautivadoras, que ya habría tiempo de alzar la vista hacia las alturas, hacia los frescos, que progresarían lentamente y por etapas, sí, os aconsejo que con la Sixtina no os apresuréis, murmuraba, casi amenazante, cuando la voz del jefe de taller enfrió de

súbito el ambiente: ¡ojo, artistas, tranquilos, que de los frescos de Miguel Ángel se encarga Big Image! Hace circular ahora por el taller una primera hoja de servicio, encogiéndose de hombros y precisando con cara de guasa que la producción ha optado por la impresión numérica a gran formato: nosotros hacemos los acabados. Tras lo cual se inmoviliza: una última cosa, trabajamos para la película de Nanni Moretti *Habemus Papam*.

Todas las mañanas a las ocho y media, Paula se apea en la estación Cinecittà, en la línea A, se interna en el túnel que pasa bajo la via Tuscolana -pestazo a orines y a basura, se tapa la nariz con la bufanda y aprieta el paso- y al salir al aire libre se dirige hacia la entrada de los estudios, presenta su distintivo, tras lo cual se extiende un amplio césped que ella rodea en dirección a los estudios, encorvada bajo el peso de una bolsa en bandolera donde se mezclan pinceles, trapos, libretas, un delantal hecho una pelota; su cabello trenzado hacia el lado y una espesa coleta azotan su seno izquierdo, como contrapeso de la bolsa. Despunta el alba, los edificios se iluminan de gris ceniza y luego malva, el aire huele a campiña fresca, está en Cinecittà caray, y cinco minutos después en delantal y en su puesto.

Desconcertada no obstante los primeros días, decepcionada. Esperaba entrar en un castillo barroco, rutilante y caótico, y penetra en un complejo estructural concebido para atender las necesidades de la producción cinematográfica, la organización modular de los lugares que comprenden estudios, salas, talleres, almacenes, según los imperativos de racionalidad industrial. Geometría de las formas y de las perspectivas, sobriedad de las líneas, rigor ortogonal del proyecto, parterres de césped y pinos parasol plantados a cordel, a primera vista el marco es estricto, homogéneo como si hubiera brotado de la tierra en bloque, nacido de la voluntad de uno solo, demiurgo, que hubiera golpeado tres veces el suelo -en este caso Mussolini, Paula no lo ignora, aunque sus conocimientos sobre la creación del lugar y su historia son fragmentarios y difusos-. Alba la Española -que cuelga regularmente fotos de sus obras en Instagramla habrá avisado: no ocurre gran cosa ahí, no verás nada, pierdes el tiempo, y Paula comienza dándole la razón. Hay poca cosa que ver. Los veintidós estudios del lugar son cajas gigantes tan secretas como cajas fuertes, tan herméticamente cerradas como los contenedores de metal que se apilan en los muelles protegidos de las terminales portuarias y la extravagancia prometida de la tierra «felliniana», lo artificial ostentoso, las criaturas regordetas, histriónicas, metafísicas, los estucos y los plásticos, el maridaje de la farsa y la poesía, nada de todo eso sale a la luz. Y es precisamente esa malla tupida entre visible e invisible lo que estimula poco a poco la mirada de Paula, que cada día recorre los edificios ciegos y arrastra la punta de los dedos por sus muros hasta que la piel, raspada, se cubre de un polvo anaranjado que se lleva a la nariz y respira como el olor del cine. Existe una vida oculta tras esos recintos cerrados, una vida que Paula quiere alcanzar. Las agujas de pino crepitan bajo sus suelas como un fuego de madera seca.

Catapultada allí por una mano poderosa, olvidada enseguida, Paula advierte rápidamente que no saben muy bien qué hacer con ella y descubre lo que significa ser una variable de ajuste, pasajera y acomodaticia, en el lugar en que el arte y la industria intentan una cohabitación. Aprende la jerarquía de los puestos, se familiariza con las gamas de la aristocracia obrera, colorea su italiano con algunas inflexiones romanas y asimila el léxico de los estudios. Los pintores con los que trata son veteranos, francos y técnicos, le impresionan sobre todo las chicas, ingeniosas, sufridas, el ego dinámico y sin pelos en la lengua, negocian paso a paso las horas extras. Trabajar para el cine no les produce ya ningún efecto, están hastiados, son impermeables al mito que contribuyen a mantener, indiferentes a los famosos, poco amigos de anécdotas

escabrosas, de rumores turbadores, y la mayor parte de ellos observan sarcásticos el candor de Paula, para quien casi todo lo de allí resulta deseable.

Para empezar, la envían sistemáticamente a buscar cosas que faltan, un accesorio con el fin de comprobar un retoque de pintura, un sobre en correos, un teléfono móvil olvidado en el comedor - Kate, cabello naranja cortado a tazón y jersey de cuello alto color turquesa: ¡eso es pura miseria, mándalos a la mierda, no eres su criada!-, pero Paula aprovecha para reconocer el terreno, plano en mano y guardapolvo abierto, moño italiano recogido con un pincel. Se la ve enseguida apartarse de los trayectos directos, buscar diagonales, encontrar desvíos, ir a merodear por la zona de los estudios, donde las escenas que sorprende recuerdan que en realidad sí que pasan cosas todavía allí: un tipo con traje de lunares llevando en brazos a una Juno de resina; presentadoras de juegos televisivos; tacones de aguja y senos bajo presión, mejillas empolvadas con terracota, gritando al teléfono -*Il Grande Fratello?*-; figurantes de series calzados con sandalias y vestidos con togas romanas que fuman en el intermedio -*Los Borgia?*-; silueta de mujer vestida con un largo abrigo blanco que se precipita en una limusina sacudiendo en la espalda una cascada de cabello dorado -*¿Julia Roberts para el anuncio de Lavazza?*-; trío de adolescentes que buscan el decorado de *U-571* -«película de submarinos» con destructor estadounidense contra barco alemán y misión de capturar el codificador Enigma, oídos de oro y torpedos lanzados en las aguas abisales-; y Paula halagada de que la consideren una autóctona, una iniciada de los estudios, guiando a los tres colegas al decorado, a la sala de control del navío, donde se acerca a los cuadrantes que parpadean en la penumbra, junto al sonar y el periscopio, experimenta de pronto la atmósfera de cajón altamente tecnológico lanzado a toda velocidad en el océano salvaje, la ausencia de luz que abole las referencias temporales cuando solo la intensidad del neón, virando al rojo cuando cae la noche, acompasa el tiempo a bordo, la reverberación de los ruidos, el aliento y el silencio, las percepciones humanas que reconstruyen un mundo extraño, contiene la respiración, embargada por la emoción -hija de *Le Triomphant*.

Rezuman vida los resquicios de los estudios. Se vislumbran las bambalinas desde el umbral de las puertas. La calidad del aire es allí distinta, agitada, vibrátil -el zumbido de una colmena activa con tráfago intenso ante el orificio negro, abejas en vuelo estacionario, cola de espera, vaivén, irrupciones, expulsiones-, y cuanto más se acerca Paula, más fisgona se vuelve, presta a interceptar lo que entra y sale de esos edificios como signos indiciales de lo que tiene lugar en el interior; espía los aprovisionamientos -dispensadores de agua y tetrabriks de vino, porquerías destinadas a las conserjerías, a veces un jamón de Parma envasado al vacío con su tabla de madera, otras veces cruasanes calientes-, observa las entregas de material -kilómetros de cables, ordenadores, cajas con equipos de sonido en piezas sueltas-, y no puede evitar escrutar las caras de los que han pasado ante la cámara, a quienes distingue ahora entre todos solo por la textura de su piel cuando reaparecen al aire libre, los ojos parpadeantes, las facciones abotargadas por el maquillaje, simplificadas por las últimas técnicas de contouring o sencillamente embargadas por la emoción de un rodaje, la adrenalina de una emisión en la que se han reconciliado con su madre, en la que han perdonado a un marido infiel, o han gastado sus energías, han bailado, cantado, llorado, en que han alternado con actrices, y esa transformación es la que impresiona a Paula, la idea de que algo, en el interior de esos cobertizos, posea el poder de modificar a los seres que se aventuran en ellos, que esos gruesos paralelepípedos contengan algo que dé lugar a tales metamorfosis. Espera que se abra un pasaje, una grieta -como les sucede a los espeleólogos que

recorren los acantilados, atentos a captar un soplo que señale un cambio térmico y anuncie la existencia de una cavidad en la piedra, una gruta tal vez-, pero curiosamente no se ha expuesto a explorar el fondo del lugar, donde se extienden, yuxtapuestos, los grandes decorados exteriores -todavía no.

Metida en todos los fregados, desplazada continuamente de un quehacer a otro, y no solamente en los dos decorados de *Habemus Papam* -logia papal y Capilla Sixtina-, Paula es incorporada durante un tiempo al equipo de pintores asignado al trabajo de base: pulimentar, recubrir, patinar -¡joder, eso es pintura de edificios, tú no estás formada para eso!, remacha Kate desde Glasgow, la cara deformada en el vídeo, simple en ese instante-. Pero Paula, deseosa de que la adopten, obedece sin chistar, disfruta pintando fuera de bastidor, liberada del panel, ejecutando en superficies lisas sobre amplios soportes esas vastas zonas monocromas. Tengo buenas sensaciones, vuelvo al acto fundacional de la pintura: ¡recubrir una superficie! -imita con grandes gestos el trabajo con rodillo ante la pantalla en la que Kate, precisamente, se pinta las uñas en la portería del Nautilus, aterrada-. Un domingo, Paula se une al batallón de urgencia que ha venido a recubrir mil metros cuadrados de madera con el fin de simular hormigón y se sienta en medio de los hombres durante el descanso de la comida, sorprendida de hallarse entre ellos, sus hombros entre los suyos, de ser por fin un brazo, una mano, una competencia, una energía insertada en la de los demás, liberada de la soledad del artesanado para sumarse a su círculo -se abstiene de revelarles que habría preferido en cambio pintar madera sobre hormigón, que además es su oficio.

Una mañana la convocan para el rodaje de un folletín televisivo; su misión es asistir al pintor encargado de los retoques de luz en el plató -decorado de salón burgués, tapicerías con borlas y parqué Versalles, mobiliario Knoll-, señalan a Paula que eso supone un ascenso. Llega antes, pero se equivoca de *teatro*, entra en el de al lado, echa una mirada entre los batientes, abre con el hombro y se mantiene en el umbral, la luz del día a su espalda traza en el suelo un rayo ancho como la puerta en el que se proyecta su sombra en la oscuridad, nítida al principio y difuminada cuando el rayo huye hacia la oscuridad; una orilla iluminada en la noche y el mar delante, le viene esa imagen. Paula alza los ojos hacia los raíles de anuncios que se entrecruzan en el techo sobre un cañamazo de viguetas metálicas. Las proporciones del lugar se le escapan por completo, a buen seguro que es inmenso, tal vez sea el conducto que conduce a otro mundo. Da unos pasos por el interior, totalmente impoluto, oye cómo el espacio hace resonar su cuerpo y se dice entonces que le gustaría mucho vivir allí.

La mujer que acaba de sentarse frente a Paula en el vagón de metro emana un fuerte olor a tabaco frío. Bajita, recia, fular de zorro plateado, boca espesa y negra, cabello de estropajo. Paula la reconoce, se contorsiona, acaba inclinándose hacia ella y le murmura precipitadamente: bajamos en la misma estación, yo trabajo también en Cinecittà. La mujer se sobresalta y sonrío, mecánicamente, vuelve los ojos sin añadir nada, tanto es así que Paula se echa hacia atrás, aprieta la bolsa contra el vientre y clava los ojos en el túnel. Minutos más tarde, una vez pasado el control en la puerta de los estudios, la mujer enciende un purito y espera a que Paula la alcance para reanudar la marcha. Alentada, la joven se lanza: ¿a qué se dedica aquí? A la luz rasante del alba, el césped de la gran explanada central es un lago de luz, los pasos de las dos mujeres crujen, se ha apagado el rumor de la carretera, y el espacio parece formar ahora una sala de escucha, soy maquilladora, hace treinta años que soy maquilladora aquí, me llamo Silvia -treinta años de maquillaje, piensa Paula mientras le viene la imagen de Liz Taylor en *Cleopatra*, sus ojos violetas con el contorno de kohl, sus ojos exagerados que llegaban a las cejas, invadían la frente y retrataban no tanto a la reina de Egipto como a la actriz de cine, a la estrella hollywoodiense que no había que disimular sino por el contrario mostrar bajo el maquillaje, para eso se había pagado; tras lo cual enmudecen, avanzan juntas, dejan atrás la cabezota de mujer arrumbada en el suelo, residuo del *Casanova* de Fellini, tremebunda, también con los párpados pintados, ingenua y totémica, diosa de cine, luego viene la zona de los estudios y los talleres, y el espacio se construye. Paula lanza breves miradas al perfil de la mujer, oscuro, busca un escape para poder seguir sola, pero, contra toda previsión, la maquilladora se aferra a ella: ¿y tú qué has venido a hacer aquí? Paula se queda de una pieza, contesta yo soy pintora de decorado, trabajo para la próxima película de Nanni Moretti, tengo un contrato de tres meses aquí -ufana de enseñar las cartas, de poseer los títulos que legitiman su presencia-. La mujer emite una risa triste, pero si esto se ha acabado, hija mía; hace tiempo que el cine hizo las maletas, los cineastas se marchan a rodar a otros sitios porque les sale más barato, los equipos de artesanos se reducen, y eso siendo gente que sabe hacerlo todo, gente a quien puedes pedirle todo, la luna, todo -hace hincapié en esta última palabra-. Los estudios actualmente son telerrealidad y anuncios publicitarios, galas, shows de mil demonios para el lanzamiento de una marca de gafas o el nuevo álbum de un grupo de rock, y traen la magia de los estudios para una noche a base de música a todo volumen, chicas en pelotas y rayos láser. Esto ya no es cine sino marketing de eventos. Silvia jadea de ira, luego aminora el paso para aspirar el purito, lo cual reaviva sus palabras, aumenta su velocidad, ahora pasa a hablar de una operación de bienes inmuebles para apropiarse supuestamente de las cuarenta y cuatro hectáreas de la propiedad, los setenta y cinco kilómetros de calles, la veintena de platós, deslocalizar los rodajes, deshacerse de los doscientos asalariados, transformar Cinecittà en un parque de atracciones, vitrificar la memoria, vender el mito. Un bloque de rabia, eso es lo que es ahora, un bloque compacto. Las palabras «vergüenza», «Fellini» y «pornografía» avanzan delante de ellas hasta el cruce donde un instante después Silvia aplasta la colilla atornillándola con el tacón, la recoge, se la mete en el bolsillo, que hace aparentemente las veces de cenicero, y declara: a nosotros no nos engañan. Pero en el instante en que se separan sus caminos se le ilumina el semblante, agarra a Paula por el mentón: me gustan mucho los ojos de

distinto color y además tú bizqueas, veremos qué se puede hacer.

Bizqueas, bizqueas. Paula mira cómo se aleja la maquilladora mientras esa palabra se deposita en su lóbulo temporal izquierdo, donde están las voces de la infancia, donde resuenan las frases familiares que el tiempo convierte en enigmas. Bizqueas. Agacha la cabeza y se interna en la avenida. La chiquilla de la vieja polaroid retorna como un boomerang, las patas de pavo real, el short de rizo naranja y las manos en las caderas, el verano de *Le Triomphant*. Bizqueas. Y, en la época de la foto, hay efectivamente en la cara de la pequeña Paula de ocho años algo extraño, descentrado. Una anomalía. Tiene un poco de estrabismo en el ojo, en un ojo que miraba de través. Sus primos bizquean cuando se sientan a la mesa y se tronchan de risa: te pareces a Dalida; cada dos por tres abren las manos debajo de la nariz de Paula: ¿cuántos dedos tengo? Eso no le hace la menor gracia a la chiquilla, que preferiría cien veces responder al orden anatómico, tener los ojos bien paralelos y la mirada recta. Sus padres se empeñan en rectificar ese defecto mediante agotadoras sesiones ortópticas en las que la niña adelanta su pequeña barbilla hacia un sinóptforo y visualiza toda clase de figuras que debe contar, ordenar, describir. Poco antes del verano, con el fin de reeducar de una vez por todas ese ojo izquierdo descentrado, ese ojo indócil, con el fin de hacerlo trabajar, ya que ha sido declarado perezoso, holgazán, del orden de los que dejan todo el trabajo al compañero -una expresión que Paula no ha comprendido-, la ortoptista prescribe que lleve permanentemente un parche en el ojo derecho. La niña se alarma, pero lo que tendría que haber sido el verano de su desdicha resulta ser el de su triunfo, el verano triunfante. El parche le confiere un aura de heroína. Pasa a ser la niña singular, la niña ciclópea, pirata, tuerta, que suscita la atención de las personas mayores, que intriga a sus primos, que amedrenta a los más jóvenes. Beneficiaria de un trato de favor, se la autoriza a permanecer con los adultos a la hora del café, recibe pequeños regalos en compensación de los baños prohibidos, y quienquiera que la atormente es reprendido. Cuando llega el momento de cambiar el apósito, que por lo demás no debe ni tocarse ni mojarse -¡eso sobre todo!-, Paula se repliega al cuarto de baño con mohínes de mico, seguida de un niño que ha reclutado para que la mire mientras hace lo que hace, un espectador sumiso a quien mostrar su tesoro de gasa y de compresas estériles, sus rollos de esparadrapo. Se coloca entonces ante el espejo y oficia con esmero, se lava primero las manos de manera ostensible y se quita el apósito cogiéndolo con la punta de los dedos mientras el pequeño testigo a su lado contiene la respiración, excitado ante la idea de que surja el ojo enfermo, rezumante, las pestañas cuajadas en una pasta verdosa, el párpado arrugado como una seta vieja, decepcionado al no ver al final más que un ojo cerrado, y de repente mucho menos atento al espectáculo de la gran Paula, que prosigue sus visajes, se rodea el ojo con una pomada azul y luego se aplica una nueva compresa que pega lentamente con esparadrapo formando una estrella. Paula acaba adorando su parche, las preguntas que suscita, los cuidados que requiere, y cuantos más días pasan, más lo exhibe con esa pretenciosidad amanerada que acaba irritando a sus allegados -¡pero será tocapelotas!-. Poco antes de la vuelta a clase, le quitan el apósito durante una visita en la que se ha de celebrar la supuesta victoria de la ciencia ortóptica y el método del parche. Pero en la consulta médica con los estores bajados he aquí que, bajo las compresas blancas, bajo el párpado cerrado, el ojo izquierdo se sigue desviando, recalcitrante. La ortoptista abre ya su agenda para anotar las nuevas sesiones de reeducación -«una ráfaga», anuncia, marcial- cuando la madre de Paula contra toda previsión se levanta de la silla, coge suavemente a su hija de la barbilla y le murmura ante la ortoptista estupefacta -Paula se acuerda de una gruesa señora

de carnes temblorosas, encaramada en sus tacones bobina que parecían sufrir de aguantarla todo el día y se ensanchaban al contacto con el suelo-: ya está bien, vamos a dejar tranquilo ese ojo, se las apañará. Paula se embute su cárdigan y sigue a su madre, desconcertada. Con el correr de los años, se convence de que ese ojo exotrópico -una palabra que la hincha de importancia y que adora pronunciar- le permite tener siempre un ojo que mira a otra parte cuando el otro apunta recto y de que, sí, eso es algo deseable, es una suerte de poder mágico y sobre todo es un encanto, el suyo.

Paula se frota los ojos. La maquilladora está lejos. Va escopetada, el paso tenaz, las nalgas apretadas, las piernecitas musculosas embutidas en los vaqueros color nieve. El sol aplasta en los muros de los estudios una pulpa albaricoque y el olor de los pinos viene a cambiar la atmósfera, tonificante. El taller está abierto allá lejos, el perro del jefe de equipo ha recobrado su sitio, echado ante la puerta, y los motores de los escúteres se enfrían en la acera.

Scusi miss! Una voz se alza detrás de Paula, inclinada en el umbral del taller de los estucadores. El tipo empuja una carretilla llena de sacos de yeso y Paula se aparta de un brinco para dejar paso libre mientras algunas caras en el interior de la sala le echan una mirada, sin interrumpir su trabajo. El hombre tiene los ojos en forma de grano de café, hinchados y rasgados, el pelo rojo, se ha subido la cremallera de un chaleco con cuello de camionero sobre la bata y lleva un gorro de marino calado por encima de las orejas. Paula se presenta: me han dicho que venga aquí, que hará falta gente esta semana. El tipo la examina, se planta una mano en la cadera, avanza una barbilla mal rasurada hacia los planos de la logia dibujados en grandes hojas de papel prendidas en la pared como las piezas de un puzle, y consulta el reloj: vale, entonces llegas con retraso, esta mañana hacemos las cornisas de la logia, deja allí tus cosas.

Todo es blanco aquí -un local salpicado de leche-, hace frío y las voces resuenan como en un vestíbulo de estación. Un pequeño fregadero y un punto de agua, largas tablas de madera colocadas sobre caballetes, y por todas partes cubos de chapa galvanizada, artesas, recipientes de todos los tamaños, algunas placas de zinc. Los utensilios aparecen enseguida, colgados de clavos contra unas tablas. Los mangos barnizados, rojos o naranja, se pegan a los ojos, las cuchillas centellean y Paula se acerca a verlas, curiosa. Paletas triangulares o en forma de lengua de gato, escoplos, garlopas, compases de madera, espátulas de todo tipo, esperan la mano que al cogerlas desvele su misterio, revele su función, segura de que su forma, su manejabilidad, su masa conducirán a una acción singular que ella iniciará. Luego el tipo reaparece con la cabeza descubierta, enfundado en una camiseta, arroja a Paula un delantal que esta se pone y se anuda en la espalda estirando con un golpe seco, y deposita en la mesa el molde de silicona -el negativo de una cornisa esculpida que rematará la logia papal-. Mira a Paula y sonríe torciendo el morro: ¡Cinecittà es el reino de los estucadores, el reino de los charlatanes! Los demás se ríen con sorna en su rincón, Paula los oye pero calla, estoica, se acerca a la matriz de goma, intrigada. Yo te enseño, tú miras, y luego empiezas.

Llenó una artesa en el grifo y, a ojo de buen cubero, vertió el yeso como si supiera por instinto el porcentaje idóneo de agua y yeso, tras lo cual diluyó la mezcla hasta que afloraron unos islotes polvorientos en la superficie, entonces sumergió el antebrazo en el recipiente y lo removió todo hasta obtener una pasta untuosa. ¡La logia de San Pedro será tan ligera que un chiquillo de diez años podrá llevarla bajo el brazo! Acto seguido, cogió un pincel ancho de cerdas largas y flexibles, lo introdujo en el cubo y comenzó a caminar lentamente a lo largo de la mesa lanzando el yeso en el molde, hasta cubrirlo por entero. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? Hablaba mientras enjalbegaba, lejano, como si amueblara el silencio. Paula contestó sin alzar la cabeza, no lo sé todavía, ya veremos, y se concentra en lo que ve, el moldeado, el carácter concreto de su protocolo -e interrogándose a contrapelo sobre la realización del modelo inicial y sobre el molde de silicona-. ¡Ya está! El tipo dejó la brocha. ¡Y ahora armaremos el chisme, haremos una cornisa superresistente! Cogió una madeja de hilaza, removió las fibras, formó un lecho espeso que extendió en el molde, luego recogió la brocha y el cubo de yeso para impregnarlo todo, tranquilo, yendo y viniendo contra la mesa, la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás para ver bien su trabajo, el gesto preciso pero relajado, casi displicente, como si procediera sin pensar en nada, ni

siquiera en Paula, de pie ante él el moño de bailarina perfectamente recogido y la barbilla firme, un gesto que viene de lejos, y también tu calma, continuó: ¿no tienes a nadie detrás? Cambiaron una mirada, Paula captó dos fulgores azul oscuro en el resquicio de los ojos: no, no tengo a nadie. La sala del taller era tan sonora que se oía la conversación de los estucadores como si estuvieran sonorizados con micros de corbata, pero Paula no escuchaba más que el roce del cepillo en el estuco. El tipo la miraba de cuando en cuando, medía su cuerpo el compás en el ojo, integrando sus coordenadas anatómicas con precisión de cartógrafo, pero mantenía los movimientos de la muñeca tan perfectamente acompasados que el cepillo parecía trabajar solo, todo ello muy simple y muy enigmático a la par. ¿O sea que eres como un pájaro en la rama? Dejó el pincel para acabar de prensar las fibras con la mano, eliminando la menor burbuja de aire capturada en el estuco, amasó la materia cremosa que ya empezaba a fraguar. Luego se enjuagó largo y tendido las manos bajo el agua helada mientras Paula miraba cómo se endurecía la cornisa en la mesa, ¿y cuánto hay que esperar ahora? El tipo sacó su paquete de pitillos. Iremos a tomar un café. Añadió, con ojos risueños, ya verás, yo también soy un charlatán.

En vez de encaminarse hacia el metro al salir del taller, Paula dejó tras ella el sector ordenado de los estudios y dobló a la derecha en dirección a los decorados exteriores. El paisaje se deforma, el camino se torna terroso, los guijarros ruedan bajo las suelas y los charcos atraen a los mosquitos del final de la tarde. La luminosidad declina, pero el cielo es límpido después del chaparrón. Acaba de nacer el mundo.

El Charlatán pasó a verla la víspera mientras trabajaba con los acabados de la Capilla Sixtina, usando para ello un pincelillo de pelos de marta, esperando ver a Nanni Moretti, que al parecer rondaba por allí. La logia papal está en pie, la montaron ayer en el plató de Roma para las pruebas de luz, deberías ir a ver tu cornisa -los de alrededor se vuelven, ahora salta a la vista, sus sentidos están tan aguzados que no necesitan captarse con la mirada para saber que comparten el mismo espacio, a veces vasto, a veces poblado por decenas de personas, y aunque estén hablando con otros y se den la espalda, aunque los separen treinta metros, cada uno sabe que el otro está allí, y todos se preguntan qué esperan para apartarse juntos y tocarse por fin-; Paula se incorporó y se puso en jarras, claro, voy a ir a verla.

Es un porche y luego una explanada lustrada por la lluvia: una iglesia, una torre, palacios, casas de madera. Todo ello a escala humana, designando un lugar de la historia, un lugar del tiempo: *Firenze medievale*, indicaban los paneles. Sin embargo, el plató, construido unos diez años atrás, retrataba supuestamente otra ciudad, Asís, para el rodaje de una serie de televisión sobre la vida de San Francisco, *Francesco*, y los que la habían proyectado habían cuidado las referencias, y obrado al detalle a fin de satisfacer las exigencias de esa historia -Paula distingue el rosetón de la iglesia, la escalinata en media luna, las vetas horizontales de mármol, la forma cuadrada del campanile, su tejado plano y sus ventanas ojivales-, pero desde entonces ha sido reciclado, los elementos reutilizados, modificados. Así pues, no acaba de ver Asís, como tampoco Florencia, Padua o Bolonia, sino una ciudad del norte de Italia en la Edad Media, cualquiera de ellas, todas, un mecano que combina los hechos y los tiempos, un crisol donde las ficciones del cine se apilan por estratos, se entrelazan. Es un lugar apañado. En breve, durante un próximo rodaje, sería Verona, el verano, el halcón peregrino, el baile y las espadas, un balcón en la noche, el amor y el dolor, *¿el día es tan joven?* O tal vez Ferrara, o Mantua, o Siena, para un nuevo James Bond, y veríamos a Daniel Craig correr, trepar por la torre bajo las bombas, una escalada en esmoquin, una travesía de explanada en tirolina, la Walther PPK entre los dientes y los zapatos relucientes como espejos.

Paula avanzó hasta el centro de la plaza, impresionada por el volumen, el silencio, el vacío, y por el aspecto cerrado del plató, una insularidad que recreaba en el acto un mundo en sí, una caja escénica. Espacio lo hay aquí, pueden traerse grúas, cámaras, raíles de travelling, un equipo de rodaje, una multitud de extras, caballos, carretas, malabaristas y tragafuegos; es posible librar una guerra, organizar festejos, ejecutar a un traidor, bailar *farandoles*, y puede también esparcirse arena como se esparció el alba del 7 de febrero de 1469 en la plaza Santa Croce de Florencia

mientras se esperaba la aparición del joven Príncipe a caballo, poderoso y tranquilo, la mirada flotando por encima de la multitud que había acudido a verlo pasar, la larga capa de seda blanca con aderezos de armiño, la sobreveste de terciopelo revestida de perlas, el *mazzocchio* ornado de un diamante puro, él y los doce jóvenes de alto linaje que forman su destacamento, los señores de Florencia, los amos, en salud y en fuerza, que en breve cambiarán sus ropas de fiesta por armaduras de hierro y galoparán a grito pelado, romperán sus lanzas, pero que por el momento desfilan codo con codo, controlando con mano firme la fogosidad de su montura, y sorprende verlos tan erguidos tras la noche de desenfreno que han vivido, jóvenes de ambos sexos compartiendo borracheras y cuartos, tirados, boca arriba, estrujados, pellizcados, sobados, chupados, las mujeres poseídas de pie con las faldas arremangadas sobre la cintura, el cordón de las blusas roto, la hoja de la daga paseada lentamente por el vientre, hundida entre los pechos y levantada con un golpe seco, clac, y los pechos rodando fuera, suaves y cálidos, el hombro desnudo al punto perfilado en la penumbra, un canto rodado de río, y en ese calidoscopio de destellos y reflejos, de risas y gritos, de sudor y aliento, de jadeos de toda suerte, retornan una garganta tensa por el placer, la carótida endurecida del todo, una boca perlada de sangre, una barbilla chorreando aguardiente, un sexo oscuro y pegajoso, trepidando como un hormiguero, iluminado en una buhardilla con tragaluz donde habían acabado derrumbándose una vez que treparon arriba, sosteniéndose mutuamente en cada peldaño para no caer hacia atrás, donde acabaron desplomándose en un lecho de paja, velados por un rayo de luna, atracados, saciados, imágenes que ahuyentan ahora esos jóvenes jinetes ya serenos, la cabeza hundida en una cubeta de agua helada al primer canto del gallo, el cuerpo ceñido en una bata de lino fresco y luego engalanado con esmero, esos gilís que pierden la cabeza por los placeres costosos y violentos, dispuestos a matar, dispuestos a morir, el ojo vacío y el mentón regordete, todos al paso tras el Magnífico cuya extraña divisa pueden leer todos pintada en el estandarte de lidia «el tiempo vuelve»; entonces hermosas nubes doradas se amontonaron por oleadas encima de la plaza, la luz se tornó amarilla, o antes bien de un verde chartreuse, algo ácido y ferroso, Paula se precipitó hacia la iglesia, subió los peldaños de la escalinata, se detuvo ante la puerta ornada con clavos de hierro trabajados, pero conforme se acercaba, la sensación de relieve se esfumaba; la pintura recobraba sus derechos; Paula llamó a la puerta, que le devolvió un sonido hueco, el sonido del toc toc, y se la vio sonreír. Al llegar a la torre, examinó el muro pasando levemente el dedo por la juntura de los bloques de vitrorresina, cuya pátina, vista de cerca, era francamente tosca, una pátina que a buen seguro no habría tolerado la señora del jersey de cuello alto negro, pensó palpando las asperezas del material, pero unos metros más allá se paró en seco: una corriente de aire le heló la cara, el muro se desgarraba en ese lugar, entreabriéndose como un telón de teatro, dejando ver por la grieta otro mundo, un mundo que súbitamente le pareció a Paula tan misterioso, tan onírico como el decorado donde se hallaba: en primer plano un trozo de descampado, matas de espinos y hierba pobre, un poco de chatarra, y más allá, visible por encima de la muralla de Cinecittà, el suburbio cercano de Roma, el ruido de motores y bocinas en las calles adyacentes, y esos edificios donde las ventanas comenzaban a iluminarse, donde se encendía una radio, un ordenador, la tele, donde se encendía el gas bajo una cazuela de agua, donde encendían una lamparita en una mesilla de noche, donde se corrían otras cortinas que ocultaban otras grietas tras otros cristales, donde se bajaban estores en un balcón donde relucían mesas de plástico y sillones reclinables, a veces una bici de niño, un balón, y siempre, apiladas en los rincones, empapadas de agua, hojas y agujas de pino, un corcho, un elástico rosa, una cerilla quemada. Paula pegó su ojo marrón a la grieta y luego su ojo verde, las pupilas contraídas por el frío, miró largo rato a través

de la brecha, ese exterior que englobaba el paisaje, ese fuera de campo que incubaba la planicie. ¿En qué lado está el mundo de verdad? El tiempo vuelve, Paula sale de la plaza.

Ver los otros *backlots* antes de que caiga el día, andar un poco más deprisa. Detrás de la ciudad medieval es un suburbio de Nueva York en el siglo XIX, detrás del palacio de piedra es la calle de madera, un continente se vuelca en otro, las épocas se entrechocan, las escenas compiten, se empotran, se desgarran, y Paula avanza, ella liga esos mundos, tiene los ojos apropiados, ella ve cómo la violencia sanguinaria de las justas aristocráticas deriva hacia la de los gangs, el terciopelo se convierte en pingajos, el torneo se transforma en pelea, una riña con puñal acaba en duelo, como si solo un combate singular saldado con la muerte pudiera convertir a hombres en héroes y crear una leyenda, pero para Paula siempre es la misma violencia.

A lo lejos, a contraluz, altas construcciones forman una muralla tambaleante, y el viento que se levanta hace temblar los andamios, restallar los toldos, silbar las tablas despegadas, un estrépito similar al de los puertos deportivos cuando hay mar gruesa más allá del dique y los torbellinos golpean los cascos; que las drizas tintineen es normal, piensa Paula, esto es el litoral, es un puerto, y amusga los ojos mientras se abre el decorado de *Gangs of New York*, rodado allí diez años atrás, y ocupando tres platós distintos: Broadway, Five Points y los muelles del puerto. Una obra colosal para contar la génesis de un mundo, meses de trabajo, los equipos técnicos saturados, y Cinecittà de nuevo convertida por un tiempo en lo que ambicionaba ser, Hollywood on the Tiber. Los del taller de pintura que participaron utilizan para evocar el término «faraónico», se les llenaba la boca, se golpeaban la barriga y se palmeaban el hombro, acuérdate, acuérdate, imitaban a Scorsese, su voz nasal y su hablar de metrallera, reinterpretaban la película, y a Paula le gustaba oírles contar cómo habían recreado Five Points, aquel barrio de Manhattan, dos o tres cruces, algunas calles, algunos arpendes de calles, el lugar donde venían a hacinarse, presas del pánico interior y del terror general, los irlandeses a quienes la hambruna había expulsado de sus pueblos, seres que pelearon por un sitio en el pañol de un barco zarpado de Cork y escupían sangre en pellizas harapientas; el lugar donde se apretaban, libres, desvalidos, apenas escapados de la esclavitud que había durado más de cinco siglos, los negros que querían huir del Sur y subían hacia el Norte, y la multitud de aquellos para quienes aquel lodazal era una promesa, para quienes aquellas zahúrdas sofocantes en verano, gélidas en invierno, vaciadas a la primera epidemia, aquellas callejas superpobladas donde el hambre era toda la relación con el mundo, donde imperaba el vicio, ese suburbio del que se salía curtido para siempre, inmune, eran una entronización de América, un espacio intermedio donde tomar impulso hacia una vida posible.

Los decorados enmarañan las imágenes que forman la trama del mundo, se superponen y se amalgaman, la laguna seca de Cinecittà -la *piscina*- muestra la ciénaga contaminada sobre la que se había construido Five Points, una cloaca drenada en 1820, pero rezumante, tanto es así que el suelo del suburbio de Nueva York se convertía en barro con los primeros aguaceros, se chapoteaba allí dentro, se resbalaba, Paula por ejemplo resbala, está en un tris de caer hacia delante, lo evita remolineando los brazos, contempla sus deportivas enlodadas por la tierra que se había aplanado allí, revuelta, desfondada, y viene a ser como si se hubiera incorporado al decorado, camina por el suelo esponjoso de Cinecittà, pero es otra ciénaga la que le pasa por la mente, un campo a orillas del Sena, un poco antes de Le Havre, el estuario ensanchado en aquel lugar, el puente de Tancarville alto y rojo en el cielo blanco, enorme, y sus padres pequeñitos abajo, afanosos, un decorado de cine, había murmurado su padre, que fotografiaba a su madre con

vestido de tirantes -tu vestido de cables-, él retorciéndose de risa, haciendo de profesional, alargando las erres, cariño, cariño, estás guapa, cariño, y ella haciendo de actriz por primera vez, patosa y contoneándose, radiante, alzando el codo detrás de la cabeza, fumando un cigarrillo, exagerando la pose, y mirando hacia mar adentro, hacia el puerto precisamente, y ella, la pequeña Paula, caminando hacia la orilla mientras ellos se hacían su película, hipnotizada por el crepitar de las hierbas, aturdida por la crudeza del aire, cautivada por las cochinillas violetas y las lombrices rosas -animalillos que respiran por la piel, descienden a la profundidad del suelo para ventilar la tierra-, avanzando por una zona de maleza, los pies en el agua. Y de pronto plof, un agujero, se hunde aspirada en el cieno, sus manos se aferran a las matas de hierbas sin lograr convertirlas en cordaje, sus brazos se ven incapaces de auparla lo bastante alto como para que pueda plantar los codos en el borde del agujero, luego una rodilla, y salir de allí, a tal punto que vuelve a caer, salpica su camiseta nueva, sus gafas nuevas, y todas esas imágenes que la asaltan, imágenes en blanco y negro de mano solitaria progresivamente sepultada en una marisma brumosa, pero también imágenes en color en las que Pierre Richard se sumerge en unas arenas amarillas diciendo «si reacciono me hundo más, todo el mundo lo sabe, no hay que agitarse en las arenas movedizas» -a Paula le encantaba aquella escena, su padre y ella se sabían de memoria los diálogos de la película-, así que dejó de moverse, cerró la boca y los ojos, aterrorizada ante la idea de desaparecer mientras su padres retozaban en un campo por la carretera de Le Havre, ante la idea de morir enterrada sin dejar rastro, sin más testigos que las gaviotas volando desbandadas por encima del río, ya que ningún conductor que cruzara el puente podía verla, ninguno, era una niña que tendía la mano hacia el cielo, una niña en un espacio monumental totalmente absorbida, aspirada por el fondo de la tierra, hasta que sus padres volvieron la cabeza, escudriñaron el entorno con la mirada y comenzaron a gritar su nombre, ¡Paula!, ¡Paula!, avistaron en la maleza la cabecita de cabello dorado y se precipitaran, aterrados, alcanzando el agujero; su madre bajó la primera por aquella especie de poza fangosa mientras su padre gritaba no, no te muevas, que voy yo, los tres agitándose al poco en el barrizal sin pararse a pensar, apretados, nerviosos, los padres viéndoselas y deseándoselas para extraer a su hija del cieno, hasta que uniéndose para cogerla por las axilas, sosteniéndola por las caderas, hop, y una vez que salieron del barro, se desplomaron en la hierba caliente, jadeando, resoplando, agolpados, los tres corazones palpitando al unísono en los pechos, Marie percatándose al final de que la niña había perdido una sandalia, ¡es como en la película!, exclamó Paula abriendo unos ojos como platos, fascinada, ha sido como Pierre Richard en *La cabra*, y su madre, sosegada, metódica, levantándose lentamente el vestido embarrado sobre las espléndidas piernas para volver a bajar a la fosa, introducir el brazo, y hurgar hasta extraer, triunfante, la pequeña sandalia, nueva también.

Cae el día, el aire se carga de añil, es la hora en que los animales nocturnos salen de las madrigueras, rozan las cercas, difuminan las lindes entre los mundos, y Paula se escurre en el decorado, descifra los nombres en los escaparates de tablas, esos nombres de figones y de tiendas que el hielo ha desconchado, que la lluvia ha descolorido, que el sol de Roma ha blanqueado, nombres que ahuyenta como tesoros y como presas, aquellos nombres que poblaron Nueva York y aparecían en ese mismo instante en pantallas de ordenador en las salas gélidas de Ellis Island, listados en bases de datos que consultaban aquellos que querían saber lo que había ocurrido, y reconstruían trayectos con huecos, nombres en los que ella buscaba instintivamente aquellos que habría podido conocer -Seamus O'Shaughnessy, Duane Fisher, Finbarr Peary, Svevo Krankowicz,

Theodora Dawn-, entre los que busca instintivamente el suyo, Karst, un nombre de paisaje, un nombre que refleja la erosión del tiempo, el ahuecamiento de la piedra, los ríos subterráneos, las galerías oscuras y las habitaciones ornadas en un suelo calcáreo, Paula Karst, pronuncia su nombre en voz alta, tres sílabas que refulgen en la atmósfera, entreabren la noche de Cinecittà y la conectan con el cosmos, mientras ella da un puntapié en los restos de los tugurios de Five Points, evita los cristales rotos de las ventanas de guillotina, y asoma la cabeza por las puertas hundidas lo justo para ver lo de detrás, la caverna oscura de suelo arenoso, olor a polvo, el almacén de madera y metal que se alza a treinta metros de altura, el andamio raquítico pero curiosamente sólido en el que rechinan, frágiles, puentes y pasarelas, rellanos y trampillas, todo ello ajustado con barras y postes provistos de mosquetones, por albañiles a quienes habían metido prisa desde el suelo.

Correr, remontar el tiempo, volver a Roma. Paula salta por el adoquinado. El último plató, monumental, yuxtapone a lo largo de casi dos hectáreas las altas esferas de la historia romana para las exigencias de la serie *Roma* -ficción repleta de sexo y de sangre que suscitaba entre los del taller encogimientos de hombros, incluso una expresión de asco con la mano en la tripa como si el nombre de la serie les provocase náuseas-. Paula localiza la tribuna de los Rostra, el Foro, la basílica y, más allá, erguida en la parte trasera de una tosca muralla, aislada, la logia de *Habemus Papam*, rara como una escultura. Tres ventanas, tres columnas, un balcón, cortinas púrpuras, que se pliegan en la noche, un encuadre apretado en una grieta oscura. Paula se acerca, la logia es real, aprestada para el cine y técnicamente tan perfecta que el humo de su cigarrillo, ascendiendo en blandas espirales hacia el balcón, se condensa en una señal blanca, que anuncia la aparición inminente del papa recién elegido.

Los artesanos trabajaron ahí en la gran tradición de los estudios, y demostraron su maestría; joder, y aún podemos dar las gracias de que se haya rodado en casa esta serie, había mascullado el jefe de pintura encargado de elegir los colores del decorado, entre ellos ese rojo oscuro que cubría las paredes, un rojo no debía ser ni demasiado amarillo ni demasiado azul, sino algo entre el rojo ladrillo y el rojo sangre de buey, ¡los *sandaloni*, ese es el meollo de nuestro oficio! A partir de entonces, aquel plató suplantó a todos los demás, pasó a ser la atracción del circuito turístico, la última etapa de una visita al término de la cual el guía exclamaba: «Retorno a Roma. ¡Se ha rizado el rizo!» Los turistas, por su parte, que a veces habían visitado los vestigios del Foro romano el mismo día, y caminado por las ruinas, y recalaban en Cinecittà, extenuados, espantados, se deleitaban al encontrarse la ciudad antigua intacta, o casi, a unas estaciones de metro del centro: reconocían los lugares de la serie y, súbitamente entusiastas, posaban y se fotografiaban mutuamente, encajados entre sí en mundos como muñecas rusas.

Pero para Paula, que se sopla en los dedos helados, la ciudad de los legisladores, de los conquistadores y de los traidores no es más que un impresionante catálogo de perspectivas pintadas, de columnas de resina, de estatuas de yeso y de celuloide. De pie en medio de la explanada, engloba el decorado en pequeñas tomas laterales y cada imagen que se forma alberga el mundo, pero ese mundo no es Roma, es Hollywood on the Tiber, ahí está, la fábrica de sueños, el gran bastidor, el instrumento de propaganda -«*il cinema è l'arma più forte*»-, un paisaje de cartón piedra que evoca los desfiles del Duce y los cientos de películas rodados aquí para gloria del fascismo, y que moviliza los péplums de la edad de oro de los estudios, citando las secuencias kitsch o legendarias, un milhojas de fotogramas fundidos en una sola imagen que desfila de

continuo.

Es el interior de la noche. Paula ha sacado el móvil para iluminar sus pasos, ha pensado que los guardias de seguridad no tardarían en iniciar una ronda, en enfocar en la penumbra luces mucho más potentes que su teléfono, linternas cuyos haces de largo alcance penetran también en los rincones muertos del decorado. Es ahora la arteria de un barrio populoso de Roma, una calle de mala fama flanqueada de casas bajas, puestos de artesanos, talleres. Verjas atrancadas con candados cierran pasajes donde reposan los restos de rodajes anteriores, fragmentos de capiteles esculpidos, ánforas, ruedas y carretillas, ejes oxidados, estatuas de yeso, y todo un revoltijo de tablas y piedras, de émbolos y estacas; objetos que transitaban de una a otra ficción retocados. Una calle que se asemeja en la noche a un yacimiento de excavaciones arqueológicas, o al menos a la idea que Paula se hace de eso; entonces se aparta de la calzada, paseando la luz del teléfono por los escombros, escrutando el suelo como si pensara encontrar allí algún tesoro, una tesela de vidrio, un pedazo de terracota, una moneda de oro. Son las ruinas falsas de ruinas verdaderas, las ruinas verdaderas de ruinas falsas, Paula avanza como atrapada en la puerta giratoria de un hotel de lujo, y en ese remolino un círculo de imágenes cuyo eje de rotación es ella desenrolla su carrete, una cinta continua, amalgama de puertas y andamios, de escombros de ciudades y de restos de puertas, de grúas, de chimeneas gigantes, de acantilados mortales y de orillas sembradas de cadáveres, de campiñas llenas de baches, un paisaje volcánico y calcinado donde nada podrá ya enderezarse. Luego la puerta giratoria aminora su movimiento, el torbellino afloja su abrazo y Paula se inclina para soplar, manos en las caderas -una corredora que escupe al final de la pista de ceniza-. Se arrima a una columna. Es el final, piensa, el final del circuito. El final del gran cine. El frío de la noche comienza a pesarle sobre los hombros, y a la luz del móvil aparece musgo. Musgo extendido en formas aleatorias en el lugar donde ella creía caminar por un suelo hundido, sobre placas de hollín, musgo embutido entre los adoquines, desliado entre las anfractuosidades de los muretes, crecido en los intersticios de las tablas, una redecilla vegetal cada vez más extendida conforme Paula, fascinada, la aviva con la linterna, una película tejida a ras del suelo, densa, flexible, similar al pelaje de un animal, musgo que sobrevive. Solo los lugares permanecen al final, al final de todo, se dice al borde de las lágrimas, solo los lugares continúan, como ruinas, como musgo, persisten, una lona que restalla sobre una barra de metal, habitaciones vacías tras un andamio, una losa de hormigón hendida por las hierbas. Sus zapatos están enlodados y sus ojos consumidos.

La fama del Charlatán mueve a la prudencia, se encargan de informar a Paula. Se mete por todas partes precedido de la *fama* de los vividores, de la reprobación y de la envidia que suscitan los seres dados al placer -si hay alcohol bebo, si hay música bailo, si hay una piba guapa hago el amor con ella-. No te fies, Paula, no te fies de él, que no es trigo limpio, es un inconsciente -la maquilladora se inclina sobre el rostro de Paula y le aplica sombra diferente en cada ojo, con objeto de resaltar lo de los ojos de distinto color en vez de disimularlo, al igual que se acentúa un defecto para transmitirle singularidad-. Paula le agradece el consejo, pero esas prevenciones no hacen sino provocar el efecto contrario, como es obvio, tanto es así que acude a todas las citas que le da el Charlatán, quien la inicia poco a poco en los decorados de cine. Hijo de un luminotécnico que había trabajado durante más de treinta años en las películas de Fellini, y de una peluquera que colocó los primeros rulos en la cabellera de Jane Fonda para *Barbarella*, es el príncipe del reino, el memorialista de los obreros de los estudios. Pretende ser el único que sabe lo que contienen los almacenes de accesorios donde se aglutinan los objetos de tres mil películas, que puede localizar una Venus de Milo, un busto de Einstein, un casco de hoplita de los talleres de la familia De Angelis -cuatro generaciones de escultores de Cinecittà desde la Segunda Guerra Mundial-. Tutea a todo el mundo, halaga a todas las mujeres, da un abrazo a los hombres. El *teatro 5* es como mi cuchitril, lanza jactancioso a Paula, que camina pisándole los talones mientras regresan ambos a los *backlots*, la joven inmediatamente desconcertada por los decorados, que le parecen de lo más tosco en pleno día, horrorosos, tan lejos de los trampantojos perfectos que aprendió en Bruselas. ¡No resulta nada creíble!, exclama. ¿Cómo va a ser creíble? Le rodea los hombros con el brazo y la lleva hacia el Foro: tiempo atrás, hundieron un auténtico transatlántico con varios cientos de extras para filmar el naufragio del *Titanic*, ¿lo sabías? Rodaban batallas antiguas contratando a miles de extras a quienes se armaba con venablos, lanzas, a veces se herían de verdad, ¡para ellos todavía mejor! -exhibe dientes espléndidos, acerados como navajas-: se subestimaba el cine, sus recursos, sus soluciones propias, se echaba el resto para que el espectador diera crédito a lo que veía: tenía que «parecer real». Paula escucha, silenciosa, recuerda haber creído de niña que los extras que morían en la pantalla morían de verdad, que se presentaban a actuar en la película porque eran candidatos a la muerte y que morir en un western -caer del tejado de un salón derribado por una bala de Colt o con el corazón traspasado por la flecha de un apache- era una buena manera de irse al otro mundo, el cine se encargaba en cierto modo de hacerlos morir por la puerta grande, de hacerlos existir en la muerte, y al tiempo que siente la mano del Charlatán demorándose sobre ella, Paula revive la cara atónita de su padre la noche en que le preguntó al respecto mientras ellos estaban apoltronados el uno contra el otro ante la tele, una manta en las rodillas, una pantalla donde sonaban disparos a mansalva, sin duda un espagueti western de los que se rodaban a porrillo en Cinecittà en los años sesenta -unos cuatrocientos entre 1954 y 1963, no está mal, los productores sacaban partido al cielo añil y a una mano de obra barata pagada en liras-, Guillaume estupefacto: ¡pero bueno, Paula, que es de mentirijillas, que es solo cine! Y mientras ella rememoraba aquella noche decisiva, el Charlatán proseguía, enumerando las normas de la fábrica de ilusión allí aprendidas, desplegando un dedo a cada argumento: un decorado no debe ser real, sino lo justo, lo justo técnicamente, lo justo para el

cine; o: un decorado natural suele resultar artificial en la pantalla, ilegible, entorpecido por una serie de cosas inútiles, por eso mismo se crea en función de la película por hacer; o: mira, no se construye por lo general más que lo que el espectador puede ver del decorado, se evitan las partes altas, las más costosas, las más difíciles de realizar, aquellas en que los actores no aparecen -tal es el caso de la logia de *Habemus Papam*-. Más adelante, se sentaron juntos en los escalones de un templo de resina que había sobrevivido a la caída del Imperio romano, y el Charlatán apartó la mano de la clavícula de Paula para señalar el paisaje que los rodeaba: te figuras que tu ojo es como el objetivo de la cámara, pero el ojo humano es una pequeña máquina supermóvil, mucho más compleja -apuntó un dedo índice hacia sus ojos hinchados, entreabiertos, cuyos iris no eran azul oscuro en ese instante sino de un castaño rojizo-, el ojo no ve claro más que una fracción de segundo, pero es incapaz de memorizar esa percepción y de integrarla en la siguiente de modo que el cerebro produzca una imagen completa, no percibe la imagen en plano ancho sino que explora en el interior por toques sucesivos, selecciona, organiza, y reconstruye lo que la cámara ha registrado como una totalidad, como un bloque; en definitiva, la función de la imagen, en el cine, es permitir que el ojo capte de inmediato los elementos necesarios para la comprensión de la película -se ha levantado de un salto, ha girado sobre sí mismo-: todo esto no es tosco, miss, sino altamente técnico, adaptado a tus ojos.

El contrato de Paula entra en su último mes, sigue sin haber visto a Nanni Moretti pero de súbito se aceleran las cosas. Le piden que pinte un mármol para las escenas de interior de *Habemus Papam*, rodadas en el palacio Farnesio, un panel de cipolín: dimensiones importantes y plazos breves, te las apañas, prenda, por lo visto eres una especialista, el jefe de decorado le da una palmada en el hombro y Paula se ruboriza violentamente y se aleja para cerrar los ojos, traer a la mente en el acto la imagen de la piedra y toda su resonancia. En la rue du Métal, habría dosificado en la paleta verde inglés, azul ultramar, marrón Van Dick, ocre y negro, habría respetado cada etapa, ondulado su fondo, realizado la veta redondeada utilizando el pincel de veteadado, que habría cargado de negro, ocre y verde, luego habría disuelto las vetas con un pincel plano, suavizado todo con el pincel cola de bacalao y ejecutado un glaseado con aceite, pero aquí, recordando la lección del Charlatán, procede de otro modo, prefiere atenuar el conjunto, hacer que recuerde los lechos de mica y el microplegamiento de la roca en forma de almendra que caracterizan ese mármol cristalino, de reflejos verdes, las cloritas. ¿Resulta creíble o no?, le pregunta el Charlatán asomado a su cuello al final de la jornada, gorra en mano. Resulta creíble, replica ella, y es como arrojarle al agua fría: se vuelve sobre ese rostro a treinta centímetros de distancia, sobre esa boca a la altura de la suya, que besa, llevada por su impulso, un beso que se prolonga más allá de los labios, la boca del Charlatán convirtiéndose bajo la lengua de Paula, ligada a su aliento, en algo vasto y pleno, de una simplicidad tal que el instante alcanza una profundidad inesperada, entonces las manos se abren, se despliegan los dedos, una gorra y un pincel caen al suelo, las palmas van a los cuerpos, las cuatro, se plantan y se pasean, cada vez más rápidas, los dedos desatan en la espalda el nudo del delantal, bajan la cremallera del jersey, desabrochan los primeros botones de la blusa, alzan la camiseta, hasta que los pies se impacientan también, emprenden la marcha fuera del taller, por la estrecha avenida donde los pinos parasol, iluminados por abajo, envían a las paredes una redecilla negra que los sigue apretando, tras lo cual se produce el paso del recinto de los estudios, el descenso al metro, Paula y el Charlatán se internan bajo la ciudad, pegados en el andén y en el túnel que ruge, pegados contra el cristal en el

vagón que retiembla -colgados por los brazos en la barra transversal, impúdicos, hablándose, es una locura, sin siquiera despegar los labios; ¿qué tal?, bien; ¿vamos a mi casa?, vamos a tu casa-, pegados en el pequeño ascensor de la vía del Bosco, y en la minúscula habitación de Paula, en el sofá cama que los echa a uno encima del otro, abocados a pasar la noche tumbados debajo mismo de la ventana, tanto es así que al día siguiente tienen los labios ribeteados de rojo, hinchados, y ese día, como si todo cristalizara al mismo tiempo, todos los del taller de pintura se aproximan al cipolín para verlo de cerca, se echan hacia atrás y hacia delante una y otra vez, y los pintores con experiencia, los tipos creidillos y las chicas arrogantes, todos tuercen el gesto moviendo la cabeza, no está mal, miran a Paula con otros ojos, pero a ella le importa un rábano, ya encaminándose al taller vecino para reunirse con el Charlatán y recoger el pórvido de una columna caída la víspera del remolque de un camión que circulaba demasiado rápido por la plaza de la Señoría de Florencia, un elemento de decoración que pulen los dos como pulen los días siguientes su manera de hacer el amor, Paula turbada por su cuerpo pesado y ardiente, las palmas rasposas, la claridad de los movimientos, él descubriéndola sorprendentemente guapa -como si desnuda diera todo de sí-, y más decidida de lo que hubiera pensado, turbado por su mirada divergente, por su ojo verde salido del raíl, siempre en otro lugar, y ello hace que no experimente la sensación de poseerla por entero, mírame, le pide, excitado, inclinado por encima de ella y poniéndole las manos como anteojeras en los ojos. Y Paula, que hasta entonces insistía en su aversión a las relaciones profundas, pretendía no mezclar nunca el trabajo con los afectos -como si los sentimientos no estuvieran siempre por todas partes, ocupando el terreno de la existencia-, terminante sobre ese punto, segura de sí misma, sin duda porque le sucedían pocas cosas, hay que reconocerlo -apenas había percibido la atmósfera de licencia sexual que impregnaba la casa el verano del paonazzo, aquellas manos que se posaban en su trasero, aquella manera de insistirle en prestarle un traje de baño, para que se bañara, para que bebiera alcohol y se abandonara, no se puede estar trabajando todo el tiempo, bien hay que disfrutar un poco, le decía la dueña que sin embargo apenas daba golpe, pero hacía tintinear sus pulseras con donaire al tiempo que la examinaba con los ojos entornados-, Paula lo mezcla todo.

Por la noche, va a buscar al Charlatán al taller de los estucadores, mientras espera a que acabe lo observa trabajar, sentada sobre un bote de pintura, un vaso de café ardiendo entre los dedos, hipnotizada, le gustaría que esos gestos se estiraran, que retardasen el paso del tiempo, que impusiesen una imagen por segundo, no más, para que pueda fijar la escena, y muy pronto la chica que daba media vuelta al acabar el trabajo y cerraba el bote de pintura, clac, con la satisfacción concreta pero un tanto breve del trabajo bien hecho y pagado como debe ser, muy pronto esa chica es inencontrable: antes mismo de abandonar Roma, Paula mira Roma por encima del hombro. ¿Estás enamorada o qué? -Kate, los párpados ribeteados de pestañas falsas gigantes, una cruz céltica encajada entre los pechos-, adelántate hacia la luz, acércate más, que te vea bien en la pantalla. Paula obedece partiéndose de risa mientras la otra, en Glasgow, la escruta muy seria, una arruga surcándole la frente, y anuncia, solemne: he decidido irme a vivir a París, tendré que tenerte controlada cuando vuelvas, no piensas lo que haces.

Un día, al salir a fumar y descubrir el invierno que no ha visto venir, recluida a cal y canto en el cobertizo cerrado, sorprendida por la nieve caída en una fina capa sobre los árboles, tejados y capós de los coches, Paula divisa a un grupo de turistas que visitan los estudios, al que se suma sin empacho, las manos en la cintura. El guía, situado en el centro del corro, es un estudiante largo

y flaco, de tez amarilla y barba astrosa, vestido con una pequeña cazadora vaquera demasiado ligera en ese día gélido, cuenta la historia del lugar, abre un intersticio entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la edad de oro de los péplums, cinco años, un tiempo durante el que Cinecittà pasó a ser un campo de refugiados, similar a los que siembran actualmente la superficie del globo, y similar sin duda a lo que era Five Points en Nueva York hacia 1880 en lo que se refiere a la promiscuidad acerba, la extenuación y la mugre, o sea mil ochocientas personas desde 1945, una multitud de seres anónimos que la guerra había dispersado antes de arrojarlos allí, la ciudad del cine, y, entre ellos, judíos de vuelta de los campos, exiliados de Dalmacia, colonos de Libia, hacinados todos ellos en el gran *teatro 5* en catres a dos niveles, y en precarias celdas apenas tabicadas, los escenarios de la ficción cinematográfica transmutados en escenarios de vida, la gente nace, muere, crece allí dentro, se traga sopas claras, sin jamás hallar reposo -demasiado ruido para dormir: los ronquidos y los sollozos, a ratos los gemidos del sexo, y esos gritos de terror que brotan de las pesadillas y despiertan a todo el mundo-, la gente se aburre, vegeta, y eso durante cinco años. El nombre de Cinecittà se troca en el de un muladar humano.

El grupo de turistas se aleja en silencio, pero Paula no se mueve. La de cosas que han pasado aquí, ¿eh? La voz del Charlatán, que acude a su encuentro, las zapatillas de deporte en la nieve y las manos hundidas en los bolsillos traseros de sus tejanos, la pelambreira rojiza, a Paula se le encoge el corazón. ¿Sigo? Te escucho. Entonces el Charlatán concluye de un tirón: en 1950, la ficción toma de nuevo las riendas, el cine retorna a Cinecittà bajo los rasgos de Deborah Kerr haciendo de pura heroína romana, llega el rodaje de *Quo vadis*, el péplum que relanza los estudios, el arquetipo, y, entre los refugiados de la guerra que aún malviven en el *teatro 5*, desechos de un conflicto que se quiere olvidar pero que ronda por allí, algunos, contratados por la productora, entran a formar parte de la película, y vuelven a ser siluetas, extras de la historia.

Tú y yo podríamos formar un buen equipo. Es la última noche en Roma, el Charlatán está desnudo, y el agua humea en la bañera. Por la puerta entreabierta, Paula lo observa desde la habitación oscura, hundido hasta el cuello en una espuma excesiva, el perfil filtrado por el vapor pero tornasolado bajo la lámpara, rutilante, los ojos cerrados. Ante esas palabras, Paula ha oscilado sobre la espalda en la cama deshecha, los dedos entrelazados bajo la nuca, los codos alzados, prominentes, dos alitas dinámicas, las largas piernas cruzadas en los tobillos, y sin despegar los ojos del techo ha replicado con voz clara: una asociación de malhechores más bien, ¿no?, juguetona ahora, actriz. El Charlatán no contesta, pero se sumerge lentamente en la bañera, las nalgas se deslizan hacia delante de la bañera, la espalda bascula hacia atrás, la cabeza desaparece en el burbujeo, la espuma disminuye en el chapoteo y las corrientes contrarias, todo dura unos segundos, hasta que reaparece, el pelo alisado, mientras declara, pensativo: podríamos refundar lo que ha desaparecido. Ahora, se despliega en vertical, macizo y espumoso, el vientre enorme, la piel lustrada por finas gotillas, los pelos del torso y del pubis tiesos y de nuevo rizados, sale de la bañera y vuelve a la habitación, las caderas ceñidas en un pareo de felpa, a contraluz, entonces Paula prosigue: podemos hacer volver lo que quedó olvidado. El rayo de luz brotado del cuarto de baño, libre, se estampa en la cama y hiende a Paula, sus pechos, su vientre y su sexo aparecen a lo ancho del trazo -esferas abombadas, bañera convexa y triángulo isósceles- y Paula añade: podríamos recuperar lo que se ha perdido. El Charlatán desenrolla el pareo, sí, algo así, y comienza a vestirse, expone su ropa bajo la luz para distinguir el revés del derecho, se embute los calzoncillos, la camisa -no la desabrochó la víspera sino que se la quitó por arriba con ayuda de Paula ya desnuda, que se la levantaba a lo largo de los brazos alzados, puesta de puntillas, arqueando los ojos sobre ese vientre desvelado de golpe, pálido, abdomen pesado, mullido, el ombligo deformado en foliolo negro. El sexo pálido, tras lo cual, la tela había planeado a través del cuarto, arrojada-, añade: seríamos auténticos falsificadores. Y Paula lo mira vestirse desde la cama, turbada de que la escena sea tan real siendo la habitación sin contornos, fibrosa, espectral, concluye con calma: auténticos pintores.

Acaba volviendo. Pasa dos años más entre Roma, donde el Charlatán, posesivo y distante, lleva el agua a su molino, y el norte de Italia, donde tiene sus trabajos. Se crispa, busca una salida. La restauración completa de un palacete situado en la Île Saint-Louis le brinda una ocasión de oro para volver. Batalla para formar parte del equipo con un ahínco que la sorprende, agota su saldo telefónico llamando varias veces al día al arquitecto ruso encargado de las obras, y en cuanto consigue el contrato, liquida su vida italiana; se echa de ver aquí la brusquedad de sus actos, como si toda decisión suya no pudiera sobrevenir sino bajo la forma de un corrimiento de tierras. Mucho tiempo después, dirá, intentando elucidar las razones de su retorno a Francia, y pensando en la historia de amor con el Charlatán, que no pudo retenerla: ya no creía en eso.

Sus padres, claro está, le preparan la cama y le abren los brazos. La primera noche cocinan para ella un suntuoso cuscús con cebollas amarillas caramelizadas, garbanzos y pasas de Corinto, y descorchan un vino de calidad. Es la hija pródiga, aquella cuyo retorno inesperado la hace más preciada, y que resurge, bilingüe, abigarrada, las mejillas curtidas por el aire de la calle, aquella que recobramos como una parte de sí misma, cuya piel de las muñecas acariciamos, su timbre de voz y el rabillo de sus ojos plisado en forma de abanico japonés los reconocemos en el acto, pero que, con el correr de los días, al observarla de soslayo, vemos que es una desconocida. Paula, en cambio, se sorprende al ver que la rue de Paradis no se ha movido, el mecanismo interno de la casa apenas desgastado cinco años después, marcando la cadencia de un movimiento perpetuo. En esos cinco años, qué duda cabe, Guillaume y Marie han envejecido, el pelo más estropajoso, la piel del rostro surcada de arruguillas que vistas de frente no se notan aún pero con luz oblicua revelan su relieve, los cristales de las gafas más gruesos, las caderas más cargadas, y sin duda el recuerdo de la última carrera queda lejos. Pero su unión, pulida por el tiempo, es ahora tan emocionante como una obra de arte: ¡hola, artistas!, así se dirige a ellos Paula por la mañana, cuando toman un último café de pie en la entrada, retocándose mutuamente el uniforme de combate, traje impersonal, corbata oscura, chaqueta sobria, se miran al fondo de los ojos una última vez antes de abrir la puerta del piso, cada uno a su lugar de trabajo, ¡hola, performers! Treinta años llevan juntos, los miramos como a animales curiosos, como a monstruos, les preguntamos sin empacho los secretos de su longevidad amorosa al tiempo que despreciamos el que se contenten con una sola vida cuando es posible enfrentarse a varias, los comparamos con una isla desierta, con el aburrimiento, con el metal inoxidable, con el hábito, esgrimimos teorías cuando Paula se les acerca como a aves raras, da vueltas a su alrededor, conmovida por esa alianza que sabe profunda y misteriosa. Pasada la alegría del reencuentro, cada cual vuelve a sus costumbres en la casa; Paula goza rápidamente de una entrada independiente por la escalera de servicio, mientras espera verlas venir.

La obra de la Île Saint-Louis se ve perturbada las últimas semanas por el lavado de cara de un fresco del siglo XVII bajo la capa de revestimiento de una restauración anterior, una pintura a punto de desaparecer un poco más bajo la nueva apariencia y que se trata de salvar. Es un estreno para la Paula actriz del acontecimiento, que se pone cada día una mascarilla y un mono de

protección de polipropileno, y se pega casi a la pared, provista de un cúter, de diferentes pinceles y de un plumero «de ala de oca» para rascar la pared, y revelar lo que no es aún más que una presencia espectral, oculta bajo el yeso. Unos expertos se personan para fechar el fresco, identificar el estilo, elaborar un relato posible, dramaturgia de la pérdida y del retorno, encienden las lámparas Wood, sacan lupas, extraen pigmentos y polvos, provistos de un material similar al que utilizan los miembros de la policía científica en el escenario de un crimen, y además interrogan a Paula. La joven testifica con precisión sobre el instante en que el revestimiento se resquebrajó, en que el aire se coló bajo la corteza, aumentando la grieta y haciendo caer al suelo un fragmento de yeso no más grueso que una uña de bebé, un jirón de material que nadie vio caer pero que creó un acceso, minúsculo pero hartamente real, a la pintura de debajo. Luego refiere cómo agrandó el agujero con un raspador -el yeso se disgregó en formas aleatorias- hasta revelar un pétalo, una rosa, un jardín, un mundo que se abría progresivamente ante los ojos de quienes a diario pasaban a ver lo que aparecía, y permanecían allí como ante un espectáculo, algunos lanzando apuestas, esperando ver una mujer desnuda, por qué no una odalisca de Boucher, tumbada boca abajo en los cojines, la nalga rotunda e insinuante, la mirada provocadora, una escena tan escandalosa que habría habido que cubrirla para ahorrarse el pecado a la esposa mojigata del propietario de la casa, o más, si cabe, a su hija de catorce años, ya bastante desvergonzada, yo qué sé, Paula formulaba hipótesis, despegando poco a poco los bordes de la imagen, descubriendo blancos rosados, verdes esmeralda, mientras los que tenía al lado apostaban ahora por una escena de caza en un bosque real, el de Fontainebleau, el de Compiègne, y auguraban un gran ciervo acosado por perros lanzados a la carrera, detenido bajo un roble oscuro salpicado de bellotas doradas, el cuello, la garganta y la cornamenta tendida hacia el cielo en un movimiento a la par digno y desesperado en tanto que a ras de suelo una horrible jauría le mordía las patas, una escena que no habría gustado al comprador del palacete hacia 1750, una escena demasiado sentimental a su gusto, de las que hacen llorar a los niños, estimulan la sensibilidad de las hijas y la pusilanimidad de los hijos. Al cabo de dos semanas de trabajo y de espera, sacan a la luz, desplegada sobre un espacio de cinco metros de ancho por tres de alto, una composición animalista situada en el interior de un paisaje ideal, con motivos de florecillas, cultivos, sotobosques laterales, promontorio rocoso y segundo plano de colinas boscosas..., pero ningún hombre. La variedad zoológica ocupa todo el espacio del fresco, al igual que un gran catálogo en el que los animales domésticos -caballos, perros, vacas, toros, ovejas, un gato- se codean con los animales salvajes -zorro, ciervo, mono, tigre-, entre los cuales hay ciertas celebridades exóticas, como el dodo de la isla Mauricio, hoy desaparecidas. En el seno de este edén animal, el viento hincha las crines, una rizada de un caballo blanco de largas pestañas, otra de un león rojizo alzando su gruesa pata sobre una oca imprudente: en primer plano, una tortuga con escamas, el ojo vuelto hacia el espectador del fresco, hace estremecerse a Paula, que le guiña un ojo como buena compañera. Aplaude todo el taller.

La noche de sus veinticinco años, Paula alza la copa en torno a una mesa de caballetes en el gran salón del palacete. Los focos iluminan el techo donde todavía se seca una bóveda estrellada. Beben vino blanco y tinto, hay tomates cherry y virutas de parmesano en platos de cartón, el jefe de pintores se parece a Willem Dafoe -inquietante y sexy, sonrisa lobuna-, recita a Paula un poema de Baudelaire caminando sobre las manos, tengo más recuerdos que si tuviera mil años, ella sopla unas velas hincadas en un brioche, un baffle cromado difunde canciones de bossa nova, se oye

discurrir el Sena detrás del muro, su chapoteo ligero, es junio, Paula sale al balcón a fumar un cigarrillo: por la tarde, ha visto marcas de pincel en el reverso de una cornisa a siete metros de altura, una serie de toquecillos invisibles desde el suelo, trazados por aquellos que, como ella hoy, habían trepado a andamios trescientos años atrás para dejar su impronta y decorar esa misma cúpula. Las huellas formaban una gama de tintes, de reflejos, de contrastes, pero lo que la ha emocionado ha sido percibir la búsqueda de los artistas y seguir el recorrido de sus ojos, cómo la muestra había ido transformándose, cómo ese azul de porcelana había mutado progresivamente de negro a ese gris de tormenta; ¿qué había pasado? En ese instante, una mujer se acerca a hablarle en un francés de vocales oscuras y erres considerables, le aprieta la mano exageradamente mirándola al fondo de los ojos; dado el espacio que se ha abierto en torno a ella conforme avanzaba hacia el bufet, Paula adivina que es la jefa de la obra, esa rusa de la que habla todo el mundo, su agencia de arquitectura goza desde hace poco de los favores de las revistas de decoración, y su cartera de pedidos, de un amplio espectro, acapara, amén de diversas dachas de oligarcas en torno a Moscú, el cottage de Victoria Beckham en Lancashire, el comisariado de una exposición dedicada a los Ballets Rusos en el Museo de Orsay, y, según se murmura, la iglesia ortodoxa de la Sainte-Trinité, en el quai Branly, de París. La mujer pregunta a Paula si tiene proyectos, y su número de móvil, y al parecer tiene visión de futuro, ya que un año después hace llamar a «aquella joven francesa que bizquea» para proponerle un contrato de tres meses en Moscú, en los estudios de Mosfilm, donde la espera *Anna Karénina*.

Paula compra la novela sin gran convicción, comienza a hojearla antes de marchar, amilanada por el espesor del volumen y por la profusión de nombres que pueblan sus páginas -apellidos rusos que se desdoblán y se superponen, nombres de pila que en ocasiones son los mismos, apodos ingleses-, duda unos días hasta que comienza a leer el libro, en la habitación con los estores bajados, encontrando de entrada la postura ideal para meterse en él, hecha un ovillo en un sofá reblandecido, la cabeza en vertical pero las piernas dobladas, provista de agua y de galletas -unas Oreo que compran expresamente para ella-, trabajándose una iluminación *ad hoc*, el haz de luz de la lámpara orientado sobre las páginas como en una persecución de teatro, iluminando un texto cuyo paladar, exterior sólido, interior inmenso y minucioso, capta de inmediato, tan perfectamente creado que parece haber sobrevenido todo a la vez, surgido de un potente sortilegio; gira lentamente las páginas, a ratos pierde el hilo, sube por el párrafo a contracorriente hasta el lugar del texto donde ha soltado la cuerda, luego se abisma de nuevo y se reinserta, pasmada por la forja progresiva del amor, labrado esquirra a esquirra como un bifaz del Paleolítico, hasta hacerse cortante como una cuchilla y capaz de hender un corazón en silencio, hasta convertirse en un grano de polvo pleocroico, ese fragmento mineral que cambia de color según el ángulo con que se mire, eternamente enigmático, y acaba volviéndole a uno loco.

Al poco piensa a través de la novela, esta aporta una luz a su vida, hace volver a Jonas en ese atardecer, debajo de su casa, hace ya unos meses, recostado contra una farola -o, más exactamente, rememora aquel instante en el que ella detectó antes mismo de verlo, como si algo inhabitual, una presencia ajena, se hubiera deslizado en el decorado y lo hubiera modificado intrínsecamente-, cigarrillo en la boca y cabello largo, visera bajada, las manos en los bolsillos de un impermeable color arena, estriado en el flujo de la circulación, erguido en el borde de la acera como si tuviera que cruzar en el acto mientras ella estaba igualmente al borde de la calzada sin despegar los ojos de él un segundo; y en el lapso de tiempo que habían necesitado después para dar con la relación

adecuada de estatura, de corpulencia, la manera adecuada de encontrarse frente a frente en medio de la acera, Paula había puesto la mano sobre la mejilla de Jonas, o sea que eres tú, y él sonreía, encogiendo la cabeza entre los hombros, ¿qué tal?, bien, estupendo, y no se habían dicho nada más, los iris girando como sulfuros de vidrio, y en la habitación de Paula habían evolucionado sin chocar, como si su aptitud para cohabitar, recobrada, echara atrás las paredes, agrandara la habitación, habían compartido un botellín de cerveza, tumbados en un sofá, los pies enredados, los ojos fijos en el techo, fumando al poco el mismo cigarrillo, con un impulso tan libre, con un lenguaje tan suelto -¿cómo estás, corazón?-, que el mundo a su alrededor no era ya más que una sarta de mentiras. Se habían despedido la víspera en la rue de Parme, en Bruselas, y la última noche había durado cinco años.

Con todo, han cambiado desde la rue du Métal. Jonas más sociable aunque sigue flaco, el cuerpo más duro, los gestos exactos como si el menor movimiento debiera su belleza a un gasto de energía calibrado, casi animal. Un aire despejado, claro, en el semblante, los dientes pulidos quizá, el blanco de los ojos más límpido. Y Paula también más incisiva, la figura más abierta, el perfil más diáfano -frente redonda, nariz larga y aguileña, boca fina, bultito de la barbilla-. Y ahora bien plantada, la trenza dorada bien centrada en el hombro, la voz reposada, se adivina que ha ganado en firmeza, en desenvoltura, que ahora puede apechugar con cargas pesadas, subir rápidamente a un andamio, pintar durante rato. Pero cuanto más la observa Jonas, mientras ella va y viene por la habitación, mientras cuelga su abrigo, conecta el teléfono, mientras enciende las lámparas, todo ello con un movimiento fluido, más cambia a sus ojos, evoluciona en tiempo real como vira un color al sol, más enrojece su cara, un arrebol.

¿Qué haces en París, tienes una obra? Paula lo interrogó sin rodeos, y Jonas adoptó el aire ultrajado de aquel de quien se subestima la fuerza de sus sentimientos: ¡he venido por ti! Contó con los dedos, la mirada perdida: ¿cuánto tiempo hace?, ¿cinco años?, y la risa de Paula creó un calvero en torno a ellos, los aisló a ambos, ¿por mí?, pues claro, desde luego, hasta que declaró de repente: he dejado los trampantojos, ahora soy pintor, y Paula, tensa de golpe, sin saber qué responder, temblorosa, como si acabara de echarle sobre el hombro un abrigo de hielo, como si le anunciara de manera oficial una separación de cuerpo y de mente, la abandonara en la orilla de las falsedades para avanzar hacia una verdad ajena a ella, meneó la cabeza como una muñeca mecánica. Luego Jonas precisó, bajando el tono de voz, acabo de aceptar una obra, necesito dinero, será el último, ¡el ultimísimo! Y alzó el puño. Más adelante, refirió a Paula su último año en Bruselas, le describió la apnea en la pintura, cada componente del mundo relacionado con la pintura, sin jerarquía, incluidos los más fragmentarios, los más evanescentes y microscópicos, cada uno tratado como un mundo en sí, una continuidad de pintura que le había dado vueltas en la cabeza, pero un año concluido en una galería fría y mal iluminada donde su exposición no atrajo a las multitudes, donde a la misma inauguración acudieron unos pocos, algunos antiguos compañeros de la rue du Métal aparecidos y desaparecidos visto y no visto, no había ido bien; bueno, eso es lo menos que se puede decir, chilló la chica de la galería mientras vertía en grandes bolsas negras de basura patatas fritas y cacahuetes sin tocar, Jonas imitaba a aquella burguesita estrecha de caderas y de mente, aquella criatura moderna impermeable a su pintura, la voz entrecortada de despecho. Al final se tumbó en el sofá, boca arriba, la piel color de limo y las largas pestañas de pavo real, y al poco, entre dos bocanadas de cigarrillo, prosiguió: y a ti, ¿te gustaría pintar de verdad? Con un movimiento precipitado, Paula se levantó a abrir la ventana, bañó su rostro en el vacío, notó

que un ojo le derrapaba hacia un lado cuando, delante de ella, el cielo bullía, su rumor difuso cubría aquella voz animada, febril, me acerco a ti, vengo a vivir a París, ante esas palabras da media vuelta, nunca sus ojos habían estado tan apartados el uno del otro, el izquierdo moviéndose por la linde de la órbita, el derecho como pinchado con un alfiler, nunca habían abarcado tanta luz, todo era límpido ahora: pintar de verdad, amar de verdad, amarse de verdad, era lo mismo. Volvió a tumbarse en el sofá, se dieron la vuelta los dos a un lado, frente a frente, los ojos abiertos, el primero que pestañee ha perdido, y fue ella la que acabó cerrando los párpados.

Anna Karénina es un buen instrumento óptico para mirar el amor, se dice Paula, que cierra el libro, se levanta, separa con los dedos dos listones del estor para inspeccionar la calle, el cruce, las aceras, los alrededores de la farola, buscar a Jonas en el lugar donde apareció la última vez, aunque sabe que está en Dubái, que voló la primavera pasada para ejecutar la decoración de una casa destinada al primo del emir: mil metros cuadrados realizados íntegramente en trampantojo, un ejército de decoradores internacionales y de artistas escogidos entre lo mejor, y Jonas en medio de ellos, sonrisa irónica y muñeca genial. Entonces consulta el reloj y comprueba la hora de su vuelo a Moscú.

en la radiación fósil

Acompañar a Paula, que aprieta el paso en un andén de la estación de Austerlitz. El largo abrigo de lana gris, la bufanda amarilla, las botas de cuero forradas, los guantes de piel, la bolsa en bandolera y, arrastrando a la espalda, la maleta de ruedas rojo centelleante que no le ha dado tiempo de guardar a la vuelta de Moscú. Todavía es de noche. Poca gente aquí, las fiestas de Año Nuevo han terminado, la joven sube en el primer tren para Périgueux, son apenas una docena en el compartimiento, es un invierno gélido. Entre el arrancar del tren y las primeras luces del alba, se le ilumina el semblante, y lo que era aún imperceptible al sentarse en el vagón, oculto, se revela ahora que ha vuelto la cabeza hacia el cristal: algo soñador y árido, algo solitario. El tren se interna enseguida en una maleza pálida donde Paula intenta trazar líneas, fijando la mirada lo más lejos posible en las profundidades del paisaje, alcanzando el punto de fuga de un pequeño valle, un coche que desaparece en una curva o, al acercarse a las ciudades, alguien que se asoma a la ventana para ver pasar el tren. El bosque de enero se pega a la ventanilla, con una película de escarcha que aguanta. Dentro de cuatro horas, Dordoña.

El último facsímil. Así describe Jonas a Paula la obra que se había visto obligado a rechazar, la de la réplica de la cueva de Lascaux. Era más de medianoche cuando llamó, y Jonas estaba tranquilo, pragmático, expuso sus expectativas salariales, precisó que el trabajo estaba en Montignac, en Dordoña, que tendría que ir a vivir allí y dar una respuesta antes de las doce del mediodía siguiente. Luego susurró: eso es para ti. Una caverna abrupta, pinturas rojas y negras, toros, renos, la «Capilla Sixtina de la Prehistoria», Paula repasó esas fotos mientras su mirada atravesaba la habitación en diagonal para posarse en la maleta de ruedas de pie en un rincón, y tocar las etiquetas en caracteres cirílicos que tapaban la cremallera. No quería volver a marcharse, aún no, había vuelto de Moscú hacía apenas tres semanas, prefería dejar pasar un tiempo. Lo entiendo, contestó Jonas tras un silencio. Pero para prolongar la llamada, para retenerlo un rato más, Paula recogió velas: pero ¿qué trabajo es ese? Jonas, lógicamente, debió de saborear ese segundo, pero no lo mostró, como intentando hacer acudir al hueco de su mano al corzo indefenso en medio del prado. Dejó pasar el tiempo. Entonces Paula se echó hacia atrás la coleta, movió las piernas y se plantó de un brinco ante la ventana donde el cielo era mate, sin estrellas; lo oyó rascar una cerilla: es la ocasión de ser prehistórica.

Se había vuelto a acostar, pendiente de tomar una decisión, pero acabó incorporándose, la cabeza pegada a la almohada y las piernas replegadas; luego abrió el ordenador sobre el vientre para navegar hasta la mañana, azul, la piel cérea, las venas temporales tensas como estachas, el nombre de Lascaux convirtiéndose a lo largo de la noche en una ola, una ola cuya sabia espiral había raspado el fondo del tiempo, la había alzado y propulsado a ese mundo subterráneo donde nunca se había aventurado.

Su padre, al día siguiente. Apoyado contra el borde del fregadero, las largas piernas cruzadas a lo Gary Cooper, un tazón de café en la mano mientras Paula va y viene por la cocina, indefinida en un pijama de rayas de hombre -cafetera azúcar, alacena miel, nevera queso, cajón cuchillo-. Él adivina al ver su pelo de estopa y sus párpados de trapo que no ha dormido mucho. Paula se

sienta, de entrada resume la propuesta de Jonas, Guillaume enjuaga el tazón, luego se vuelve: yo he visto Lascaux, la de verdad. Paula se sobresalta: ¿ah, sí, la has visto?, ¿cuándo? Guillaume mira al techo: en 1969, tenía trece años, fuimos allí con el Simca 1100, calor animal, día espantoso. Pero Paula menea la cabeza: imposible, está cerrada desde 1963, no has podido verla. Guillaume, desconcertado, marca un tiempo de espera, el pulgar y el índice apretados en el rabillo de los ojos, luego prosigue con voz lenta: sí, era 1969, yo tenía la misma edad que los chiquillos que la habían descubierto, me encantaba aquella historia, el perro que encuentra el agujero, todo aquello. Pero Paula tuerce el gesto, que no, lo siento, te equivocas.

Lo que sucedió a continuación en la cocina de la rue de Paradis es comparable a la salida de la carretera de un pequeño turismo hasta entonces conducido respetando las normas de seguridad, y solo la aparición de Marie en el marco de la puerta, amplia y monolítica en un quimono de batik, logró enderezar el eje del hogar, focalizando hacia su rostro las miradas de los otros dos. Porque el tono de Paula -terminante, tatatatá, señorita-lo-sé-todo-, sumado a su pequeño movimiento de barbilla, el hecho de que le discuta a su padre un recuerdo de infancia, ver que ella le niega, porque así debió de sentirlo él, la capacidad de recordar algo, como si de pronto errara por un pasado informe y no formase ya parte del mundo de ella, todo eso provoca a Guillaume, que se hincha y se calienta, se le resbalan las gafas, le asoman placas rojas en el cuello: la vi, bajamos una escalera, zas, sala de los Toros, zas, una galería enfrente, otra lateral con una vaca grande y negra, animales por todas partes, la vi. Rubrica su relato como si indicara el camino a un viajero perdido, pero ningún gesto podría desviar los ojos de Paula, que observa correr la miel por su rebanada de pan y repite, categórica: debiste ver otra cosa, esta la cerró Malraux en 1963, no puedes haberla visto después, distante, sobre todo no ser asociada a ese progenitor al que se le va la olla sino oponerle algo lejano y vertical, es insoportable, por lo que la voz de Guillaume brotó, perforó la superficie invisible más allá de la cual no se había aventurado desde el servicio militar y los recuentos en el dormitorio de tropa -había que vociferar «presente» al oír tu nombre, y vociferar a pleno pulmón-, tan alta y agitada que hizo temblar el entorno, formando arrugas en la superficie del café con leche.

La ira de Guillaume dinamitó bloques del pasado, fragmentos de ángulos nítidos proyectados ante Paula, ella misma angulosa de repente, descubriendo el subsuelo de su padre, su parte inestable y magmática. El que se acordara de Lascaux se debía al incidente familiar que se produjo aquel día, su memoria íntima recreaba su jerarquía propia, el impacto del encuentro con el arte rupestre suplantado por un episodio trivial, sí, pero intenso. Atrapado en el flujo de una sintaxis enloquecida y soltando algunos insultos -«pequeña gilipollas»-, el relato de su padre se organizó a toda velocidad como la habitación de los niños Banks ante el chascar de dedos de Mary Poppins: mi madre lleva un pantalón pirata con dos rajadas en la pantorrilla, una blusa roja de lunares blancos. Parece una amanita muscaria, el interior de color sangre de toro del coche apesta a plástico ardiente, estamos mareados, nos entran ganas de vomitar en las curvas, mi padre decreta que tomaremos un helado de limón antes de la visita, hacemos cola los cinco en la escalera de la cueva, luego los toros, los caballos chinos, el ciervo, todo eso lo vi, pero a mi hermano mayor lo pillaron disponiéndose a grabar un grafiti en el muro con la navaja -de todas formas había algunos grafitis, del tipo Marcel + Simone = AE, Robert estuvo aquí, etcétera-, mi padre le suelta un par de tortas delante de todo el mundo, el guía no ha visto nada, no entiende nada, a mi padre lo toman por loco, yo agacho la cabeza, estoy muerto de vergüenza, una vez fuera, mi hermano desaparece, pensamos que ha ido a hacer pis, lo esperamos en el pequeño parking, tenemos sed, mi padre abre

la portezuela para que subamos al coche, me importa un pito, nos vamos, ya se apañará para volver, de mí no se ríe nadie, se farolea, mi hermana está muerta de miedo, dice que no podrá caminar cincuenta kilómetros, mi madre se queda fuera, acusa a mi padre de tener un genio imposible, la cosa va para largo, acabamos saliendo a buscar a mi hermano, los cuatro, mi padre, mi madre, mi hermana y yo, una batida, somos como cazadores, caminamos en fila a una decena de metros uno de otro, ponemos las manos en bocina, cae la noche, llamamos, nadie; la cueva está debajo, tengo miedo, cuando volvemos al coche, mi hermano está ahí, se ha desgarrado el pantalón con un alambre de espino, sangra un poco, mi madre no sabe si su vacuna antitetánica está al día, quiere que vayamos a Brive a buscar una farmacia, mi padre contesta que de ninguna manera, no va a volver a tocarnos los huevos, enciende el contacto, mi madre se pone a llorar, yo creo que mi hermano se va a morir, mi hermana canturrea pegada al cristal, nadie se atreve a reclamar el helado de limón.

Marie aparece al final del relato, se cierra la secuencia, el recuerdo se disgrega, vuelve la calma, los cuerpos realizan de nuevo los gestos cotidianos, y Paula sale de la cocina con la sensación de haber entrevisto un largo pez negro a través de un agujero de esquimal recortado en la banquisa. De vuelta en su habitación, llama a Jonas, con voz firme: lo cojo. Tras lo cual, prepara su descenso a Lascaux.

Avanzar en la penumbra, guiarse por los sonidos, las corrientes de aire, recorrer los armazones metálicos, luego dirigirse hacia la zona iluminada y sorprender a Paula casi endeble ante la pared. Un hombre con jersey azul marino y traje de faena le presenta su puesto de trabajo, un puesto temporal, precisa con voz rocosa que arrastra las vocales, aquí cada pintor debe ser capaz de trabajar en todos los paneles, puedes empezar una pared y que alguien tome el relevo detrás de ti, de ese modo se evita que se apropien de un trozo de facsímil, que hagan que se note su zarpa en un lugar concreto -Paula esboza una sonrisa, se sabe el discurso, lo conoce al dedillo-: no hay interpretación posible, somos copistas, nos esfumamos ante Lascaux.

Los Talleres están en el barrio de la antigua estación de Montignac y abarcan un espacio inmenso, lo suficiente en cualquier caso para albergar una obra fuera de lo común: la realización de los cincuenta y tres paneles decorados que se ensamblarán posteriormente en una cueva ficticia al pie de la colina, un puzle gigante que recompondrá, de manera idéntica, casi la totalidad de la caverna original.

La pared que se yergue delante de Paula, desigual, es virgen. Vasta, siete metros de longitud por cuatro de altura, impone su desnudez rocosa e impresiona a la joven, que se acerca, se queda fascinada: ¡es demencial! El hombre que está a su espalda comenta con voz tonante, como si le hablara de lejos: los cientos de bloques que componen el relieve de la cueva han sido realizados primero mediante fresado numérico según los datos del trazado 3D realizado en la cavidad. Un chorro de agua muy fino a alta presión ha esculpido el poliestireno; a continuación, cada bloque lo han pulido a mano escultores-modeladores, que han aplicado igualmente el modelo 3D, han utilizado pasta de papel para trabajar el menor hueco, la menor aspereza del relieve, antes de insertar con estilete los mil quinientos grabados parietales que existen en la caverna, un trabajo enorme, preciso y delicado; luego han aplicado en las paredes el elastómero de silicona para tomar el molde del relieve modelado, y obtener el negativo de la cavidad, cada panel endurecido con una capa de resina y reforzado con armazones metálicos. En fin, concluyó, tuteándola de paso: tienes que saber sobre qué vas a trabajar, conocer la naturaleza de tu material.

Mientras el hombre hablaba, Paula se ha acercado más, el rostro a ras del panel que escruta, que toca con el dedo. Eso es el velo de piedra -la voz del hombre arranca de inmediato tras ella y luego se sitúa a su altura-, hemos fabricado una mezcla especial a base de polvo de mármol blanco que hemos estratificado en el fondo de los moldes con resina acrílica y fibra de vidrio, para obtener, en positivo, esa membrana ultrafina que reproduce el aspecto mineral de la caverna, su textura, su tacto; también es un material que en principio resiste las condiciones ambientales del facsímil.

El tipo baliza ahora la pared con la mirada, manos en la cintura, y suelta, enardecido: ¡ha llegado el tiempo de los pintores! Paula se vuelve hacia él: sesenta años, largo y encorvado, pequeñas lentes de montura metálica y voz de predicador de provincias, cuando deslinda la labor que se espera de ella: se trata de reproducir aquí la tela de fondo de las pinturas paleolíticas, de crear la pátina antes de pintar las figuras; hay que hacerlo poco a poco, grano por grano, sin hacer puntillismo, apenas a un cuarto de milímetro. Sigue más despacio: el ambiente visual de la

cavidad es lo que cuenta, una parte de su atmósfera, es lo más difícil, hay que sentir el desgaste del tiempo, y se frota los dedos con los pulgares para expresar lo inexpresable mientras Paula, en un destello, vislumbra la inmensa labor de imaginación que le espera. Ya lanzado, el hombre añade, rígido: una última cosa, se realiza una totalidad, el fondo es tan fundamental como las figuras, no hace falta que te haga un dibujo -no, piensa Paula, no hace falta.

A su alrededor, la iluminación tamiza un ambiente familiar; andamio móvil, escalerilla, tarima, cajas y carretillas de material, taburete, y libros, fotos, un ordenador sobre una consola, un jersey, un gorro con borla, una botella de agua, y también esos focos de estudio que crean la atmósfera de plató que ha atravesado de continuo desde hace ya siete años; parece estar en la rue de Parme, piensa mientras el piso belga se reinscribía en el azogue de su memoria, ese parqué íntimo que se removía bajo los pies, dondequiera que fuera, dondequiera que viviera, y siempre proyectaba la sombra de Jonas en las paredes. Asimismo, los que entran en ese instante en el recinto hacen resonar sus voces y sus pasos bajo el maderamen al igual que una troupe de teatro, los que pasan le tienden una mano fresca y se sorprenden en silencio de su ojo disidente, de su belleza descentrada, esos, de entrada, le resultan familiares: los pantalones salpicados de pintura, las palmas de las manos secas, la mirada fulgurante en las ojeras oscuras, la importancia de la comida de mediodía, y el porte cadencioso de los caminantes de las cimas, los que avanzan en la línea entre dos mundos. Somos nosotros, el pueblo de los falsificadores, se carcajea una mujer de pelo color caoba, que se planta ante Paula, y la besa en las dos mejillas sujetándole los hombros antes de quitarse el anorak: soy una antigua de la rue du Métal, vamos a trabajar en el mismo panel.

Son unos veinte, y Paula tiene la sensación de conocerlos a todos, de volver a estar con su pandilla, los copistas, los mangantes de realidad, los traficantes de ficción, empleados en el facsímil de Lascaux, pues son escenógrafos, vidrieristas, sastres de teatro, estratificadores, moldeadores, maquilladores teatrales, acuarelistas, cineastas, restauradores de iconos, doradores o mosaiquistas. Se diseminan como los actores antes de que se levante el telón, cada cual ocupa su islote de luz, ante la pared, al poco su concentración común cubre como una red el espacio y atrapa a Paula, súbitamente eufórica.

Más adelante, en un local sin ventanas mezcla de cuchitril y de laboratorio, pasa revista a los cubos de plástico blanco y a los bicales alineados en las estanterías, ha sacado su libreta y anota las referencias, descifra: caliza machacada, polvo de vidrio, arcillas y calizas provenientes de las cuevas de Dordoña, y luego los pigmentos naturales semejantes a los de la caverna, el óxido de manganeso para el negro, y los ocre para los marrones (limonita), los rojos (hematita) y los amarillos (goetita). La materia prima, el suelo, la riqueza. Ha dispuesto sobre la mesa cartones de muestras realizadas mediante tomas efectuadas en la cavidad por los arqueólogos, la mujer de pelo color caoba trabaja a su lado, ambas preparan su material pulverizado.

En Lascaux, utilizaron quince tonos cromáticos distintos, la mujer caoba señala a Paula la fotocopia de un muestrario de colores hecho con acuarela prendido en la pared, y cavila en voz alta: debían de saber dónde estaban los yacimientos de manganeso, y para los ocre no tuvieron más que agacharse para recogerlos; la única incógnita es ese cuadrado morado que pintaron bajo la pata de la gran vaca negra, en la pared izquierda de la nave, ¿lo ves? Acto seguido, sin mirar siquiera a Paula, prosigue: debían de preparar el trabajo, y pensarlo de antemano, preparar los colores, les llevaría tiempo, varias horas, primero tenían que cargar el material para espesar o

encontrar lo necesario para fluidificarlo, puede también que calentaran el pigmento; debían de hacer exactamente lo que estamos haciendo. Paula ha dejado de moverse, se le atropella todo un poco en el cerebro, las informaciones afluyen, pero lo que la perturba viene de otra parte, del interior del lenguaje, de ese plural, que vuelve sin cesar y rebota entre las paredes de la habitación como una pelota mágica; vinieron, hicieron esto, hicieron lo otro, ese plural sin referencia, cargado a tope, que designa a seres próximos y sin embargo remitidos al tiempo. *Ellos*, como si Paula *viera* de quién se trata. La mujer se ha recogido el pelo con unas peinetas de concha, tiene los labios rellenos, las mejillas planas, la frente ancha con una línea de pelo en punta, el cuello macizo, los iris como dos gotas de whisky: un rostro de diosa romana. Prosigue: respecto a las pinturas, antes de hablar de estilo, habrá que conocer qué dificultades técnicas tenían *ellos*, las dificultades del medio físico, las del material, las de las ayudas.

Pero ¿tú has visto la cueva de verdad? Paula formula la pregunta, áspera como siempre bajo el peso de la emoción, y la otra, satisfecha, sí, veinte minutos. Pero aquellos veinte minutos le habían cambiado la vida. Había formado parte de un grupo de artistas plásticos, media docena como mucho, que habían bajado a la caverna, y a su retorno a la superficie nada era ya igual: había cohabitado con los pintores de la prehistoria, se había colocado ante sus ojos; un contacto que había durado veinte minutos pasados veinte mil años. Paula escucha, sus manos mezclan los ocres seleccionados con aglutinantes acrílicos, y del mismo modo se mezclan las perforaciones en el mármol de Cerfontaine, las carpas en los estanques de Versalles, los ojos pintados de la estatuilla de Kha tras el cristal del museo de Turín, y el suelo del *teatro 5* de Cinecittà: todo coexiste -«hay que hacer sentir el tiempo», el hombre del jersey azul marino había dado esa instrucción, y se había frotado los dedos entre los cuales, precisamente, el tiempo no existía, se había tornado traslúcido, no más espeso que una hoja de papel de fumar.

De vuelta en su sitio, Paula estaba animada y se había habituado a la iluminación del lugar. La mujer caoba sonrió: en el taller se está un poco como ellos en la cueva, misma temperatura, unos trece grados en invierno, misma luminosidad, se trabaja en las mismas condiciones. Un instante después Paula extrajo unos pinceles de abanico, cepillos y esponjas suaves, pincelillos extrafinos que sumergió en concentrado de ocre, encendió el retroproyector, luego se acercó al velo de piedra, y ahora pinta.

Al salir de los Talleres, Paula colgó un plano de Montignac en su portátil, buscó la dirección y acudió a pie a la otra orilla del Vézère -las ruedas de la maleta, resonando en las calles desiertas-. Llamó a la puerta de una casa antigua donde había quedado libre una habitación antes de Navidad; el anterior inquilino, un joven escultor empleado en el facsímil, había regresado a España. Un adolescente con un chándal gris y deportivas negras le abrió la puerta y la condujo al piso de arriba, le enseñó la habitación, el armario, los interruptores y los grifos, regordete y serio, mejillas sonrosadas y orejas de soplillo, le dio las instrucciones con entonaciones de adulto. Yo vivo en la casa de al lado, si quiere algo, tendrá que ir a preguntármelo, me llamo Valmy. Paula depositó la maleta sobre la cama y, al tiempo que la abría, asintió, muy bien, pues ya te preguntaré, gracias, luego miró por la ventana y el chico le explicó: lo de enfrente es la colina de Lascaux, la cueva, la de verdad, está dentro, y Paula pegó la cara al cristal para ver la curva oscura que se elevaba a lo lejos. Le habría gustado una habitación como una caja, un mero espacio donde anidar, uno de esos sitios estándar donde se vive rápido, pero esta le impresiona: el viejo parque de color nogalina, las paredes tapizadas de tela de Jouy donde, de nuevo, se combinan escenas de caza -cazadores con escopetas, perros, liebres, ciervos alerta, pero también pastores bucólicos, caramillo, columpio-, un cuarto de baño a la antigua, tras un biombo con lavabo en forma de pilón, y esa cama de roble cuya malla reconoce a primera vista, y que fotografía, imagen enviada de inmediato a Jonas -¿no te recuerda nada?-. Una cama tan maciza que no puede moverla un centímetro, pero tan amplia que descarga en ella los libros y los folletos, los mapas que ha traído. Comenzó a dar vueltas por su habitación, volvió a la ventana, la abrió de par en par sobre el paisaje, una corriente de aire helado irrumpió en el cuarto, cargado del olor de la noche, a hierro, pero Paula permaneció largo rato asomada fuera, quizá le habría gustado percibir el murmullo de radio que colma la bóveda celeste, esa radiación fósil que baña nuestras existencias en una luz antiquísima, una luz de trece mil ochocientos millones de años, esa luz liberada de la materia y diseminada por todos los puntos del cosmos en un flash fabuloso. Miró la colina de Lascaux, y de pronto cerró la ventana, dio media vuelta y se metió vestida en la cama.

Cuando se despierta, la colina, delante mismo de ella, es más alta y está más cerca de lo que pensaba, Paula casi podría tocarla, y le han venido a la cabeza las palabras del chico. Desde ese instante, al menos así se lo cuenta a Jonas, a quien llama enseguida, ha empezado a captar la presencia de la cueva, una emanación tangible, como si la dilatación de la colina se asemejase a una tapadera levantada por el efecto de un empuje interior. Es normal, le contesta Jonas, la cueva está ahí, nadie puede verla pero todo el mundo piensa en ella, todo el mundo piensa continuamente en ella.

Más adelante, Paula circula en bicicleta por las calles de Montignac, se aleja siguiendo el curso del Vézère, hace frío, el aire está cargado de diminutas esquirolas heladas, las cunetas llenas de agua, la campiña humea. Pocos animales en los campos pero algunos rastros; hierbas aplastadas al borde de los prados como si un zorro, un tejón, una liebre se hubieran deslizado por allí, pequeños mechones de pelos enganchados al alambre de espino de los cercados. Hacía tiempo que no seguía así el cauce de un río, insertada en la naturaleza, hacía tiempo que no iba en bici, sus pensamientos la remitían invariablemente hacia Jonas, lentamente al principio, callandito, como dejándose llevar, y luego convergiendo hacia él cada vez más deprisa. La frecuencia de sus llamadas aumenta desde que aceptó el trabajo, hablan varias veces al día, el intervalo entre dos conversaciones disminuye, se plantean que venga a verla.

La carretera atravesaba un sotobosque, y a los primeros ruidos de motor, amplificadas por el sosiego del campo, Paula reconoció el sonido característico de las motos de trial. Tres críos circulaban a toda pastilla entre los árboles, derrapaban en la capa de hojas en descomposición. Ella siguió avanzando en su bici, el ruido declinó a sus espaldas, pero justo después de la curva aparecieron las motos, zumbando, alineadas como monturas al borde del talud, y dominando la carretera. Paula aminoró la marcha: en la moto de en medio, una pequeña Yamaha de carenado azul ártico, encasquetado con un yelmo centelleante, reconoció a Valmy.

¿Qué tal, señora? Se hacía el listillo. Paula echó pie a tierra: bien, paseando, como ves. Acto seguido preguntó: ¿está por ahí la cueva? Valmy miró a los demás y se choteó, está más arriba, pero no hay nada que ver, señora, está cerrado, ya se lo dije. Le dieron gas una y otra vez a la moto, para hacerla piafar, para que Paula oyera ese ruido tan ansiado a sus doce años que quería acercarse a él lo más posible y para ello seguía a sus primos por el bosque tras el gran caserón, admitida y silenciosa, mientras se acuclillaban en torno a la moto tuneada que habían reparado y se las daban de hombres, hablaban de pistón y compresión, cable y disco, comprobaban el acelerador y los frenos, ignorando su presencia, hasta que el mayor declarara basta, la cojo, se enfundara un casco integral y la montara, se internara en el bosque, su camiseta de color amarillo dorado cual oriflama fugitiva; entonces los demás aguardaban su regreso, inquietos porque el mayor usara su privilegio para disfrutar de la máquina según le apeteciera y quemara toda la gasolina sin dejar nada detrás, y a Paula le ordenaban subir al sillín con él, pegarse a su espalda, rodearle la cintura so pena de caerse, las piernas estiradas en horizontal para evitar quemarse las pantorrillas contra el tubo de escape, y se mordía los labios cuando la moto empezaba a temblar, a

zigzaguear como fuera de control tras tropezar con una piedra, la boca sofocada por el aire el viento el polvo, por la nuca de aquel primo a quien observaba de cerca, una tonsura reciente que revelaba una franja de piel blanca bajo la línea de pelo baja, reducido a pequeñas puntas rasas pero refulgentes, y se abstenía de gritar cuando levantaba la moto y le gritaba «agárrate», se abstuvo de llorar, en fin, cuando la moto quedó tendida en el suelo y la pierna se le cubrió de hematomas durante unas semanas, obligándola a cojear, alejándola para siempre de aquellos chicos de vaqueros salpicados de barro, libres con su moto en los bosques.

De vuelta en Montignac, y para seguir, torció a la derecha, hacia la colina, y al poco surgió ante ella la obra de Lascaux IV. Intentó atisbar algo por encima de la cerca, pero el estado de la obra la mantenía aún impenetrable -acumulación de materiales y de máquinas de colores vivos, montaje de grúas-, tanto es así que apenas alcanzó a figurarse la larga fachada de hormigón y de vidrio concebida a imagen de las cavidades bajo la roca, numerosas en aquellos parajes, de los que había divisado la vispera vistas en perspectiva y planos de arquitecto colgados en el vestíbulo de los Talleres. Al cabo de un instante, al detenerse le entró frío. Debería haber vuelto, pero, movida por un impulso que venía de lejos, prosiguió y torció a la izquierda después de la curva para internarse en el bosque.

La bruma flotaba en la carretera, el bosque esbelto -pinos, robles, castaños- se tornaba espectral, el aire olía a musgo, setas y cuanto prolifera bajo un manto de hojas podridas, entre las raíces de los árboles. Avistó un pórtico precintado, cerrado con el logo de los Monumentos Históricos, luego una verja alta, y bajó de la bicicleta para ver mejor. La entrada de la cueva debía de estar por allí, a unos metros, el silencio acentuaba la luz; sin embargo, Paula no pudo localizar de inmediato la escalera que descendía en suave curva hacia la puerta, solo observando largo y tendido el suelo distinguió el pasaje, camuflado. Buscó un árbol al que subirse, bastaban dos metros, quería ver la puerta, pero los troncos estaban amarrados con alambre de espino, y tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar con la mirada el dintel, lo que, contra todo pronóstico -tampoco era gran cosa-, le impresionó. Hay formas de ausencias tan intensas como las presencias, fue lo que sintió al apretar la frente contra la verja, tendida hacia el mundo que se abría allí, oculto, a menos de diez metros, una cueva donde se había situado nada menos que el nacimiento del arte.

Paula imaginó la cueva bajo tierra, su belleza apartada, la cabalgata de los animales en la noche magdaleniense, y se preguntó si las pinturas seguían existiendo cuando no había ya nadie para mirarlas.

Entre el 14 de julio de 1948 y el 20 de abril de 1963, la cueva de Lascaux, acondicionada para recibir a un buen número de turistas, está abierta al público. A la sazón, se adquiría el billete en la ventanilla y se bajaba la escalera hacia la puerta de bronce que resguardaba la caverna como la entrada de un templo. Desde el principio, se vio subir coches por la colina parachoques contra parachoques, y formarse colas de espera en el sotobosque. Los que habían esperado tanto para verla, los habitantes de la región, los locos por la prehistoria -en ocasiones eran los mismos-, fueron los primeros en llegar, luego se produjo un fuerte efecto llamada, los visitantes acudían de las comarcas más lejanas, cruzaban las fronteras, la cueva de Lascaux justificaba el viaje por sí sola. Un lugar señalado del patrimonio nacional que era obligado haber visto, al igual que el Monte Saint-Michel o el palacio de Versalles. El número de visitantes aumentó año tras año: treinta mil en 1955, ciento veinte mil en 1962, un flujo diario de quinientas personas, con ventas de mil ochocientas entradas diarias aquel verano. Un auténtico entusiasmo. Cabe imaginarse a los turistas de entonces, aquellas familias de vacaciones, las de los años cincuenta, los padres en camiseta conduciendo coches de colores suaves, un Dauphine amarillo pollito, un Renault Frégate azul cielo, a veces un Simca Aronde verde almendra, las madres los brazos desnudos con vestido de percal, los niños con alpargatas y pantalón corto de algodón, poniéndose la zancadilla, pateándose como quien no quiere la cosa, revoltosos, traviesos, escudriñando el bosque con la mirada, a veces una abuela tocada con un gorro bretón o un canotier, que se quejaba del calor, gente a quien con frecuencia no gustaban las cuevas, incómoda ante la idea de introducirse en aquellos espacios oscuros y rezumantes, en aquellas galerías laberínticas, y todavía más ante la idea de que los primeros hombres, a quienes no aceptaban aún parecerse plenamente, hubieran podido vivir allí; una idea falsa y aún ampliamente compartida. Se presumía en la cola de espera, se pronunciaban palabras complejas, palabras en latín y en griego, *sapiens*, Paleolítico, claustrofobia, bromeaban con el *Homo erectus* imaginando al ancestro medio desnudo, vigoroso y bestial, se reían nerviosos, sintiendo que probablemente no entrarían en la siguiente hornada, se conjuraba la suerte en voz alta -¡a ver si nos vamos a quedar encerrados ahí dentro!-, el temor a un desprendimiento que tapara la salida, el miedo ancestral a que le entierren a uno vivo resurgiendo en el instante de alargarle la entrada al guía de la cueva, que, con un poco de suerte, era a veces uno de los cuatro descubridores, Marcel o Jacques por ejemplo. A continuación, entraban en la caverna, apretados unos contra otros, las cabezas arrimadas, los pequeños en brazos a la altura de las pinturas. En cuanto abrían los ojos quedaban subyugados, la emoción era total, y bajaban la voz como en un santuario, superados por el enigma, formulándose cientos de preguntas, y puede que también tuvieran miedo, atrapados en la danza de potentes animales que sentían que vivían alrededor. La gente estaba orgullosa también, orgullosa de estar allí, aun cuando algunos se hubieran visto obligados a abandonar las orillas del río, la piscina municipal, la sombra del nogal, aun cuando hubieran tenido que «mover el culo», porque bien había que enseñarles cosas a los chavales, porque aquello era cultura y querían que la vida se pareciera a algo.

Se calcula que un millón de personas visitaron la cueva de Lascaux durante esos quince años. Un millón de personas vieron las pinturas. Si se comparan esos quince años de apertura al público con los veinte mil años de existencia de las obras, se obtiene en proporción un minuto y tres

segundos sobre veinticuatro horas. Es largo, un minuto y tres segundos, nada que ver con un relámpago fugaz. Nada que ver con un flash fotográfico, antes bien un largo rato de pose, una lenta impregnación de luz. La duración de combustión de trece cerillas sucesivas. Un deslumbramiento que se prolonga, un embeleso. Hubo tiempo para hacer historia con la cueva, precisamente. Para entrar en comunicación con ella, para establecer una relación, para conferirle una leyenda.

Paula elige lo legendario, no se lo piensa dos veces. La lectura de las versiones del descubrimiento de Lascaux, apiladas, yuxtapuestas, mezcladas, las más de las veces armadas en una dramaturgia que va de la oscuridad a la luz, todo eso la estimula: están los relatos precoces de los propios descubridores, los de los adultos que los escuchan y suscitan sus testimonios, maestros o sacerdotes prehistoriadores, los de los sabios, los de los periodistas que han acudido de inmediato, los de los poetas, los de los ediles locales, aquellos, tardíos, de los alsacianos que entraron en la cueva el 13 pero que la leyenda borró, y por último el de su padre Guillaume, a quien «encantaba aquella historia». Paula ocupa su lugar en la cadena de recitadores, y la noche del día de Reyes, de vuelta en su cuarto, atiborrada de roscón relleno de franchipán, y también un poco borracha -jugaron a elegir rey³ al atardecer en un ambiente distendido, los trabajos avanzaban según la enésima versión del plan de trabajo, y dos representantes del consejo departamental y uno de los directores de la Semitour, que habían acudido para visitar la obra, acompañados de un reportero de *Sud-Ouest*, se habían ido admirados-, llama a Jonas. Te cuento - en ese instante, tenía exactamente la cara y la voz de un ser que habla a la luz de una hoguera.

De entrada, sincroniza su relato con un momento de la historia e inscribe la colina en el mundo circundante: la noche nazi abatida sobre Europa, la Francia humillada de la debacle, el mariscal en Vichy, la línea de demarcación que sitúa Montignac en la zona libre, los refugiados que se instalan en la aldea, y entre ellos los Coencas, una familia judía de Montreuil, y casi la totalidad de los habitantes de Elsenheim, Alsacia -cuatrocientos mil alsacianos duplican entonces la población de Dordoña-. Luego, empieza bajito, el teléfono casi pegado a la boca, el sonido de su voz prolongado en la noche: bueno, se acaba el verano, y cuatro chicos caminan a través del bosque.

Septiembre calcáreo, suben por un camino abierto en el flanco de la colina, la tierra es granulosa, pequeños guijarros ruedan bajo las suelas, se los oye llegar de lejos -el eco de su paso, el clamor de su voz-. A su alrededor, los bosques crujen, cenicientos, los pájaros dormitan en los robles inmóviles, las víboras esperan, las hormigas se activan, el espacio tiene sed. Es un jueves, el 12 de septiembre de 1940. Los caminantes no son ya niños pero buscan un tesoro -¿así se obstina la infancia?-. Paula marca una pausa. Se ve copiar incansablemente la materia, rascar las maderas, cavar los mármoles, raspar el mundo, yo también busco un tesoro, piensa, ese tesoro que me está destinado y me espera en algún sitio.

Prosigue: uno de ellos es el mayor, se nota, la estatura, la complexión, la impedimenta que acarrea -entre otras cosas esa lámpara apañada con una bomba de grasa Tecalemit, una buena mecha y petróleo-, además sabe adónde van, es el guía. Dieciocho años, aprendiz de mecánico en un taller de Montignac, de nombre Marcel, apodado el Presidiario porque se parece a Harry Baur, que hacía de Jean Valjean en una versión de *Los miserables* de los años treinta; los nombres ya se arremolinan, los de los actores y los de los personajes, los de la literatura universal trasvasada al cine y reaparecida en los ojos de los habitantes de Montignac. Es él, Marcel Ravidat, quien desempeña el papel principal, quien dirige el cotarro. Los otros tres son más jóvenes: Georges Agniel tiene diecisiete años, Jacques Marsal catorce y Simon Coencas trece -¿niños?-. Para estos,

eso supone una bifurcación: Marcel se los cruza en las calles de Montignac y los recluta, y Paula, que cuenta esta historia, piensa de inmediato en Valmy y en sus amigos, que disfrutaban también por los bosques de Lascaux.

A Marcel le ronda una idea en la cabeza, volver al agujero que «escuchó» hace cuatro días, el 8 de septiembre. Ese día salió con otros por la colina, detrás de la casa solariega de Lascaux, a un kilómetro al sur de Montignac, cuando su perro Robot desapareció en una grieta de terreno invadida por los matorrales, una cavidad de cerca de un metro de profundidad, dejada por un árbol grande arrancado durante una antigua tormenta -un agujero ya conocido-. Marcel va a buscar a su perro y observa la presencia de otro agujero, este más estrecho. Arroja una piedra, escucha, sopesa la profundidad contando los segundos hasta percibir el sonido que hace la piedra al caer en el fondo, y sin duda el eco del proyectil que ha rebotado y rodado por el cono de escombros en el interior le ha permitido formarse una idea del subsuelo -lo de abajo es hueco, amplio y ventilado, y ahí hay espacio, algo, una aventura-; y a buen seguro todo lo que vino después, todo -es una hipótesis que enciende a Paula-, estriba en la reverberación acústica de una piedra que cae en un pozo y vibra de continuo en el oído de Marcel, vibra de manera tan insistente y tan hermosa que cuatro días después se pone en movimiento, equipado y acompañado -la voz de Paula también reverbera, envía imágenes al oído de Jonas, envía su cara, y sus manos que rubrican sus palabras.

Suben, los cuatro, la cabeza inclinada hacia delante como si su frente trazase el camino, avanzan a buen paso pero sin prisa alguna, recogen palos y golpean el follaje con grandes gestos vagos, se hablan en voz baja, la cosa va de guantazos y de patadas en los cojones, la cosa va de escupitajos y de insultos, de los alsacianos, de los loreneses, pero del tesoro ni una palabra aún, y al imaginárselos subiendo por el sendero a través del sotobosque Paula piensa en el prólogo de un episodio de *Los Cinco*, tipografía bold y páginas cosidas con la tapa en cartón de la Bibliothèque Rose -¿conoces esos libros, Jonas?-. Paula pregunta de repente: ¿ves al perro Tim ladrándoles en las piernas a los chicos intrépidos? Lo veo, dice Jonas, continúa.

Lo que les dice Marcel a los demás es que quizá ha encontrado el pasadizo subterráneo de la casa solariega de Lascaux, lo cual es una información suficiente para desconcertarlos. El rumor de la presencia de un pasaje entre el pueblo y la colina corre ya desde hace tanto tiempo que cada cual se ha formado una idea de su existencia. Y, como casi todos los chiquillos del pueblo y el puñado de eruditos con boina que consultan los archivos locales, los tres críos que escuchan a Marcel y a quienes Marcel impresiona -Paula conoce sobradamente la impresión que puede causar un chico de dieciocho años si se tienen trece, es verano, se está de vacaciones, y el otro propone un plan cuando uno se pasa el tiempo errando como un perro por un patio sofocante- aspiran a descubrirlo, y por lo tanto no dudan en penetrar en antiguas tierras, feudales y misteriosas, vedadas, desafiando a los administradores que las controlan -cierto que los propietarios, aristócratas y «Parisinos», no se dejan ver mucho-. Como suele ocurrir, el rumor se aferra a la lógica sinuosa e implacable de la leyenda: si hay castillo, y lo hay, entonces hay paso subterráneo; por fuerza habrán cavado un túnel para avituallar la plaza si el asedio se prolonga y escasean el pan, el agua y la cera, habrán previsto una vía de escape si el ataque incendia las murallas, el enemigo invade el recinto y se interna en la escalera de caracol de la torre del homenaje, obstaculizado por la coraza pero ansioso de acabar, habrán ideado forzosamente lo necesario para sacar de allí al padre sobre los hombros, al hijo cogido de una mano, la antorcha de la otra, para iluminar el conducto tan bajo de techo que es menester agachar la cabeza, avanzar pese a las paredes que rezuman y la palpitación de las alimañas, pese a la angustia del laberinto,

calabozos sin salida y cruces idénticos, pese al terror de que se apague la llama, de que se agote el oxígeno y acabar atrapado en las redes de una trampa, enterrado vivo; si hay castillo, habrán cavado un corredor por donde huir, en cuyo extremo asoma la luz del exterior, la que se distingue entre todas, sol pálido o noche sin luna, soplo de aire fresco en la cara, zarzas, barro, y retorno al mundo, imágenes que se iluminan al caer la piedra que impacta en el oído de Marcel.

Así pues, unos adolescentes trepan por la colina *para ver*, al igual que se apuesta en la última puja durante un torneo de póquer, para permanecer en el juego y seguir participando de las promesas de la vida. Alcanzan el lugar donde comienza lo que buscan, y Paula visualiza los cuatro pares de ojos clavados en el suelo, interrogando silenciosamente al pequeño abismo negro demasiado angosto para meter la cabeza dentro, gritar: hola, hola, ¿hay alguien?, pero lo bastante ancho en cambio para emanar el olor de la tierra, tan íntimo como el que se respira en los pliegues de una piel humana, y luego Marcel saca una ballesta de coche, que utilizan por turnos para ensanchar el acceso, lo que les llevará una buena hora -la testarudez del mayor ha prendido en los demás, que se aplican, ven la ocasión de exhibir su fuerza-. Luego, una vez agrandado el agujero, van a hacer exactamente aquello para lo que han ido: van a bajar, dicho de otro modo, van a creer en ello.

El descubrimiento es una herida ya -Paula marca una pausa, no suelta el aparato, pero se quita los zapatos y los calcetines y sube a la cama-: el exterior y el interior se abren el uno al otro por un agujero que se dilata -unos veinte centímetros de ancho el día del descubrimiento, al cabo de un mes la abertura es de cinco por cinco metros-, y en ese contacto se ha perdido algo. Destruído el cono de escombros, la cavidad pierde su tapón climático, hídrico, térmico, la estabilidad del ambiente interior de la cueva se modifica, la exacta relación que existía entre el aire, el agua y la roca se deteriora, una continuidad de veinte mil años se desbarata.

Contrariamente a los robos, a las exploraciones espeleológicas, en que el más bajo y menudo pasa, con frecuencia, a la cabeza, desempeña el papel de ojeador para el resto de la banda, es Marcel el primero en descender mientras los tres amigos escuchan en la superficie. Toca el suelo con los pies, aterriza en la oscuridad, le envían una lámpara Pigeon que han tomado prestada para la ocasión, la enfoca, está en lo alto de unos escombros por donde enseguida reptan, embutido entre las dos paredes, el vientre lastimado por las piedras, la espalda amenazada por las estalactitas, la progresión es bastante lenta -pero ¿cómo sujeta la lámpara?, se pregunta Jonas-. El conducto se ensancha, pasa a ser una sala, Marcel llama a los demás, que entran a su vez: las sombras tenues en los flancos de la cueva, las voces que bajan de tono, los gemidos tal vez al herirse con una piedra, Jonas lo imagina, lo que se figura cada vez más difícilmente es el atrevimiento de los que reptan bajo el suelo en la oscuridad sin dar media vuelta. Una vez reagrupados, examinan el lugar, el relieve fantástico, los gours, las zonas uniformes de calcita: no es el paso subterráneo del castillo, por el momento una simple cueva, lo cual en una región donde se concentran los lugares prehistóricos dista de ser sorprendente. Se mueven con precaución, las paredes se estrechan a su alrededor, están en una galería angosta; en ese momento del descenso todavía no han visto nada, no han visto las pinturas, y la idea de que estas se hallen en la oscuridad, vivas, quietas, listas para ponerse en movimiento al menor fulgor, hace estremecerse a Jonas. En ese instante, Marcel lanza un grito y señala, en la bóveda blanca, unas formas tan potentes que se han dissociado de las tinieblas y se han dado a conocer a la luz de la iluminación improvisada, ese resplandor ondulante que ha incrementado la impresión de movimiento del cortejo animal. No se han asustado y han alzado la lámpara ante las imágenes: un ciervo, unos caballos pequeños, un toro. Luego han

escortado la procesión a lo largo de la pared hasta ir a parar al extremo del conducto, ante un caballo tumbado de espaldas, patas al aire, como una señal de que había que dar media vuelta, y precisamente la lámpara de grasa ha empezado a calentarse, al poco tan hirviente que han tenido que tomar la decisión de salir, y Jonas, ante esa luz que quema y se atenúa, imagina que las pinturas han limitado el tiempo de observación de los cuatro chicos, un tiempo de deslumbramiento tras el cual la oscuridad cae en un surco mnemónico, una presencia inscrita en uno mismo, con el consiguiente deseo de dar media vuelta.

La cara que tienen al salir de la cueva, las palabras que se dicen, el ruido de sus botas en el camino que desciende por la colina mientras cae el día, Jonas no deja de pensar en ello. Todo se ha modificado, le dice Paula, el paisaje familiar del que conocen el menor palmo de tejado, la menor ventana, el menor bosquecillo, es ahora distinto: igual en la superficie, alberga un mundo clandestino que solo ellos conocen. Paula se pregunta si quienes los ven volver advierten que les ha pasado algo, que todo se ha movido, que su centro de gravedad se ha desplazado bajo la colina. Desde luego llegan tarde a cenar, la ropa sucia y los cuerpos cubiertos de equimosis, como después de una pelea, desde luego deben de estar cansados, pasmados tal vez, un poco en otro mundo, abstraídos en sus visiones, concentrados en la promesa de la mañana siguiente, pero nada los distingue de los demás chiquillos de Montignac, ni transformación, ni tartamudeo, ni fiebre, ni estigma de ningún tipo, a lo sumo una reserva inusual, un silencio. ¿Crees que intuyeron ya la primera noche el alcance excepcional de su descubrimiento?, pregunta Jonas. Paula lo ignora, imagina más bien una emoción colectiva a la par impresionante y confusa, y la certeza de poseer un tesoro. Sea como fuere, optan por el secreto, se consideran en lo sucesivo los protectores y guardianes de la cueva, y en ese secreto se forja para siempre un cuarteto: Marcel, Jacques, Georges, Simon -el joven mecánico de Montignac, el hijo del café restaurante Le Bon Accueil, el camarero de Nogent-sur-Marne de vacaciones en casa de su abuela, el adolescente judío refugiado en Montignac.

Al día siguiente, 13 de septiembre, son sin embargo cinco los que suben por la colina -Simon ha acudido con su hermano, acrecentando el círculo de poseedores del secreto-. Han llevado lámparas de carburo, palas, cuerdas, están decididos a proceder a la exploración sistemática de las paredes. Penetran en fila en el estrecho paso, se deslizan por la pendiente, y ya no es la emoción de la víspera lo que domina, el vértigo de la perplejidad: ahora es fascinación.

Exploran el terreno, el deslumbramiento hace las veces de método, y Paula piensa que se apresuran, que se dispersan, se hablan, lanzados a una escalada exclamativa que parece eternizarse. Allí el primer animal, extraño, es un caballo con dos largos cuernos negros, y finos, que de entrada designan un movimiento, señalan una dirección, allí toros, caballitos negros, y también cuatro ciervos al galope, una cabra montesa, allí un ciervo negro, y un oso en el costado de un toro, cabezas surgidas entre dos cuellos, grupas despegadas, crines que se alzan, todo ello cálido, móvil, vivo, sonoro, la belleza no se agota, la belleza no tiene fin, y poco a poco, desviados fuera de sí mismos, verán acrecentarse de nuevo el espacio de la caverna. Georges descubre un pasaje lateral a la derecha de la primera sala, y advierte a los demás: ¡esto sigue!, se introduce en el pasillo que continúa una quincena de metros hasta desembocar en otra galería, alta y tan empinada que tienen que trepar a las cornisas para admirar las pinturas, de nuevo caballos, un bisonte herido con una flecha, una vaca grande, oscura y rellena, bisontes adosados, cuatro cabezas de ciervo -pero ¿no será el mismo que se desplaza?-, eso sigue y sigue, aparece otro

conducto a la derecha, la iluminación oblicua revela un techo en forma de cúpula donde se entremezclan grabados de animales, un conjunto de tan gran densidad y agitación que resulta difícilmente descifrable. ¿Sigues ahí, Jonas?, pregunta Paula.

El tercer día regresan. Siguen sin decir nada. Paula supone que las nuevas coordenadas geodésicas de su existencia modifican ahora la apariencia que ofrecen, su comportamiento, su sueño, su apetito, pero, claro, corren tiempos de guerra, el marasmo del país ha retrasado la vuelta a clase, están abandonados a sí mismos y, como la atención de los adultos se centra en otras cosas, ella concluye que los dejan en paz. Ese día, sin embargo, van a afrontar riesgos. Marcel decide explorar el agujero al que renunciaron la víspera, bajo la cúpula cubierta de grabados, un agujero profundo, cinco metros, la cuerda es demasiado corta, hay que saltar al vacío, no soltar la lámpara, es una locura pero Marcel salta, y cuando se incorpora y enfoca la luz, una criatura aparece en la pared, un hombre con cabeza de pájaro, estilizado en grado sumo, tiene cuatro dedos, el sexo erguido, está tumbado de espaldas frente a un bisonte herido mientras un rinoceronte se aleja. En el fondo de ese pozo negro, la atmósfera es distinta, enigmática, parece haber surgido la muerte y Jonas, que sigue escuchando, imagina que Marcel ha debido de detenerse, de estremecerse, impresionado por la escena, y que luego se habrá puesto de nuevo en acción, rápidamente, y ahuyentado la inquietud al subir de la fosa, antes de que los demás salten también. Es el último episodio del descubrimiento, ahora quieren hablar.

Llevan tres días explorando la caverna, tres días abriendo a la extensión del mundo conocido - a la extensión del espacio y del tiempo conocidos- la gran obra. Una operación de sacos y de cuerdas, de lámparas apañadas y de ropa desgarrada, de riesgos físicos, un descenso que ilumina en el acto la juventud, la maña, la imaginación, y todo cuanto se puede tantear en la oscuridad.

El día en que Kate salió de nuevo a flote, caía la nieve de un cielo bajo, sin reverberación, los copos blandos se depositaban en el asfalto para diluirse de inmediato, su golpeteo suave absorbido en el paisaje. Paula sintió la pulsación silenciosa del móvil bajo los dedos al tiempo que avistaba los Talleres. Una serie de emoticonos -sol, bikini, pez- aparecían en la pantalla, más un enlace de vídeo en el que clicó. Buscó refugio bajo un porche, para ver el vídeo sin esperar, y de inmediato reconoció a Kate entre los que se embutían monos de neopreno en el vestuario embaldosado de un club de submarinismo, las piernas solo, la parte superior caída en torno a la cintura. Más adelante, los mismos individuos se hallaban reunidos bajo el toldo de un Boston Whaler detenido en medio del mar, ocho o diez caras rojizas, ocho o diez barrigas blancas, Kate llevaba efectivamente un sujetador de bikini de triángulo -una forma inadecuada para el peso de sus pechos- y ya los cetáceos se animaban en sus brazos. Escuchaba, concentrada, al tipo que exponía las normas de seguridad, un monitor vestido con un eslip de baño negro con lazo y un viejo polo blanco, que hablaba con acento marsellés mientras sus Ray-Ban Aviator reflejaban un cielo de espera. La imagen bajaba y subía bajo el efecto del cabeceo, y Paula, que comenzaba a marearse, alzó los ojos hacia la colina de Lascaux para serenarse: Kate había salido a nadar con las ballenas en La Reunión. Levantaba el pulgar ante el objetivo articulando *let's go to the real world!*, y respiraba exageradamente hinchando el tórax y los hombros, sentada en la borda de la embarcación, y luego se deslizaba en el agua sosteniendo su máscara con las dos manos, seguida de los demás pasajeros, creando a cada salto puntos de perforación entre el cielo y el mar, cráteres de espuma. La continuación de la película era submarina, abisal, mitológica: Kate flotaba diez metros por encima de una ballena jorobada que zigzagueaba lentamente con un volumen de catedral, se esfumaba en el espesor azul y resurgía más tarde en otra dirección, tenebrosa y masiva. Tan colosal -veinticinco toneladas y quince metros de largo, un edificio de cuatro plantas- que reconfiguraba la escala del mundo, Kate ahora insignificante, apenas una sombra a contraluz del techo traslúcido, apenas un alga. El animal habitaba el océano en todas sus dimensiones, iba y venía con gran calma, su presencia revelaba un mundo uniforme, una continuidad fluida donde todo coexistía: el reino del tiempo. A ratos, la ballena salía a flote, y su dorso ocupaba de repente la totalidad del campo de visión de Kate, que no se asustaba, observaba las normas, se limitaba a mover las piernas con las aletas juntas en un devenir de sirena. Entonces la criatura se escurría la piel al sol, asperjaba los tubérculos surgidos en su mandíbula, respiraba, y en ese movimiento mostraba su vientre pálido, ese vientre impresionante, antes de adentrarse en el mar. Paula, atrapada por el vídeo, tragaba saliva aterrada cuando la ballena aparecía de frente y, de sombra espectral, cobraba nitidez en menos de un segundo, mortal, pero en la pantalla, zambullida en el piélago, Kate seguía desprendiéndose de su apariencia humana. Seguía dejando de ser Kate con el fin de acercarse a aquel gran pez que la fascinaba. Y cuando finalmente la ballena comenzó a cantar, cuando dejó oír aquel sonido de baja frecuencia capaz de recorrer distancias demenciales - y quizá, habían llegado a imaginar, de atravesar el océano de una a otra orilla-, capaz de captar por ecolocalización una presa o un obstáculo situado a mil leguas, el vaho invadió el vidrio de la máscara, y Paula se dijo que Kate lloraba.

En la superficie, empezaban a impacientarse, los demás submarinistas habían subido a bordo y

ya comparaban sus películas y sus fotos, se mostraban las posibilidades técnicas de su material, enumeraban las capacidades de archivo y el número de píxeles, todo ello en medio de un entusiasmo estrepitoso, cuando, allá, sumergida, Kate espiaba el retorno del animal que acababa de desaparecer donde el océano se mantiene vuelto sobre sí mismo, tremendamente oscuro. Se la veía a continuación alzarse la máscara en el puente del Boston, escupir el tubo y morrear a un tipo a quien Paula identificó de inmediato como el administrador de la avenue Foch, las venas rosas en el cráneo, la sortija de sello en el dedo mayor, los dedos meticulosos en el instante de abrir la cremallera dorsal de Kate. Al final del vídeo, se la veía sentada en un banco en la proa del barco, las manos en la cintura, los muslos amoratados, y declaraba frente a la cámara en un inglés entrecortado del que Paula no entendió los detalles, pero sí lo esencial: el mundo se había redimensionado, lo grande, lo pequeño, el orden de las proporciones, todo era diferente, el ojo de la ballena se había alzado hacia ella bajo el pliegue del párpado, y había vuelto a subir contra la órbita, mientras ella pasaba cinco o seis metros más abajo, un *eye contact* que lo cambiaba todo. Kate tenía las pupilas dilatadas y su mono negro yacía a sus pies, vacío y arrugado, como la piel de una serpiente después de la muda.

La réplica integral, la copia perfecta. Se hablaba incluso de clonaje de la cueva y Paula rememoraba con frecuencia las palabras de Jonas la noche en que la llamó para proponerle que cogiera ese trabajo sobre Lascaux IV: el facsímil definitivo, la obra de una vida, añadió. Pero Paula nunca ha copiado sin contacto con el original, no ha reproducido nunca un tema del que no puede disponer, no ha hecho el retrato de algo que no ha visto -y que no tienes la menor posibilidad de ver, le suelta la mujer de ébano que le ha tocado como compañera y a quien el privilegio de haber visto la cueva hincha como un globo, Paula se encoge de hombros, cuenta con entrar también en esa caverna, esperará, no hay prisa, un minuto y tres segundos en el interior, es cuanto pide.

El clon, aquí, es antes que nada numérico, es lo que el hombre de jersey azul marino y traje de faena explica a Paula, molestándose en descomponer para ella la concepción de un software gráfico procedente del modelo 3D que sirvió de patrón de los paneles, y del que ella dispondrá para pintar. Así pues, habían descendido unos hombres a la cavidad, equipados con escáneres ultrasofisticados, habían registrado la posición de tres o cuatro mil millones de puntos con el objeto de reproducir el tejido mismo de la epidermis, la piel de la cavidad. A continuación, habían realizado la cobertura fotográfica integral, incluida la de la sala de los felinos, exigua, que no sería copiada; o sea veinte mil fotos de alta resolución. Luego el hombre de jersey azul marino y traje de faena cruza las manos, para resaltar a Paula que se juntaron los datos volumétricos de los barridos y las imágenes fotográficas para obtener el modelo 3D de Lascaux. De pronto, su voz se acelera y se planta la palma en el esternón: en cierto modo, el facsímil será más auténtico que el original, será más exacto, recreará por ejemplo el agujero inicial y el cono de escombros a la entrada de la caverna, aquella pendiente por la que reptaron los descubridores, que por lo tanto no pudo ser escaneada, copiada, pero fue elaborada por un arqueólogo, y luego realizada por los artistas plásticos. Concluyó: en el fondo, la entrada en el facsímil es el único lugar que forma parte de lo imaginario. Paula, silenciosa, baja la vista a los planos cuando el hombre del jersey azul marino y el traje de faena añade acariciándose la barbilla: el caso es que los artistas plásticos que vienen a trabajar a Lascaux IV han de hacer en cierto modo arqueología del facsímil, rastrear la pista de las imágenes.

La primera imagen Paula la supone dibujada en una hoja doblada en cuatro y metida en el bolsillo trasero del pantalón de un muchacho que desciende por la colina el 16 o tal vez el 17 de septiembre de 1940 y corre a casa de Léon Laval, antiguo maestro, figura de Montignac y un apasionado de la arqueología. Jacques le ha revelado el descubrimiento de la caverna, pero, para creérselo, Laval ha pedido a Georges Estréguil, amigo de la pandilla y buen dibujante, que vaya a echar un vistazo y traiga un apunte: la imagen que recibe causa su efecto, al día siguiente Laval desciende a la caverna y vuelve conmocionado. La segunda imagen, traqueteada en la bolsa de una bicicleta, circula hacia Brive el 20 de septiembre. El que pedalea, Maurice Thaon, es un tipo joven de treinta años, que ha ido también a la caverna para dibujar y corre ahora a llevar su trabajo al padre Breuil, prehistoriador, eminencia de la época y especialista internacional en arte

rupestre, primo lejano de su familia. La imagen desencadena de nuevo el movimiento, el 21 de septiembre, Breuil está en Lascaux, y autentifica la caverna. La tercera imagen es un papel casi opaco -un papel de florista-, en el que Breuil, según un método que ha perfeccionado en las grutas del Suroeste, y en la de Altamira, calca un felino de la sala de los Felinos y un caballo del Divertículo axial. Pero le falla la vista: en julio se hirió el ojo derecho con una rama de nogal mientras caminaba por el bosque, y, de resultas, su ojo izquierdo es débil, ¿qué puede ver, entonces? -Paula posa la mano en su ojo derecho, sabe de qué va-. Ha llegado el momento de homologar Lascaux, y ese calco redondea tal vez el informe que envía Breuil a la Academia de las inscripciones y buenas letras un mes después, en el que bautiza la cueva como «Capilla Sixtina del periodo perigordiano».

Las imágenes corren delante de la cueva, van y vienen, y Paula las acompaña. La noticia del descubrimiento se propaga a velocidad increíble, alternada con voces de radio, gangosas, un poco envaradas, los visitantes afluyen. Todo Montignac y alrededores asciende la colina, donde algunos días de octubre de 1940 se calcula un millar de personas, curiosos, amigos, ancianas aldeanas, la flor y nata de los historiadores, los canónigos y los curas, las personalidades locales, una procesión escoltada por algunos animales, insectos, pólenes, microorganismos y otras presencias invisibles a simple vista. Los descubridores se instalan allí para proteger la cavidad, pasan a ser los guías a dos francos la visita. Acude la prensa, los primeros artículos evocan un «Versalles de la Prehistoria», y las fotos en blanco y negro ilustran ya la leyenda: el bosque de Lascaux es el vivaque de jóvenes aventureros que viven en libertad, duermen bajo la tienda, hablan de igual a igual con los sabios y los poetas, el mechón sobre el ojo, la pipa en la boca. Al poco, los cuatro descubridores no son más que dos, los «Parisinos» se marchan: Georges regresa a la capital a principios de octubre para la vuelta a clase, en tanto que Simon ha abandonado ya Montignac para retornar a Montreuil -su hermana y él serán los únicos supervivientes de la familia, internada en Drancy, deportada y posteriormente asesinada en Auschwitz.

La cueva está allí, espléndida, intacta, su milagrosa frescura abole el tiempo y los hombres de la prehistoria están allí, próximos pero desconocidos -nada más excitante-. Para los dibujantes, los fotógrafos, los reporteros, los documentalistas, los cineastas, el periodo que precede la apertura al público es un tiempo de francachela. Desde el mes de octubre de 1940, todos esos personajes se encuentran en Lascaux como en su casa, se introducen allí con su material, se contorsionan para fotografiar los frescos, de nuevo iluminados por lámparas de carburo. Están los que trabajan en los listados, con frecuencia a petición de Breuil -a Maurice Thaon la secretaria de Bellas Artes le encomienda efectuar los primeros informes científicos, Fernand Windels, editor y fotógrafo refugiado en Montignac, desciende a la cavidad con su gruesa cámara de fuelle-; están los que filman la leyenda -en 1942, una película, *La noche de los tiempos*, pone en escena a Laval y a los descubridores en su propio papel-; están los que trabajan para la prensa -en enero de 1941, un primer reportaje fotográfico de Pierre Ichac, publicado en *L'Illustration*, muestra al padre Breuil frente a las paredes, muy «papa de la Prehistoria», boina en la cabeza y bastón en la mano-; en 1947, el fotógrafo Ralph Morse y su mujer Ruth instalan en la caverna un generador eléctrico importado de Inglaterra, al objeto de iluminar las pinturas con potentes focos que reconstruirán por vez primera el esplendor de los colores de la pintura paleolítica, el reportaje publicado en *Life* difunde el renombre de Lascaux en el extranjero, es la gloria; en 1948, un reportaje de

Maynard Owen Williams, publicado en el apreciadísimo *National Geographic Magazine*, consagra el lugar, es el espaldarazo. En medio de la euforia general, apenas se tiene en cuenta que la explotación turística de la cavidad por su propietario -Lascaux, una vez más, qué curioso, «pertenece» a alguien, a la familia La Rochefoucauld- altera el lugar de manera irreversible: instalación de una puerta de bronce, criba de entrada, escalera, nivel de los suelos rebajado para cimentar un recorrido de visita, montaje de una iluminación y, diez años después, de un sistema de ventilación. Último testimonio de la revelación inicial, Georges Bataille se instala allí en 1954 para escribir su gran libro *Lascaux o el nacimiento del arte*: las fotos de las sesiones de trabajo subterráneo lo muestran principesco, sentado ante una mesa en la sala de los Toros con el editor Albert Skira y sus respectivas esposas, Diane y Rosabianca, posando solo frente a las paredes, o con Jacques y Marcel, con el fin de encontrar el lugar donde vieron por primera vez las pinturas, con el fin de fijar el lugar exacto donde el arte se apareció a los chicos, el lugar de su nacimiento; allí se trabaja, se escribe, se ilumina, se fotografía en la habitación, se fuma también, la caverna habitada por el poeta reconvertida de repente en lo que fuera veinte mil años atrás, un taller.

Desde su descubrimiento, la cueva produce imágenes. Paula la ve como una fábrica mágica: se abre y salen imágenes, se cierra y siguen escapando imágenes por los resquicios de las puertas. Imágenes-vehículo concebidas para trasladar afuera su presencia. Paula carga en su ordenador los ficheros numerados del listado de los grabados efectuado en Lascaux a partir de 1952, y durante más de diez años, por el cura Glory -¡otro cura!-. Aun cuando se lo imagina receloso, monomaniaco, caprichoso, Paula se dice que le habría gustado observarlo en su obra nocturna, ya que necesitaba que se fueran los visitantes para iluminar las paredes, colocar sus calcos, rastrear cada trazo, cada signo en el silencio de la caverna, antes de marcharse a las tres de la mañana, e internarse en el bosque para ir a una casa vecina, derrengado -le atormenta una cadera-. De noche, se arrastra y se levanta, de día, siempre a cuatro patas, con calcetines, recoge, junta sus calcos como un puzle, los pega en un panel, prosigue, fotografía, comprueba la precisión *in situ* antes de volver a corregir a lápiz, y luego reduce sus calcos con ayuda de una cámara lúcida. Todo ello obsesivo, escrupuloso, ferviente. Miles de horas de trabajo. El trazado del grabado parietal, menos espectacular que la pintura, pero igualmente magistral, será pues la obra de este hombre *subterráneo*, que asiste impotente a las degradaciones del lugar relacionadas con la frecuentación de los turistas: en una foto de 1957 tomada en la sala de los Toros, cuatro obreros se afanan perforando el suelo con el martillo neumático, para introducir los cables eléctricos, y a la izquierda se reconoce al cura Glory, abrumado.

En 1963, se acaba la fiesta. Cueva que se recalienta, vapor de agua que se carga de acidez, paredes que se oxidan, algas que proliferan, enfermedad «verde» pronto acompañada de una enfermedad «blanca» -ese velo de caliza que amenaza con velar las obras-; los millares de visitantes han infectado, contaminado, deteriorado la caverna. André Malraux, ministro de Cultura, impone el cierre al propietario, lo cual suscita las protestas de quienes habían reservado plaza para el verano del 63: ¿y ahora qué haremos nosotros para verla? Para satisfacer a esos viajeros desairados y conservar el flujo turístico en la ciudad, el ayuntamiento instaaura una primera visita en imágenes de la cavidad: un diaporama comentado por Ravidat y Marsal. De cara al propietario, a quien el cierre priva de sustanciosos ingresos, se busca asimismo una solución. Un primer proyecto aparece en 1971, extraño artificio que mezcla lo falso con lo verdadero,

utilizaría supuestamente cavidades naturales para introducir copias, proyecto abandonado cuando, tras la venta de la cueva al Estado en 1972 aunque conservando el propietario los derechos de difusión, entran ya en juego los facsímiles. Lascaux II, creada a unas decenas de metros del lugar original, devuelve a la cueva su naturaleza inicial: ni informe científico, ni fotografía, es una obra de arte. Una obra de escultores y pintores, y entre ellos Monique Peyral, quien, lejos de «eclipsarse» ante los pintores de la prehistoria -Paula frunce el ceño-, trabaja para meterse en su piel, para incorporarse a su arte, al poco pinta según sus técnicas, en contacto con ellos, en su presencia, utiliza pigmentos análogos a los de ellos, dispone de largos tiempos de inmersión en la cueva, tanto es así que se convierte en prehistoriadora. La financiación flaquea, la obra se interrumpe, se reanuda, la copia es parcial -solo se copian un eje de la gruta, la sala de los Toros y el Divertículo axial-, sin embargo el resultado es tan impresionante que los propios descubridores se inclinan el día de la inauguración, en julio de 1983, admirados, y los visitantes vuelven a acudir en masa, los parkings se llenan, las colas de espera se intensifican y de nuevo se abarrota la colina. La gente acepta de entrada hacer el viaje para ir a admirar una falsificación; además, casi les trae sin cuidado, apenas lo piensan, acuden a Lascaux porque ese nombre es desde hace decenios el de la maravilla, y al final de la primera temporada, el número de entradas vendidas rebasa el de visitantes anuales de la cueva auténtica.

Hasta entonces, todavía había gente que abrigaba esperanzas de ver la auténtica: se abría cada día a cinco personas inscritas en el ministerio en una lista de espera, seres pacientes y con aguante, que confiaban en el Estado y se proyectaban en el futuro; incluso se había acogido a pequeños grupos de turistas durante los veranos del 69 y el 70; y Paula piensa en su padre, que por lo tanto había podido verla, que por lo tanto la había visto, y se promete llamarlo para decírselo. Lascaux no había desaparecido por completo, se mantenía al borde del final, no era la nada absoluta de la destrucción. Pero en 2001 se acabó todo: la sacralizan. La cueva ha engendrado su propio hongo, las paredes se cubren de manchas blancas, las bóvedas de manchas negras, cunde el pánico. Se cierra bajo tierra la procesión de animales, y salvo unos pocos sabios, algunos artistas plásticos contratados en los facsímiles, los ingenieros encargados de los trazados 3D y, según un ritual establecido, el presidente de la República -desaparece en el interior de la caverna en medio de un repiqueteo de cámaras fotográficas, convirtiéndose por un instante en el testigo nacional, aquel cuya cara se escruta a la salida, el brillo de cuya mirada da fe de que las pinturas siguen ahí, de que los grabados siguen existiendo-, nadie vuelve a descender.

Sin duda la habían creído eterna, indestructible, ajena al tiempo, como si sus paredes no sufriesen, como toda superficie rocosa, las acciones atmosféricas y las de los organismos presentes en todo biotopo, sin duda no habían advertido hasta qué punto estaba viva, lo que la convertía en mortal, vulnerable. Desde entonces, la historia de la cueva se confunde con la de la conservación en un medio subterráneo, acompañada por las crisis y luego estabilizada, la cavidad convaleciente tras la última alerta de 2007, en que se roza la catástrofe. Sus únicos ocupantes son ahora los equipos de científicos y los agentes dedicados a los cuidados, a las observaciones, a las medidas, a las muestras, cada extracción estrictamente limitada, efectuada según un drástico protocolo destinado a proteger la caverna: uso de monos, cubrecalzado, máscaras y gorros.

Pero la gruta es tanto más deseable cuanto que es invisible, se suceden las réplicas: Lascaux III trasplanta la cavidad de la colina para divulgarla al mundo entero, donde viaja en forma de paredes móviles, y Lascaux IV, aspirando a la réplica integral, arte parietal y decorado mineral

incluidos, sería pues la última. Poco a poco, la caverna no solo es objeto de copia sino que se convierte en el laboratorio del arte de los facsímiles, suscitando tecnologías cada vez más sutiles, un mundo de puntos que recalcar, de datos que captar, de pinturas que copiar, de olores que reproducir, de luces que simular, un mundo en forma de puzle, ya sean los paneles ensamblados de papel o de resina. Los prehistoriadores pasan a ser artistas, los artistas plásticos pasan a ser sabios, los arqueólogos imaginan escenografías, cada cual se descentra, cada cual se desplaza al paisaje del otro. *Replicar* la gruta es hacerla visible para retratarla. Es hacerla volver. Es también percibirla, como se percibe una réplica algún tiempo después de la sacudida sísmica.

Conteniendo la respiración por las imágenes, Paula no oyó su teléfono, que sin embargo vibraba desde la comida. Cuando levantó la cabeza, la luz del crepúsculo se extendió por la habitación, tenía vértigo, los ojos pesados, apenas distinguía los dibujos, las fotos, todos aquellos documentos reunidos de cualquier manera y amontonados en la cama, que no formaban ya más que un continuum a la par radiante y oscuro. Su móvil se iluminó en silencio, una sola pulsación y descubrió la docena de mensajes que asomaban en la pantalla: uno de Kate, la mayoría de Jonas, todos con los puntos de exclamación que anuncian urgencia. Paula llamó sin encender la luz, Jonas descolgó pero ella no lo oyó con claridad, se oía ruido a su alrededor, como si se encontrase en medio de una multitud compacta. ¿Qué pasa? Jonas comprendió por el sonido de su voz que no sabía nada, que estaba aún en otro mundo, y respiró hondo para anunciarle lo que había sucedido aquella misma mañana, en la rue Nicolas-Appert, el atentado contra *Charlie Hebdo*, los dos terroristas que aparecieron en la redacción del periódico, armados con metralletas, los doce muertos. El asesinato de los dibujantes.

Jonas llegó por la mañana, a la hora en que la noche se relaja, libera los cantos de los pájaros. Paula, avisada por un mensaje de texto, bajó a esperarlo a la plaza, al pie del edificio, descendió la calle en pendiente, envuelta en un chal blanco con lentejuelas, los pies desnudos en las botas, la piel de la cara endurecida por el aire glacial, el cabello eléctrico. Los faros del coche la encontraron al punto en la semioscuridad, resguardada contra una pared, y, una vez apagado el motor en el aparcamiento, oyó la portezuela, el maletero, y entonces apareció Jonas. Caminó hacia ella, el mismo andar contoneante, la misma cazadora de piel color caramelo que llevaba en Senzeilles, el día de la cantera de Beauchâteau, y conforme se acercaba, sintió que el espacio cambiaba de forma en torno a ellos, que se convertían progresivamente en su centro, como el eje de rotación de un disco encajado en el plato. Se besaron en la cara, en las sienes, en el rabillo de los ojos, un poco por donde fuera, luego Paula lo tomó de la mano para conducirlo a su casa, tiraba de él en la cuesta, hacia la casa, ven, es por aquí.

En la habitación, Jonas depositó la bolsa, echó una ojeada por la ventana a la colina que comenzaba apenas a aparecer, se roció la cara y la nuca con agua fría y se tumbó boca arriba, con los ojos cerrados. Había conducido toda la noche. Le había escrito voy y había ido. Paula lo mira: su presencia, como tiempo atrás en la rue de Parme, completaba la habitación, coronaba ese lugar donde sin embargo nunca había faltado. Se ha tumbado a su lado, pero en cuanto posa la cabeza en la almohada, Jonas abre los ojos y se vuelve hacia ella. Se miran, desconcertados, sin aliento, registrando cada micromovimiento de su cuerpo, todo lo que baja, sube, se entreabre, se acelera. El tiempo corre, pero ya no hay por qué controlarlo, ahora hay que sumarse a él. Entonces súbitamente entornan los ojos en el mismo instante y todo cuanto se mantenía reprimido se desencadena.

Se desnudan muy deprisa, apenas se incorporan, deslizan la ropa, y aunque condensado, concentrado, ese momento también se desdobra, afloran dos velocidades: el abrazo terrestre, ligado a la conmoción de la víspera, al deseo de solidarizarse, como una sed de sexo después de los funerales, y el abrazo cósmico, el de la resonancia, proveniente de los bucles que giran en un cielo pautado como una partitura. Como el asombro produce luz, son luminosos, de una luminosidad violenta, ambos, nuevos y resueltos, explorando el placer como una pared sensible, utilizando todo el cuerpo, la piel, las palmas de las manos, la lengua, las pestañas, y como si se pintaran el uno al otro, como si se hubieran convertido en pinceles, y se difuminaran, se frotaran, se calcaran, destacando las venas azules y las pecas, los pliegues, la ingle y el interior de las rodillas; se plasman y se ensamblan, su piel al poco aureolada por una misma luz, lustrada por una misma suavidad, y son ellos los que impresionan a los pequeños cazadores de nariz sonrosada dibujados en el papel pintado, los ciervos lejanos, los perros que olfatean las matas de espino blanco; hacen el amor como si se separaran de la galería en la que se encuentran por un pasaje lateral y descubrieran una galería todavía más amplia, como si eso no tuviera que producirse más que una sola vez, como si fueran inventores.

Cuando salieron de la habitación a primera hora de la tarde, el tiempo se había templado, y el aire era húmedo, el cielo de un gris perlado. Paula miró a Jonas por encima del capó del coche,

hoy no trabajo, te llevo a ver una cosa. Tomaron la dirección de Les Eyzies, circularon sin oír la radio, si consultar sus teléfonos, donde seguían apareciendo mensajes -Kate enviaba emoticonos de corazón roto, caras de llanto, o de ira, quería saber si estarían presentes en París el domingo- mientras recorrían en silencio el país de los hombres de la prehistoria, el de las grutas y las cavidades formadas en los bancos calizos, el de los acantilados vacíos, el del karst. Un país cuyos maravillosos nombres Paula conocía desde hacía poco: Bernifal, Font-de-Gaume, Combarelles. Parecen nombres disfrazados, dijo Jonas, que conducía rápido, nombres de protagonistas de novela. Y Paula prosiguió: cuando los pronuncias en voz alta te da la impresión de estar bailando con alguien. Más adelante pararon en un restaurante del lugar llamado Laugerie-Basse, Paula le pidió a Jonas que la esperase, entró en el restaurante, y al verla regresar, viva, el chal blanco envolviéndole los hombros, un manojito de llaves en la mano, a él le entraron ganas de abrazarla. ¡Vamos al vallecillo de Gorge-d'Enfer!, dijo subiendo al coche.

El mundo parecía hendirse ante ellos, no había nadie en la carretera, estaban solos allí. Al poco, aparcaron en el arcén y, en cuanto bajaron, comenzó a llover, una lluvia sonora y helada cuyo ruido se infló en el espacio. Paula abrió el portal, entraron en el vallecillo como se entra en un palacio noble y abandonado, se hundieron en el interior, las hierbas les llegaban hasta las rodillas, caminaron por un angosto sendero entre matorrales agrestes, zarzas. Paula seguía las indicaciones que había memorizado al recibir las llaves, andaba delante. Una puerta apareció a la derecha, en un muro que sellaba una gruta, y Paula dijo: es aquí. Cuando abrió, la luz del día entró de golpe -un párpado que se entreabre- y la discreción del lugar, replegado bajo el acantilado, encogido en la oscuridad, apartado, redobló la sorpresa que se llevaron en el mismo instante cuando, al mirar hacia la bóveda, descubrieron el pez.

Jonas rascó una cerilla, la alzó hacia el techo como una antorcha y el pez se movió. Paula, aquí está tu tesoro, le dijo, mientras la lluvia salpicaba el umbral de la gruta. El pez dorado en la red del pescador.

Un pez de veinte mil años de edad, procedente del periodo cuaternario, de un periodo en que los primeros hombres vinieron a poblar Europa, aquellos hombres de quienes Paula y Jonas eran hijos. De más de un metro de largo, era una presa tan magnífica y tan curiosa que habían querido mostrar una imagen -Paula pensó en los pescadores que posan ufanos ante los fotógrafos, enarbolando su pez ante el objetivo al volver de la pesca-, una imagen en sí misma tan maravillosa, esculpida y grabada en bajorrelieve, realizada por el color rojo, que intentaron desprenderla de la bóveda, llevársela, venderla; las perforaciones de los saqueadores formaban ahora el marco de un cuadro que prefiguraba los grabados naturalistas en que el pez, precisamente, solía representarse de perfil, detallado, el ojo abierto. Este, un salmón becardo de boca retraída, un macho por lo tanto, recio, recordaba que el Vézère discurría por allí en tiempos paleolíticos, que aquella gruta era la orilla y que el desove de los salmones alimentaba al grupo.

Paula y Jonas estaban ante el tiempo. El pez que se alzaba sobre sus cabezas revelaba la memoria acumulada en el fondo de los océanos, la erosión de las calizas, el desplazamiento de los ríos, la emigración de los hombres, unos tiempos que coexistían con el estado de conmoción del país, la ira, la tristeza, las cadenas de información continua que copaban el tiempo a lo largo del día mientras los dos terroristas proseguían su fuga mortífera; conectaba la historia del mundo y su vida humana.

Al cabo de un minuto y tres segundos, Paula rompió el silencio y murmuró que tenían que salir, que había que devolver las llaves, y se marcharon bajo la lluvia que caía, cogidos de la mano. Luego, mientras cerraban el portal del vallecillo, Jonas tomó la cara de Paula entre las manos y le pidió que imaginase un tiempo en que los hombres no fueran ya más que un lejano recuerdo, un tiempo en que no fueran más que mitos, leyenda, presencias en los relatos de las criaturas que habitaran por entonces la Tierra -¿quién puede creer aún en los hombres, Paula?

En el silencio de la sala, a la hora del mediodía, Paula, sola, observa las imágenes del ciervo negro que se dispone a pintar, luego se ajusta el delantal. Delante de ella el panel, la pared a la que se aproxima hasta oír su respiración. Cuanto más de cerca la mira, más se evidencia la compleja profusión de sus formas, lo infinitamente pequeño de su grano reverberando en eco un espacio sin límite. Ha conectado el retroproyector y ha tomado puntos de referencia en el velo de piedra para ajustar con exactitud una primera imagen procedente del informe numérico 3D, y proyecta el animal, que de súbito se impone ante sus ojos tan real que se sobresalta, ahí está, elegante y gráfico, parece buscar apoyo en una de sus patas delanteras, echa hacia atrás la cabeza, la cornamenta negra estirada, sus extremos luminosos cual hélices remolineantes, cual focos parabólicos, el velo rojo difundido en torno al ollar sugiriendo el calor de su aliento, pero también un sonido, un bramido de presencia breve y ronco, o bien un bramido de triunfo, de desafío. Paula observa su ojo, la mancha negra del iris hábilmente circundada de una reserva blanca, tan blanca como el valle que ha subido a pie esta misma mañana, al salir del campamento con las primeras luces, junto a otros como ella, un día que esperaba desde hacía tiempo, ha enrollado su material en un estuche de piel, la ventisca levanta la nieve reciente depositada en el suelo como una capa de polvo, la visibilidad es reducida, camina deprisa aunque sus pieles le pesan, no quiere dejar que se distancien de ella, le da miedo el rinoceronte lanoso, hambriento en invierno, los demás se desplazan en silencio, armados, saben adónde van, escalan los escombros de bloques al pie de la colina, ascienden su vertiente escarpada y alcanzan una cueva donde los más hábiles entran en cabeza e inspeccionan la sala, los demás siguen, se instala el taller. Primero una hoguera, y tal vez aparezcan pinturas anteriores, andamios. Algunos desembalan las piedras huecas y las trenzas vegetales -enebro, liquen- traídas a modo de quemadores y de mechas, otros las recolectan, las fabrican *in situ*, las piedras se rellenan de grasa, se iluminan, se dispersan. Está impresionada, tiene calor. La conducen ante una pared blanca, cubierta de caliza, vas a pintar aquí, asiente con la cabeza, se arrodilla y desenrolla su estuche, saca lo que ha preparado, estarcidos de cuero, almohadillas, pinceles, y esa barra perforada que servirá para mezclar y soplar los colores en ese lugar de la caverna, dispone los ocres, que había preparado largo y tendido la víspera, y los pequeños guijarros de manganeso que recogió el último verano a lo largo del río, busca una piedra para utilizarla de mortero, comienza a triturar sus materiales, a rascarlos con la lámina de sílex para recoger el polvo extraído con gestos precisos, y, para construirse una paleta, extrae de una bolsa de cuero una concha, o un caparazón de tortuga, deposita en ella un poco de nieve que sale a buscar fuera y que se derrite de inmediato, vierte su color, lo incorpora, y aparece un joven a su lado, el amor silencioso corre entre ellos desde hace largo tiempo, él viene a pintar un caballo de crin negra cuya carrera acompañará el movimiento de la pared, utilizará el relieve de la roca, se miran. Entonces, atrapada en el haz del retroproyector, filtrada a través del calco luminoso de la fotografía, tejida de surcos y venas más claras, integrada en los colores uniformes, ella misma surcada por ríos subterráneos, galerías oscuras y habitaciones ornamentadas, Paula se ha fundido en la imagen, prehistórica y parietal.